

Premio CANIB
Arte Editorial 1993

1990
DICIEMBRE

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

479
M

◆ Dirk Bogarde:
Voces en el jardín

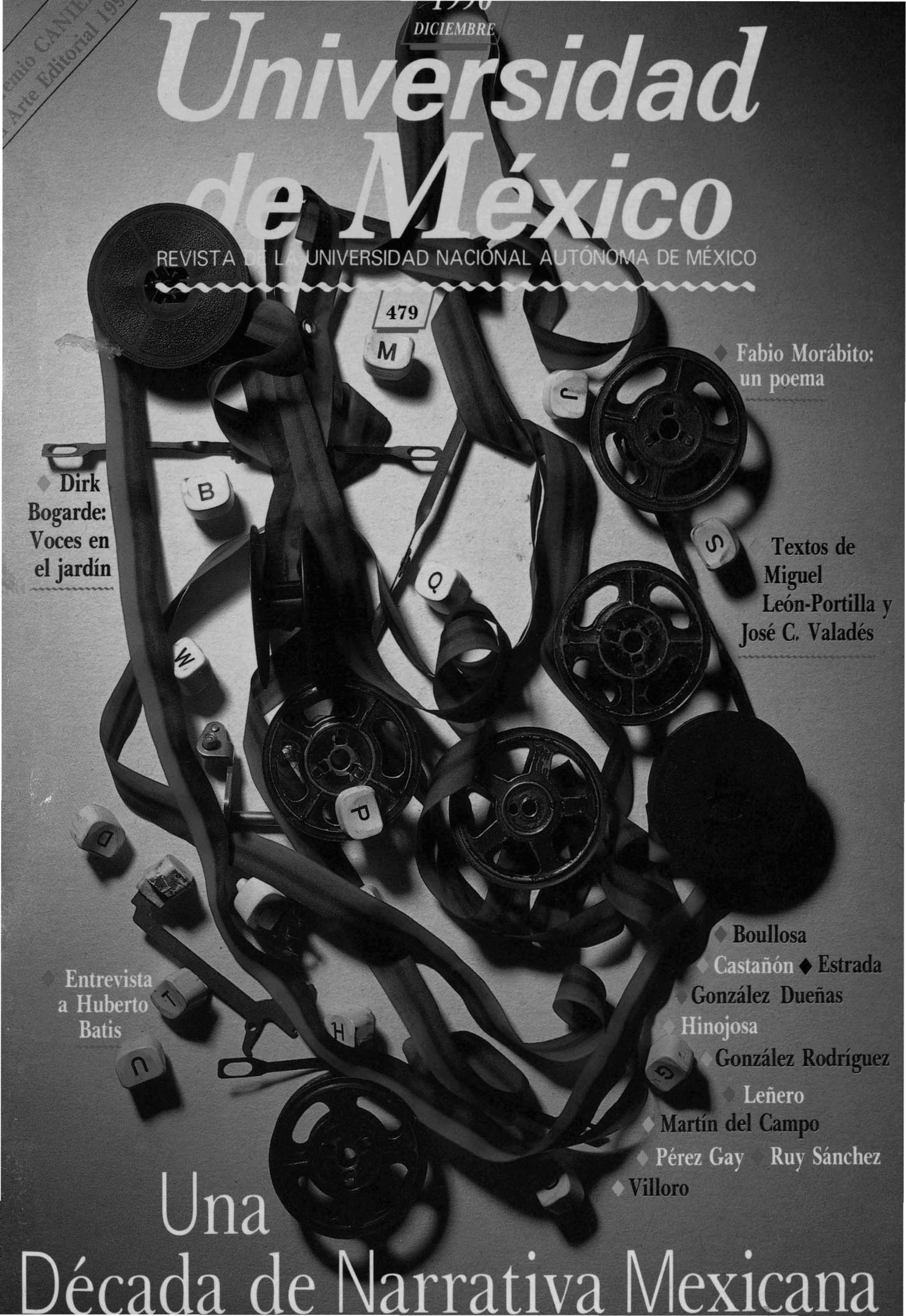
◆ Fabio Morábito:
un poema

Textos de
Miguel León-Portilla y
José C. Valadés

◆ Entrevista
a Huberto Batis

◆ Boullosa
◆ Castañón ◆ Estrada
◆ González Dueñas
◆ Hinojosa
◆ González Rodríguez
◆ Leñero
◆ Martín del Campo
◆ Pérez Gay Ruy Sánchez
◆ Villoro

Una Década de Narrativa Mexicana



Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ha publicado:

Enero, 1990 ♦ 468

Literatura:
Creación y Crítica

Febrero-marzo 1990 ♦ 469-470

Nuevas ideas
para una vieja Tierra

Abril, 1990 ♦ 471

Fronteras de México

Mayo, 1990 ♦ 472

Animales en peligro
de extinción

Junio, 1990 ♦ 473

Poesía en voz alta

Julio, 1990 ♦ 474

Varia poesía

Agosto, 1990 ♦ 475

La mente humana

Septiembre, 1990 ♦ 476

Ciudad de México:
historia y presagio

Octubre, 1990 ♦ 477

Comunidades
indígenas

Noviembre, 1990 ♦ 478

La Europa literaria

Diciembre, 1990 ♦ 479

Una década de narrativa
mexicana



Universidad de México

Director: Fernando Curiel Editor en Humanidades: León Olivé Editor en Ciencias: Miguel José Yacamán

Consejo Editorial: José Luis Ceceña, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitlor, Arcadio Poveda, Vicente Quirarte, Luis Villoro.

Secretario de Redacción: Armando Pereira Producción: Héctor Orestes Aguilar Corrección: Adriana Pacheco Promoción: Martha Huizar
Administración: Humberto Rodríguez Relaciones Públicas: Silvia Ruiz-Vázquez Asistente Editorial: Natalia Henríquez Lombardo

Diseño: Bernardo Recamier / Fotografía de portada: Jorge Pablo de Aguinaco

Coordinación de Humanidades

Oficinas: Edificio anexo de la antigua Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Primer piso. Ciudad Universitaria. Apartado Postal 70288, C. P. 04510 México, D. F.
Tel. 550-5559 y 548-4352. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC. Núm. 061 1286. Características 22 866 11212

Fotocomposición, formación e impresión: Imprenta Madero, S. A. de C. V. Avena 102 Col. Granjas Esmeralda C. P. 09810

Precio del ejemplar: \$ 4 000.00. Suscripción anual: \$ 40,000.00 (U. S. \$ 90.00 en el extranjero). Periodicidad mensual. Tiraje de cinco mil ejemplares
Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

1990
DICIEMBRE

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

479

Volumen XLV, número 479, diciembre 1990

Índice

- | | | | |
|---|----|---|---|
| | 2 | <u>Presentación</u> | |
| Fabio Morábito | 3 | <u>Poema</u> | |
| Dirk Bogarde | 4 | <u>Voces en el jardín</u> | |
| Armando Pereira | 10 | <u>Una década de narrativa mexicana</u> | |
| Carmen Boullosa | 11 | <u>Llanto</u> | |
| Adolfo Castañón | 13 | <u>Las montañas azules</u> | |
| Josefina Estrada | 18 | <u>A la sombra del sabino</u> | |
| Daniel González Dueñas | 20 | <u>Además de febrero y agosto hay algunas cosas que enero no es</u> | |
| Sergio González Rodríguez | 24 | <u>Aguaviva</u> | |
| Francisco Hinojosa | 27 | <u>Nunca en domingo</u> |  |
| Carmen Leñero | 29 | <u>La chata Sofía y el ave negra</u> | |
| David Martín del Campo | 30 | <u>Coco Fizz</u> | |
| Marisa Leñero Elu/Xavier Guzmán Urbiola | 33 | <u>El parque Tezozomoc, naturaleza correlativa</u> | |
| Rafael Pérez Gay | 37 | <u>No entiendes nada de mujeres</u> | |
| Alberto Ruy Sánchez | 41 | <u>Los motivos secretos</u> | |
| Juan Villoro | 45 | <u>La amenaza elegante</u> | |
| Miguel León-Portilla | 51 | <u>Bernardino de Sahagún (1500-1590).
Un juicio lapidario sobre su historia</u> | |
| Daniel González Dueñas y Alejandro Toledo | 54 | <u>Homenajes a la realidad.
Entrevista a Huberto Batis</u> | |
| José C. Valadés | 57 | <u>El porfirismo, historia de un régimen.
(El descenso)</u> | |
| | | <u>Miscelánea</u> | |
| Ramón Xirau | 60 | <u>Filosofía: una disciplina frustrada</u> | |
| Flora Botton Beja | 61 | <u>El dilema de un escritor chino</u> | |
| Jeannette Gorn Kacman | 63 | <u>Hamlet: una lectura psicoanalítica</u> |  |



Presentación

Con este número cumplimos con uno de los objetivos editoriales que nos habíamos propuesto para 1990: dejar constancia, a través de varios números monográficos a lo largo del año, del estado actual y las perspectivas futuras de la labor intelectual en México. El número de enero, dedicado a la crítica literaria, hizo posible la confluencia y confrontación de diversas corrientes y orientaciones críticas, que en gran medida permitieron desmentir uno de los más concurrenciosos lugares comunes de nuestra cultura literaria: el que se empeña en seguir repitiendo que no existe la crítica en México. Para los meses de julio y agosto, Margo Glantz se dio a la ardua tarea de preparar una de las antologías más completas (publicadas en revista o suplemento cultural) de la joven poesía mexicana: la reunión en esos números de más de setenta poetas le otorgó la posibilidad al lector de formarse una imagen global del curso que actualmente está siguiendo la poesía joven en nuestro país. Con este número, que cierra el año, intentamos realizar una labor similar, aunque más modesta, reuniendo las voces de once narradores jóvenes que, a pesar de ausencias tan evidentes como lamentables, prefiguraron el cuadro de una década de preocupaciones, búsquedas, exploraciones y hallazgos que hablan sobradamente de la fuerza y vitalidad que alienta a la joven narrativa mexicana.

Tres géneros, tres discursos, entonces, a través de los cuales se perfila una cierta imagen -conflictiva, contradictoria, abigarrada, pero esencialmente vital- del quehacer cultural de la joven literatura mexicana. ◇

Fabio Morábito

Poema

Este edificio tiene
los ladrillos huecos,
se llega a saber todo
de los otros,
se aprende a distinguir
las voces y los coitos.
Unos aprenden a fingir
que son felices,
otros que son profundos.
A veces algún beso
de los pisos altos
se pierde en los departamentos
inferiores,
hay que bajar a recogerlo:
“Mi beso, por favor,
si es tan amable.”
“Se lo guardé en papel periódico.”
Un edificio tiene su época de oro,
los años y el desgaste
lo adelgazan,
le dan un parecido
con la vida que transcurre.

La arquitectura pierde peso
y gana la costumbre,
gana el decoro.
La jerarquía de las paredes
se disuelve,
el techo, el piso, todo
se hace cóncavo,
es cuando huyen los jóvenes,
le dan la vuelta al mundo.
Quieren vivir en edificios
vírgenes,
quieren por techo el techo
y por paredes las paredes,
no quieren otra índole
de espacio.
Este edificio no contenta
a nadie,
está en su época de crisis,
de derrumbarlo habría
que derrumbarlo ahora,
después va a ser difícil. ◇

Dirk Bogarde

Voces en el Jardín

Conocíamos y admirábamos a Dirk Bogarde por sus magníficas actuaciones en películas como Muerte en Venecia, Los malditos, Portero de noche y Providencia, entre muchas otras. No sospechábamos, sin embargo, que detrás del actor existiera también un excelente novelista. Nos deslumbraron los tres volúmenes de su autobiografía: A Postillion Struck by Lightning, Snakes and Ladders y An Orderly Man, recientemente traducidos al francés y al español. A ellos seguirían, poco después, dos espléndidas novelas: A Gentle Occupation y Voices in the Garden, que fueron muy bien acogidas por la crítica inglesa. Algunos de esos comentarios destacaron el ingenio de su prosa y su fino sentido del humor. El fragmento que ahora ofrecemos corresponde a su segunda novela.

El césped, verde y liso como una extensa alfombra, se inclinaba dócilmente entre los altos pinos hacia el final del promontorio, donde el pequeño y serpenteante muro de piedra, como una quebradiza urna de geranios, señalaba el final de la tierra. Más allá del muro, se abría una extensión de dentadas rocas y guijarros, mirtos hirsutos y una dorada retama suspendida sobre el mar.

Ella caminó lenta y deliberadamente hacia el centro del jardín, sólo a medias consciente de que sus tacones iban dejando profundos hoyos en el césped mojado y de que había recibido la enérgica sacudida de uno de los irrigadores contra su delgada blusa de seda. Se secaría en un segundo, una vez que hubiera alcanzado la luz del sol al final del promontorio, y Archie podría refunfuñar tanto como quisiera contra las marcas de sus tacones en el césped. No era el momento para sentirse inquieta. Desaparecerían en uno o dos días. Así que no se preocupó. No era más que un asunto menor. Un asunto menor desvanecido entre las sombras de los grandes asuntos.

Habitualmente, ella habría caminado hacia la pendiente de grava de la ladera; esa era la regla cuando usaba tacones. Pero ése no era un día normal. Lo esencial para ella era alejarse lo más posible de la casa, de las ventanas. Justo lo necesario para poder tener unos minutos de sosiego. El tiempo suficiente para recuperarse. La brisa siempre la había hecho sentirse como desubicada, excéntrica, inestable. También podía ser el vino, el vino en el estómago vacío. Debía haber desayunado antes de salir. Pero sencillamente no había podido comer nada. Quizá habría sido mejor si ahora estuviera en casa. Los últimos cuatro días comenzarían a desvanecerse en el calor y la paz de la villa.

¿O no?

Había llegado al final del umbrío bosque de pinos y el sol, a medida que continuaba aproximándose al acantilado, la cegó; tuvo que desviar los ojos de la luz resplandeciente que el mar, allá abajo, refractaba. Se trataba de un perfecto ejemplo del tránsito de la oscuridad a la luz, pero sólo físicamente. No podía hacerlo en su interior. No aún, por lo menos. En su interior, todo era oscuridad.

Llegó hasta la quebradiza urna de piedra; automáticamente, y casi sin mirarlos, arrancó algunos geranios y se detuvo a contemplar el mar, allá abajo, y la rugosa línea de rocas que corría serpenteando a lo largo de la cima de la montaña a su izquierda.

Con un gesto indiferente, arrojó las flores marchitas sobre el muro, que cayeron esparcidas entre las ramas del mirto. A su derecha, del otro lado de la bahía, se perfilaban las escabrosas cumbres del monte Boron y la antigua fortaleza en la cima, sombría y silenciosa a esa hora del día. En eso consistía el problema con la otra orilla de la bahía: sin sol, a la caída de la tarde. Fue una de las primeras cosas que habían inquietado al padre de Archie desde el principio, cuando vio por primera vez ese lugar en los años veinte. ¿Dónde salía el sol? ¿Dónde se ocultaba? Pues no se trataba, me había dicho, de construir una casa en el sur de Francia en la que no se recibiera el sol a ninguna hora del día. No tenía sentido. Desde entonces, los diez acres fueron, por esa época, sólo un extenso bosque de pinos situado entre grandes rocas, al que resultaba difícil describir a primera vista. Sólo después, con mapas y compases y visitas cuidadosamente planeadas desde el amanecer hasta el crepúsculo durante varias semanas, resolvió que aunque no recibirían el sol temprano de la mañana, debido a la corpulencia de la cima de la montaña detrás de ellos, quizá podrían disfrutar de él desde las 10 A. M. aproximadamente hasta los últimos destellos vespertinos.

¿Y yo, la niña desposada? Hasta entonces, realmente no había maldecido un lugar donde el sol saliera o se ocultara, resplandeciente a lo largo de su trayecto, pero allí lo hice. Abandoné la preocupación a los otros. La preocupación es fatigante. A Archie y a su padre les gustaba preocuparse: un rasgo familiar. Por eso se los dejé a ellos. Siempre lo hago. Siempre lo hice. En realidad, no soy alguien que se preocupe. No hasta ahora.

Lentamente, se dio vuelta y miró hacia atrás el camino que había recorrido. Los prados, completamente sombreados, corrían hacia la casa a través de un túnel de altos pinos, los pocos que habían quedado después de semanas de desmonte y acarreo, que habían terminado prolongándose durante varios meses a fin de allanar el terreno para la casa y los jardines.

Dottie Wrotham había dicho que se parecía al pequeño Blenheim cuando lo vio por primera vez, lo cual era una observación tan absurda como la que había hecho Benjie Westlake al decir que le recordaba Alcatraz, pues hasta donde ella sabía él nunca había estado allí.

Hoy, emparrado en las vistarias, plúmbagos y bugambilias, se asentaba entre los árboles con el confort y la seguridad de la constancia. Lo cual, por supuesto, no era más que una tontería. Ahora no existía ninguna seguridad o confort. Tampoco constancia. ¿Se trataba quizá de un espejismo? Una visión trémula en el aire, un reflejo de otra época y otro lugar. Aunque tal vez esa sensación estaba solamente en mí. Los otros seguramente lo verían todo de una manera distinta. Supongamos que le dijera repentinamente a Tonnino: "Tonnino, deja de cubrir con paja tus horribles estrellas, que sé que están contentas y orgullosas de tu monótona vida, y sólo dime, qué ves allá arriba, entre los árboles?"

Él se quitaría su sombrero de paja y, apretándolo contra el pecho, diría: "Nada, señora."

"¿Nada, Tonnino? ¿Estás seguro? ¿Ni siquiera una casa?"

"¡Ah, sí! Una casa. La casa. Por supuesto, la casa. Siempre ha estado allí."

"¿No crees, entonces, que se trate de un espejismo?"

Me miraría con curiosidad y diría: "Yo veo la casa, señora", pensando que una vez más yo estaría un poco achispada.

¿Y Archie? Archie sería mucho más grotesco, como puede llegar a serlo algunas veces. "¿De qué estas hablando, Coco? ¿Qué puedo ver? La casa, naturalmente. Arcos, ventanas, terrazas, columnas y nada más. Conozco cada travesaño y cada piedra y la perilla de cada puerta. Cómo no iba a conocerlos después de cincuenta años. ¿Te sientes bien?"

"¡Oh, sí! Estoy bien." Seguramente lo habría irritado, pues sin duda habría interrumpido una enormemente complicada cadena de reflexiones interiores. Como siempre lo hago. El problema es que yo nunca estoy completamente segura de si él está sentado pensando o solamente sentado.

Exteriormente, siempre se ha parecido un poco a mí. La expresión de su rostro suele ocultar sus pensamientos. A veces, mirándolo por las tardes a través de la te-

r raza, es casi imposible saber si está agrupando las tropas de Poniatowski en Borodino o simplemente decidiendo reemplazar el abeto azul por un sauce. De cualquier forma, es la misma actitud de absoluto pasmo.

Cerrando los ojos, giró su rostro hacia el sol. Los rayos de luz atravesaron lentamente su retina. Los abrió de pronto. Es mi imaginación. Se trata sólo de mi imaginación.

* * *

Archie estaba incómodamente sentado en la esquina de la cama, con su bata de seda Liberty y sus pantuflas de cuero rojo; el cabello pulcra y cuidadosamente peinado. Sobre sus rodillas, sostenía un paquete elegantemente envuelto.

Ella devolvió el cepillo de rímel al estuche y cerró cuidadosamente la tapa. "Mis ojos están ahí adentro. Como dos agujeros de tersas pestañas. Debía haberlas teñido: alguien dijo que podía hacerlo." Buscó la polvera en la desordenada mesa de tocador. "No has abierto tu regalo."

En el espejo oval enmarcado en dorado, lo vio sosteniendo el paquete con aire pensativo. "Lo encontré en esa tienda de la calle d'Antibes. No creo que te guste, pero puedes cambiarlo."

Por encima de su hombro, Archie la contempló en el espejo. "Odio los cumpleaños, odio ser recordado."

"Tonterías", dijo ella enseguida y agitó suavemente la borla de la polvera. "Yo los adoro."

"Tú no tienes sesenta años. Yo los cumplo hoy."

"¿Y qué hay de malo en eso? Estás en lo mejor de tu vida", dijo.

"Los sesenta son la definitiva culminación de la vida. Nos dimos hasta los sesenta, ¿recuerdas?"

"Shhhh", exclamó y solícitamente se pasó la borla de polvos por sus finas mejillas.

"No me calles. Acabo de verme en el espejo del baño."

"Seguramente no es la primera vez, querido", dijo ella con una radiante sonrisa.

"Por primera vez a los sesenta", dijo Archie.

Se volvió lentamente hacia él. "Archie, ¿qué te pasa? No puedes haber envejecido de pronto, en una noche. Ayer tenías 59 años. ¿Qué extraña metamorfosis ha ocurrido en ti desde anoche?"

"Mis nalgas se han vuelto fofas, arrugadas. Me estoy encogiendo." Deslizó vagamente la mano sobre el paquete que sostenía en sus piernas. "No, no desde anoche. Ha venido sucediendo desde hace tiempo. He observado cuidadosamente las líneas de mi cuerpo. Se han combado —dijo con gesto preocupado—, están caídas. Es la edad... Creo que todo esto es un poco obsceno."

Ella lo miró con una expresión de asombro en los ojos y las manos enlazadas en su regazo. "Querido Archie, qué horrible lo que estás diciendo. Tienes una figura hermosa, un cutis perfecto... lo has tenido siempre. Y siempre te has envanecido de eso."

"Pero ya no lo tengo. No me gusta el curso que están tomando las cosas. Podrías decir que me estoy precipitando hacia el invierno, y ya desde ahora puedo adivinar cómo va a ser ese momento. Siento una enorme aversión hacia todo eso."

Ella lo miró con un gesto de impotencia. "Nunca antes habías hablado así: me estás destrozando."

"Yo también me estoy destrozando. Los hombres se vuelven vanos cuando enfrentan la realidad. Es tan simple: odio lo que está ocurriendo en mi cuerpo, lo odio." Se levantó de la cama de pronto y, sosteniendo el paquete en una de las manos, caminó hasta la ventana y miró hacia la mañana dorada. "La idea de hacer el amor me repugna."

Coco dejó escapar una leve exclamación de angustia y, llevándose la mano a la boca, se volvió repentinamente sobre el banco del tocador. "¡Qué horrible lo que has dicho, Archie! Te has vuelto loco. No puedes estar bien."

"Estoy perfectamente bien. Sólo que acabado. Acabado."

"¡Cállate!", gritó ella, cubriéndose los oídos con las manos.



“Como tú sabes, soy un hombre escrupuloso... Escúchame, no quisiera repetir esto otra vez, tú lo sabes. Los instintos, o como quiera que se llamen, han comenzado a desvanecerse. Tú debes haberte percatado de ello desde hace algún tiempo. Ya no tengo fuerzas, ni deseos... mis instintos han muerto. Me he secado, me temo. La savia ha terminado abandonándome también con los músculos. Lo detesto, y odio entristecerme con esto... pero así es. Lo que acabo de decirte es un hecho. No es tu culpa, en absoluto; sigues siendo tan encantadora, tan atractiva, tan enloquecedora como siempre. Pero siento que no puedo ser un esposo para ti en el sentido pleno del término; no puedo cumplir con mis obligaciones: ya no soy capaz.”

Coco se sentó aturdida, como si de pronto hubiera recibido un fuerte golpe. Luego, muy lentamente, se dio vuelta hacia el tocador y mecánicamente buscó sus anillos y los hizo girar en sus dedos trémulos, inseguros.

“Esta es la mañana más espantosa de mi vida”, dijo y se deshizo en lágrimas que corrieron por sus mejillas abriendo ligeros surcos en el maquillaje.

“También para mí es una mañana horrible”, dijo Archie, dándole la espalda aún junto a la ventana, “aunque me doy cuenta que es más fácil para mí que para ti. Toda pasión se acabó para mí.”

Ella se enjugó los ojos con un pañuelo. “¿Y qué pasará conmigo? ¿Qué voy a hacer? Me haces sentir como una leprosa.”

“No quería hacerte sentir así. Soy yo quien debe sentirse como un leproso, no tú. Tú sabes que sólo muy rara vez me he acercado a ti en estos últimos años. Nuestra relación no ha sido una relación apasionada, ¿o sí, querida? Desde hace muchos años.”

“¡No es mi culpa, Archie! ¡No la mía! Tú has envejecido cada vez más lejos de mí, metido en tus detestables libros, en tus investigaciones, con todos esos malditos soldados de juguete, trozos y piezas de antiguas batallas.” Se había limpiado los ojos y examinó los restos del naufragio que aquella intensa mañana había obrado sobre su rostro ahora macilento.

“Ya no hay nada que hacer con esos soldados de juguete o esas piezas de alguna vieja batalla, como las has llamado. Pero sí *había* algo que hacer con la guerra, con nuestra guerra.” Se apartó de la ventana y fue a sentarse de nuevo en la esquina de la cama.

“Cinco años de separación es mucho tiempo. Éramos dos extraños cuando volvimos a encontrarnos. Nada conseguimos con eso. Nada.” Miró como desahuciado en su interior hacia esa época. “Nos queda un viejo afecto, familiaridad, hábitos. Pero la pasión ha muerto. Tú lo sabes tan bien como yo. Todo ocurrió hace tanto tiempo: es



ya tan distante, está tan acabado. Y hemos cambiado de manera tan definitiva. Es algo que le ocurre a mucha gente."

"¡No!", gimió. "No digas una palabra más. Lo vuelves todo demasiado cruel."

Él se encogió de hombros y volvió a deslizar la mano sobre el paquete que aún sostenía en las piernas. "Es cruel. El fin del amor, o de la atracción física, si tu quieres, siempre es cruel."

Ella introdujo los dedos en el bote de crema y comenzó a untarse la cara con movimientos bruscos, irritados. "Tú me dejaste primero. Fuiste, tú, Archie. Yo siempre he sentido atracción hacia ti, sólo recuerda eso."

Él sonrió tristemente, negando con la cabeza. "Tú me dejaste mucho antes que yo, querida. Te has sentido atraída por cada hombre que te mira, sobre todo si es un hombre más joven. Los que tú llamabas 'elegantes', ¿recuerdas? Un joven elegante en la playa, en un yate, al otro lado de la mesa; cualquier joven con buena figura y un poco de ingenio bastaba para llevarte a la cama."

Ella dio un grito de rabia mientras uno de sus anillos, por efecto de la crema, escapó de sus dedos y rodó por el piso de parquet. "Dices cosas sucias, despreciables. ¿Cómo puedes hablar así?"

"Fácilmente, tristemente. Eso ahora no importa. No ha importado. Nunca importó, supongo. Aunque lo supe desde el principio, nunca pude cambiarte. Todo lo que hice fue casarme contigo. Y tampoco eso te detuvo, ¿o sí? El matrimonio sólo te dio 'licencia para matar', si entiendes lo que quiero decir."

Ella se limpió la cara con un pañuelo, arrojándolo luego a sus pies. "No entiendo. No sé lo que quieres decir. Te has vuelto completamente inmundo, obsceno."

Él se levantó de nuevo y, apoyándose contra la persiana recogida, miró vagamente a través de la ventana. "Mi querida Coco, si yo hubiera hecho una incisión en ese enorme pino en forma de sombrilla allá abajo por cada 'asesinato' que tú has cometido, habría un maldito altar totémico erigido al final del jardín."

Ella se volvió hacia él con inseguridad, extendiéndose la crema cuidadosamente en las manos. "Qué mal momento elegiste para jugar el Juego de la Verdad. ¿Pues supongo que de eso se trata? Y has esperado cuarenta años para jugarlo. Precisamente hoy, en la mañana de tu sesenta aniversario. ¡Qué admirable precisión! ¿Y después de esta asombrosa confesión que me has hecho, qué se supone que debo hacer? ¿Admitir que yo siempre fui una ninfómana y tú, podríamos decir, un indolente? ¿Te parece mejor así?"

"No sigas, por favor, no sigamos con esto. No me gusta nada."

"No podemos detenernos, Archie. Tú comenzaste y yo te seguí. Entraste a este



cuarto y me hiciste mucho daño con esa estúpida observación. Y ahora, cuando has terminado por convertirme en una ruina ¡mírame!-, quieres detenerte. ¡El típico Archie! No me detendré. Te quise con locura. Pensé que eras lo más divino que había visto en mi vida y deseé ser tu esposa. Y lo fui. Pero en ese entonces no sabía –¿cómo podía saberlo?– que la única manera en la que realmente podías hacerme el amor era vestido con tus galas reales, con tus insignias, como si acabaras de llegar del baile de Richmond antes de la batalla de Waterloo.”

“Basta, Coco. Detente.”

“No lo haré. Es verdad: charreteras, botones y esas malditas botas adornadas con borlas. Tu obsesión con Napoleón y sus galas. ¿Cómo iba a saberlo?”

“Hasta donde pude darme cuanta, tú parecías disfrutar mucho de todo eso.”

“Por supuesto. Era un juego. Lucías extravagantemente encantador y arrojado. No me importaba jugar tu estúpido juego si eso te producía placer. Y fue divertido al principio.” Miró atentamente sus manos e hizo girar sus anillos en los dedos. “Pero al poco tiempo comprendí que había muy poco amor en todo eso. Tampoco había ternura realmente. A ti te gustaba porque en cierta forma te ocultabas detrás de ese disfraz que te hacía sentir fuerte, valiente, masculino. Te daba sensación de poder, te sentías irresistible. Pero sobre todo, irresistible ante ti mismo. En realidad, te hacías el amor a ti mismo, Archie, no a mí. Y por momentos sentí que quizá estabas castigándome por mi esterilidad.”

Archie emitió un ligero gemido, cubriéndose la boca con el puño. Ella lo miró vagamente.

“Ese era el trasfondo del asunto, lo sé. Eres un hombre vanidoso, siempre lo has admitido, un hombre vanidoso y egoísta. Lo extraño es que yo te amé a mi manera, y todavía te amo. A pesar de todas estas cosas tontas y crueles que después de tantos años nos estamos diciendo. Sé que no fue el tipo de matrimonio que tanto tú como yo habíamos esperado. Pero a fin de cuentas, nos las hemos arreglado. Fue un matrimonio perfectamente aceptable hasta la guerra. Hasta entonces, jugamos tu jueguito, como tú cruelmente lo llamabas, cuando el deseo te invadía. Pero cuando no, entonces yo podía irme a hacer cabriolas con los gitanos por los bosques. Y lo admito: yo pasé una época maravillosa. ¿Pero salimos realmente indemnes de todo eso, Archie?” Extendió la mano hacia la espalda encorvada de Archie. “Yo regresé. Nunca corrí detrás de un molino de viento. Después volvimos a intentarlo... y fallamos. Pero ahora estamos juntos, ¿no es así?”

Él levantó la cabeza y miró hacia afuera a través del jardín. Ella mantuvo las manos entrelazadas sobre sus rodillas.

“Qué extraña conversación, después de todo.” Se encogió de hombros y sonrió levemente para sí misma. “¡Oh, querido! Sabías muy bien lo que yo era cuando nos casamos hace tantos años. La frívola, la feliz inconstante. Coco. Al mismo tiempo dentro y fuera de cualquier nido. Ese era nuestro refrán, ¿recuerdas? Y resultaba divertida para cualquier extraño.”

Él había apoyado la cabeza contra el frío cristal de la ventana. “¡Dios mío!” exclamó.

Repentinamente, ella se dirigió a su propia imagen en el espejo. “¡Qué desastre! No me refiero a nosotros, sino a mí. A mí, en este momento. Francamente, creo que hasta ahora hemos podido arreglárnoslas muy bien.” Con sus delicadas manos, se alisó la cara y el cuello. “Y aún estamos aquí. Dices que tus nalgas están flojas y tu cuerpo ajado; yo también he envejecido. Y en cualquier caso, podrías elegir un nuevo disfraz, ¿sabe Dios cuál! Un uniforme cubriría cualquier vestigio indeseable... si es que puedes encontrar alguno para jugar el juego.”

Él aclaró su garganta: “Hacer eso a los sesenta, me haría sentir obsceno.”

“¡Oh, la vanidad, la pura vanidad! Toda pasión se agota, tú lo has dicho. Sobre todo, cuando realmente no ha habido ninguna: de tu parte, al menos.” Irritada, extendió la mano hacia el bote de crema e hizo girar bruscamente la tapa. “Yo también soy vanidosa. Y un poco más joven que tú. No me voy a recluir en un convento porque tú hayas descubierto arrugas en tu trasero o en cualquier otra parte.” Comenzó a extender la crema sobre los delicados contornos de su rostro. “Todavía no estoy muerta, querido. Aún no. Y no lo estaré durante un buen tiempo.” ◇

Armando Pereira

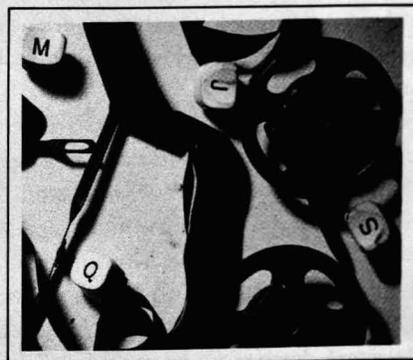
Una década de narrativa mexicana

El espacio imaginario es, por definición, un territorio ambiguo: no está en ninguna parte y, sin embargo, siempre estamos accediendo a él. Fue Barthes, me parece, el que mejor lo ha definido, precisamente porque nunca intentó definirlo: "En su grado más pleno —dice—, el Imaginario se experimenta así: todo lo que quiero escribir de mí mismo y que a fin de cuentas me resulta embarazoso escribir." Embarazoso, porque —según Blanchot— "la imagen nos compromete y, lejos de hacernos vivir en la fantasía gratuita, parece entregarnos profundamente a nosotros mismos." Esto no quiere decir que lo imaginario se manifieste exclusivamente a través de la escritura, sino más bien que la escritura abre una puerta o traza un camino que nos conduce directamente a él. Me refiero a un tipo específico de escritura, a la escritura literaria, a ese entramado textual que se ha fijado una tarea imposible: corporizar un fantasma, prefigurar un deseo. Adentrarnos en el espacio literario es aventurarnos a correr un riesgo: el riesgo de ir perdiendo poco a poco la tierra firme bajo los pies. No pretendemos otra cosa con la colección de relatos que aquí ofrecemos. Tal vez resultaría exagerado afirmar que los autores antologados constituyen el imaginario de una década de la narrativa mexicana; lo que sin embargo no resultaría tan exagerado sería afirmar que de alguna manera han contribuido a crearlo.

Uno de los mayores problemas con que se enfrenta una antología —y sobre todo cuando se trata de una antología preparada para una revista— es que, por tiránicas

e ineludibles razones de espacio, resulta imposible incluir en ella a todos los autores que con pleno derecho debían estar presentes. Asumiendo de entrada ese reto, de cualquier forma quisimos dejar constancia en nuestras páginas de diez años de narrativa mexicana. Es decir, decidimos restringir esta muestra a los narradores que, en el momento de la publicación, tuvieran entre treinta y cuarenta años, y que por lo menos hubieran dado cuenta de su labor creativa mediante la publicación de un libro de cuentos o una novela. A pesar de las restricciones señaladas, somos conscientes que las ausencias son tan significativas como las presencias (algunas de esas ausencias, sin embargo, no se debieron estrictamente a negligencia u olvido del antologador). Y eso hace que el cuerpo textual conformado por los once jóvenes narradores que aquí presentamos, se convierta en un juego de luces y sombras, en donde unas nos remiten a las otras y viceversa.

Sin embargo, el espacio configurado por esta antología no pretende ser, ni mucho menos, un espacio cerrado ni definitivo. Sus carencias —múltiples, inevitables— nos obligan a abrir ese espacio a otras voces que, o bien no fueron convocadas, o bien no acudieron oportunamente a nuestra solicitud. Pues en realidad no es otra nuestra intención que crear un territorio plural de convergencia en el que puedan hacerse oír las voces más diversas, con el objeto de alcanzar así una imagen más completa y más fiel de la joven narrativa mexicana. ◇



Carmen Boulosa

LLANTO*

I. LA APARICIÓN

Lo primero que apareció fue el hormiguero. Tras él, persiguiéndolo, por sus galerías, como soplos, las mujeres.

Nadie alcanzó a contarlas. Les llevó más tiempo recorrer los pasillos de arena y tierra que despertar.

Como aire que sube, treparon por los túneles del hormiguero y reventaron en forma de mujer, brotando como botones de carne al final de un tallo de aire.

Brotaron, reventaron, se hicieron, aparecieron. Con igual fuerza, paf, fueron ceniza apenas encarnaron. Para ellas despertar fue desaparecer.

¿Cuántas fueron, cuántas?

Nadie hubiera podido contarlas. A ningún ojo le hubiera dado tiempo de hacerlo.

De pronto, tras el quejido de las tripas buscando acomodo en las cajas de piel antes de reventar en nada, en ceniza dispersa, no por los pasillos del hormiguero sino por su espejo en el cielo, con lentitud, vertiginosos, tres trozos de alma y el misterio se precipitaron.

De los demás puntos de la tierra y del cielo despertaron reventando las pequeñas partículas, innumerables: desde la invisible morusa diminuta viajando en las agallas del pez y en el océano, la partícula que era fruta, la que era corteza de árbol, la que era piedra o arena o cielo o estrella o agua o fuego o aire envenenado. Todo se sintió llamado de pronto por el retumbar de lo que caía a través de los conductos del espejo del hormiguero.

Hacia el mismo lugar.

Así se formó, otra vez, sin madre, el cuerpo a que aquello todo se había visto en otros tiempos adherido, el que no había alcanzado a ver lo que hacía nueve veces cincuenta y dos años él había dejado desplomándose, y así fue como llegó, el 13 de agosto de 1989, acostado sobre el húmedo pasto, durmiendo, soñando, envuelto en trece mantas bordadas y descansando el peso sobre las plumas de águila y la piel de jaguar que un día recubrieron su asiento, aún creyéndose colibrí aleteando en el

* Primer fragmento de la novela de este nombre, sobre Moctezuma II que publicará próximamente Monte Ávila Editores, Caracas, Venezuela.

azul que antes rodeara los bosques hasta imbricarse en las minucias de las ramas. Así fue como apareció.

Que apareciera bastó en las mujeres para volverlas arenilla fina, polvo fino, cenicita. A él lo fijó en su forma el llanto. Pero el papel en que él venía recubierto siguió a las mujeres en su camino de regreso hacia ser nada o un poquito de todo.

No sólo el llanto. Por los caminos del hormiguero y su espejo en el cielo, corrían como vientos, como voces, presurosos y mirando, Los Dueños del Mundo: habían despertado.

Eran tantos que sus voces y sus pasos hacían una columna vertebral en los caminos de arena.

Un hueso hacían de las galerías.

Desde esos túneles, detenían al que había aparecido, en su forma hermosa y perfecta, ellos, los dioses, los que hasta ese día muchos creíamos muertos.

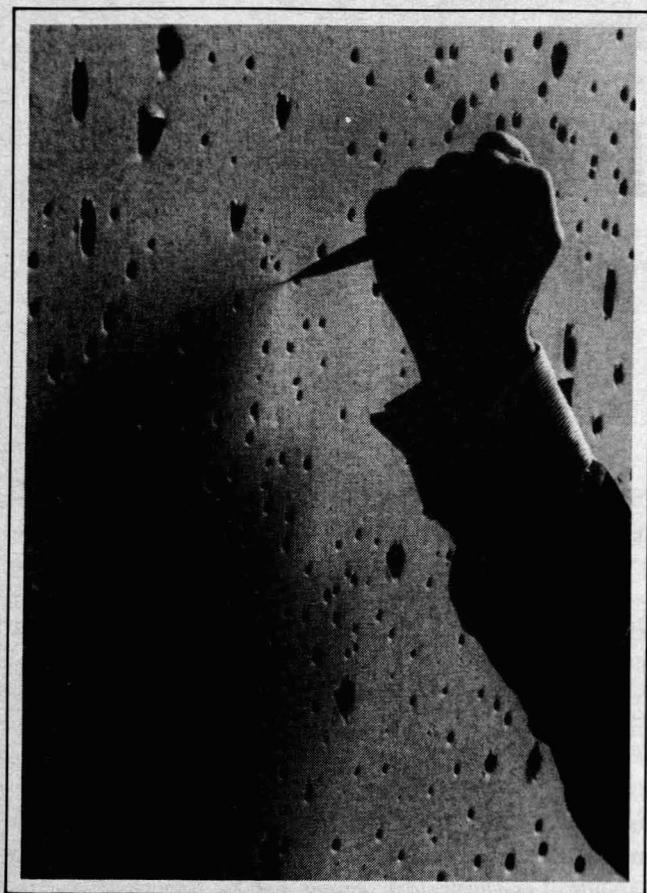
(Cuando la tierra tira un aire al aire, se tira un pedo, la erupción, y los gases y las cenizas ardiendo del volcán no obligan a responder al cielo. Éste se oscurece porque el pedo lo oscurece, pero en nada cambia. Ni se ruboriza, ni el aire lo hace pensar en alguna otra respuesta. El cielo sólo se queda atento.

En este caso, el tipo, la calidad del pedo, su radiación de carne, y después el ridículo montículo que dejó como testimonio, sacaron una carcajada del cielo, aire también de sus tubos, aire con carne, también.

Él, cuya sustancia arraigó en el llanto, nació entonces de la risa del cielo. Si nacer es eso, retornar.

Si hubo un pedo aquí, ¿quién me garantiza que no andan otros sueltos, otros también escapados de la muerte y de otros tiempos?

Algunos creyeron que su aparición no dejó huella en la superficie de la tierra. Otros, que la huella tenía que ser más visible, más voluminosa, más interesante, que un hormiguero no bastaba para delatar tamaña aparición. Éstos fueron estúpidos, no pensaron en la arquitectura deslumbrante del hormiguero. En cambio, los guardianes del parque tuvieron razón cuando se empecinaron contra él. Cuando aplanaron el pequeño mon-



título que formara y llenaron sus túneles con veneno, los cuidadores del Parque Hundido hacían bien al temer el hormiguero.

Si importaran los dioses, describiría aquí la calidad y el tamaño de su enojo cuando vieron su refugio invadido por un polvo blanco y venenoso y después la forma de la que eran hueso reducido a la nada, un trecho más del plano territorio del parque.)

EL DESPERTAR

Él sintió la cabeza, un cántaro de ruidos, un cántaro lleno de animales furiosos. Sintió la cabeza afuera de él, pesándole, dolor en carne de ruidos, de los ruidos confusos que se lastimaban entre sí, afuera de él, adentro de su cabeza. ¿Por qué no reventaría el cántaro? Cedería el dolor...

Luego vino un silencio, cuando respiró por primera vez, cuando sintió el aire estorboso y raspando, convertido por un fuerte murmurar de flemas en signo de enfermedad.

En cuanto expulsó el aire, las sienas pesadas y necias parecían querer reventar la cabeza para abrazarse, estrellar la cabeza entre ellas como entre dos piedras.

Inspiró por segunda vez: no sólo fueron las flemas, del ombligo hacia arriba su cuerpo parecía romper la cáscara de la piel, hacia afuera y hacia el tubo de aire que insistía con sus flemas caminantes.

Al mover los párpados, un confuso rozar de puntas de flechas lo irrita. Se talló los ojos con ambas manos y el ardor cedió. No la ceguera: parpadeando, abriendo y cerrando los

ojos trataba de ver pero todo era confusión. Cerró los ojos, se encerró en su cuerpo.

Se diría que el cuerpo incómodo le está ardiendo, que respirar por primera vez, despertar después de siglos, era estar hundido en agua hirviendo y soportar adentro de la piel frita un enorme cuerpo enfermo.

Sale él de ahí, sale y vuelve a salir, pegajoso, sale, o empieza a salir arrancado por una estampida de imágenes.

POR UNA ESTAMPIDA DE IMÁGENES

En el estero rodeado de manglares, atenazado de manglares, sobre el agua del río las balsas contienen flotando al cortejo.

Los músicos irrumpen al silencio.

Con enormes abanicos de plumas remueven el aire alrededor de Su Persona alejando a los insectos.

Las raíces y las ramas inmóviles saben ver sus colorados frutos pedrosos, los cangrejos. Se escuchan los monos y un sinfín de aves, que habían guardado silencio para recibirlo, sueltan sus cantos.

Hay los que clavan sus vistas astutas sobre el agua y el lodo para descubrir el coletazo de un caimán, o las serpientes.

Él ve la luz tenue y dudosa que dejan atravesar los árboles. Mira a través del enrejado de ramas y raíces y alzando los ojos deja ver que quiere continuar la marcha.

Los músicos tocan los instrumentos, sintiendo en sus cuerpos el aire vigoroso e inmóvil del manglar.

Los observan los inmensos termiteros.

Una de sus favoritas se inclina y le dice al oído -mientras abanicar con mayor intensidad, como si el olor a sándalo de la mujer fuera a atraer más alimañas- las frases de un poema que le regala la emoción del estero estrecho.

Acaricia la espalda de Su Persona mientras ella le regala un poema que nadie escuchará además de él:

"Es para ti, Motecuhzoma. Nadie más debe oírlo. Escuché que me lo gritaban los árboles hartos de una inmovilidad y un encierro que no quieren merecer... Me lo dijeron y yo te lo repito tal cual, escucha..."

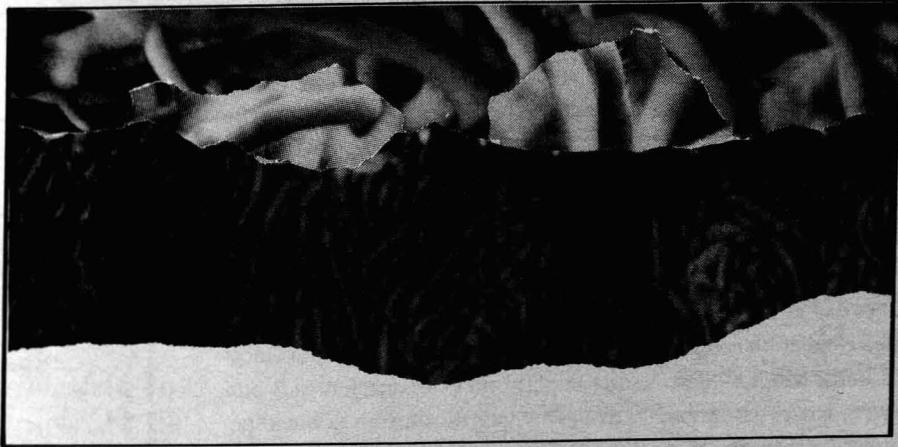
Los tallos de bambú: shaz, shaz... Cuando el estero se abrió en el río, sobre dos balsas alineadas, dándole la espalda lo esperaban dos grupos de trece desnudos muchachos mostrando la coleta teñida de blanco, con dos plumas de garza, ofrendando el cabello que aún no se habían cortado porque aún no habían traído su primer cautivo, pero que pensaban perder en esta guerra. Todos querían traer un prisionero para regalar a su emperador.

el mar, por primera vez

De pronto, arrancado del cielo que apenas se miraba entre las palmeras espesas, un trozo de azul se tendió frente a él, en el piso: ese golpe en la arena era el mar, el mar interminable, a unos pasos. Soltó las sandalias y corrió, corrió hasta tocarlo con los dedos de los pies, con los tobillos, con los muslos... No lo sintió más allá de sus piernas, cuando las mujeres que venían a su cuidado lo alcanzaron para llevarlo de los brazos a tierra, como si el mar fuera a arrebatarles al niño que preciaban en tanto... ◇

Adolfo Castañón

Las Montañas Azules



Había una vez un niño muy pobre. Tan pobre que no tenía ni padre ni madre. Vivía con su abuela en las afueras del pueblo. Sus padres habían muerto cuando él era muy pequeño. Primero había desaparecido él y luego ella, al ver que no volvía, lo había seguido. La cabaña donde vivían era muy pequeña, tenía un solo cuarto donde la vieja Almina y el muy joven Juan pasaban juntos los interminables días de invierno. Por la mañana, la abuela se iba al pueblo a ganarse el pan, salía antes de la madrugada cuando todavía era noche y las estrellas parecían de hielo. Juan se hacía el dormido para no mortificarla pero en realidad se quedaba despierto en la cama oyendo los pequeños ruidos de dentro y fuera de la casa que conocía tan bien como el rostro rugoso y apacible de la abuela: la gotera que caía junto a la puerta con la misma inexorable regularidad del reloj que marcaba las horas en la iglesia del pueblo, el ratón que se movía con cautela y tenacidad en el bote de basura situado justo al otro lado de la pared, el grito ronco del viejo gallo del vecino que primero cantaba dos veces y luego se quedaba silencioso unos minutos antes de continuar su solitaria diana. Juan sabía que era hora de levantarse cuando oía ladrar a los dos perros del leñador por el camino, y de un salto se ponía pantalones, zapatos y camisa y salía al aire libre de la mañana a saludar a la formidable y argentina haya que crecía a unos cuantos pasos de la casucha. Era un árbol enorme, firme, erguido y que parecía esbelto a pesar de su tamaño, con su corteza casi blanca y una frondosa copa ovalada que se veía desde muy lejos. Juan se las arreglaba muy bien para trepar por el tronco liso y vertical y luego se resbalaba a horcajadas por una de las ramas. Desde allí, desde lo alto, veía hacia atrás el techo de dos aguas de su casa, las tejas enlameadas donde el musgo dibujaba un continente perdido, los nidos de los pájaros escondidos entre el tejado, el tiro sucio de la chimenea. Se inclinaba un poco más sobre la rama y podía ver, a la izquierda, el pueblo y a la derecha el campo a esa hora todavía cubierto por jirones de niebla. Juan se quedaba acurrucado en una rama durante horas con la mirada en apariencia perdida, veía desde lo alto de su haya las montañas azules que se divisaban desde ahí: una cumbre detrás de otra como un oleaje lentísimo de montes y de riscos perdiéndose en el horizonte. Juan no sabía qué era el mar; tampoco sabía que sentía

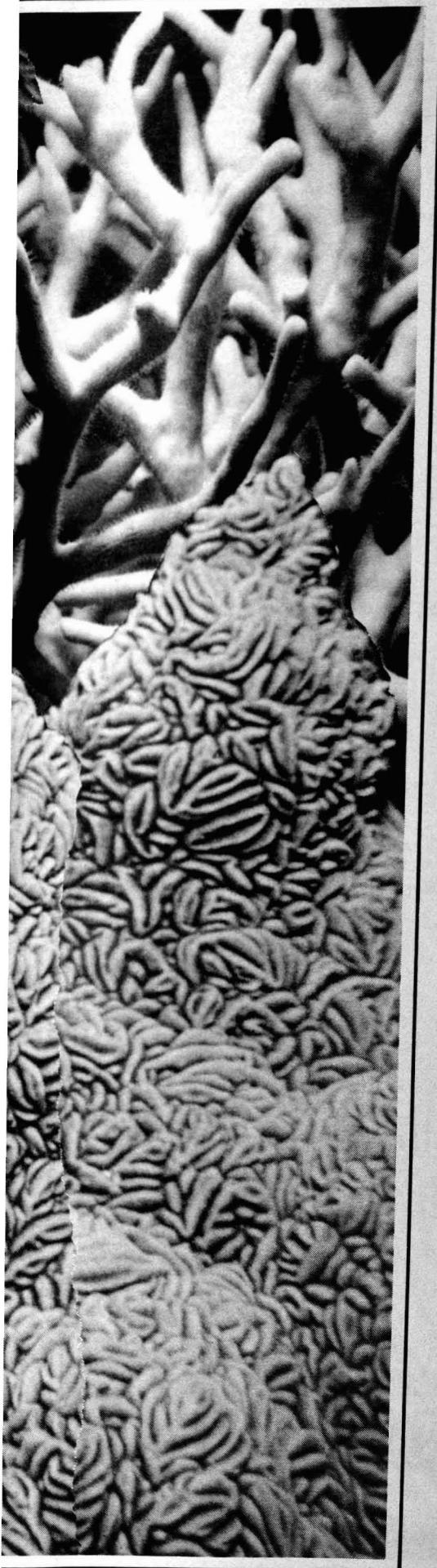
el mismo alborozo, la atracción irresistible que punza al marinero cuando lo llama el mar. ¿Qué habría más allá de las montañas azules? El día que Juan le hizo esta pregunta a su abuela, la vieja puso la mirada en blanco, siguió chasqueando su sopa de pan y fingió no haber oído. Así era ella. Prefería no hablar de lo que no le gustaba, hacía los mayores sacrificios sin darles importancia. No era precisamente comunicativa, ni totalmente taciturna: de vez en cuando hacía brotar entre dientes un chorro confuso de palabras de las que sólo se podía distinguir la entonación, más que farfullar se diría que gorjeaba pero, cuando algo la inquietaba, se hundía en un denso, inquebrantable silencio. Por eso ahora Juan sabía que en las montañas se encerraba un misterio. Adivinaba caminos y senderos serpenteantes hacia las cumbres verdes y azules; sentía que, conforme subían, los caminos se adelgazaban y tal vez flotaban entre las nubes. Si los dioses existían, allí seguramente podrían encontrarse sus huellas todavía frescas. Al menos, eso pensaba Juan mientras se abrazaba a su rama preferida. Veía cómo las cimas, primero envueltas en la niebla y en las nubes, iban apareciendo en el azul para luego disolverse en la luz y ondular como un oleaje.

Juan tenía pocos amigos en el pueblo. Uno de ellos era Matías, el zapatero que había abandonado a su mujer y que había vuelto al pueblo años después transformado en un hombre solitario que cumplía con metódica puntualidad sus deberes religiosos. Era un gigante silencioso que por alguna razón le tenía afecto a Juan. Entre sus manos inmensas los zapatos de la gente normal parecían pequeños y, los de los niños, modelos de juguete. Matías arreglaba gratuitamente los zapatos de Juan y hasta le había regalado una mochila para cuando fuera a la escuela. Tal vez así el hombrón creía retribuir las horas que pasaba el niño ayudándole en el taller. Un día le preguntó de improviso: "Dime Matías, ¿tú sabes qué es lo que hay más allá de las montañas azules?" "Dicen que el mar" —respondió el zapatero con tono displicente que quitaba toda importancia a la pregunta. Luego Matías añadió: "Pero lo que importa no es lo que hay *más allá* sino lo que, según dicen, hay *en* las montañas azules" y guardó silencio como esperando el efecto que producirían sus palabras. Juan abrió desmesuradamente los ojos y se quedó pensativo y con la boca entreabierta durante algunos instantes.

Se oyó el choque tenaz de una mosca contra el cristal, los pasos veloces de una mujer en la calle, el chisporroteo de la leña en la chimenea que el friolento Matías siempre tenía encendida y que se confundía con el manso incendio de la brisa entre los árboles.

"La verdad —continuó con voz ronca y con el ánimo evidente de decirle a Juan todo lo que podía referir acerca de aquello— es que nadie sabe muy bien qué hay ahí porque son muy pocos los que se han decidido a emprender el viaje, y de ellos —que yo sepa— ninguno ha regresado. Te diré algo. Después de todo, si ya tienes edad para preguntar, la tienes para saber cómo ocurrieron las cosas y para guardar un secreto. Tu padre no desapareció sin más. Partió hacia las montañas azules. Pasaron varios meses y tu madre lo siguió." Curiosamente a Juan —un niño moreno de once años que a veces tenía mirada de un joven de veintidós— nada de esto le sorprendió. La emoción que sentía al subir al árbol y contemplar desde ahí las montañas azules era tan pura, tan poderosa, tan íntima y plena que la confesión de Matías en cierto modo representó para él un alivio aunque de todos modos siguiera sin saber qué había en ellas. De pronto, adoptando un tono exigente y severo, Juan se volvió hacia el zapatero y le dijo, con esa impaciencia didáctica que suelen emplear los niños cuando tratan a las personas mayores (a veces con razón) como si éstas fuesen menores de edad: "Matías, por favor, yo no te pregunté adónde había ido mi padre, sino qué es lo que hay en las montañas azules." El gigante lo miró sin decir nada, tenía cuatro clavos entre los labios y continuó remachando suelas como si el niño no estuviera ahí. Por fin le respondió. No le costó trabajo dominar su malhumor ante la brusquedad de Juan pues cuando todavía éste no terminaba de hablar la imagen del padre se recortó con nitidez en la mente del zapatero y vio al joven amigo de antaño con su camisa morada y sus pantalones grises tal y como éste se le había presentado el día en que le anunció con vehemencia que esa vez nada lo detendría, que estaba dispuesto a emprender el viaje. Y el gigante Matías se oyó decir a sí mismo cosas de las que no estaba seguro o que había oído, como entre sueños, hacía mucho tiempo: "Dicen que allá arriba, detrás de





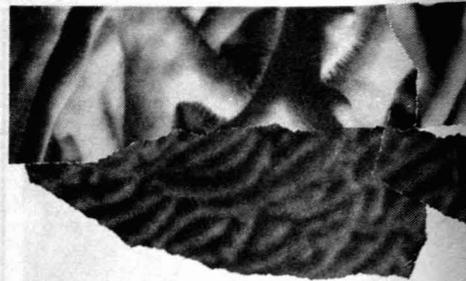
una cascada, hay un cántaro de bronce lleno de monedas de oro y junto a él una flauta de piedra cuyo sonido puede hacer desagraciado para siempre a cualquiera que lo oiga. Dicen que el que se quiere llevar el cántaro debe llevarse también la flauta y tocarla en público cada que quiera cambiar una moneda." Todo esto no sólo era nuevo para Juan sino para el mismo Matías, quien se oyó a sí mismo decir todo esto con la misma atención expectante con que había seguido sus palabras el pequeño Juan. Presa de temor le dijo al niño: "No me hagas caso, no sé lo que digo." A Juan ni siquiera le pasó por la cabeza que esto era literalmente cierto y más bien interpretó espontáneamente las últimas palabras de Matías como una expresión de ese pudor que nos embarga después de que hemos descubierto un secreto. Aunque todo era nuevo para Juan, le parecía conocido. Lo del oro era natural. ¿Acaso no era el arcoiris que se veía desde el árbol un reflejo de ese cántaro? La flauta, en cambio, le parecía que estaba fuera de lugar. No veía por qué había que tocar la flauta para cambiar las monedas. Sin que nadie se lo hubiese dicho, Juan sabía que todos los músicos llevan sobre el rostro como un invisible velo de tristeza que les da un aire melancólico incluso cuando están más alegres. A él mismo, por alegre que fuese, la música lo hacía llorar.

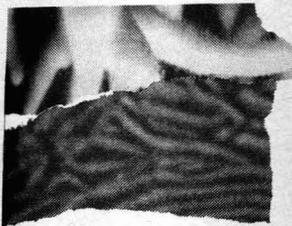
Cuando le anunció a la abuela su decisión de partir rumbo hacia las montañas azules, ésta lo miró a los ojos con sus pequeños ojos vivos, negros y sin pestañas y se mordió los labios. No había nada que hacer: ese estúpido gigante que había sido amigo de su hijo ahora le llenaba la cabeza de humo al nieto. "¿Sabes al menos por qué quieres ir?" le preguntó la abuela con firmeza como quien toma el brazo de alguien que está mareado. "Sí, replicó Juan. Así, además de buscar el cántaro, averiguaré algo sobre mi padre." La respuesta no dejaba dudas. La vieja chasqueó la lengua; "...el imbécil no se guardó nada", pensó para sus adentros. Entonces hizo prometer al muchacho que el próximo domingo, antes de partir, iría a misa y se confesaría y comulgaría. A Juan no le sorprendió la solicitud e incluso le fastidió un poco pues, al salir del taller, Matías le había hecho exactamente la misma recomendación. Se iría el lunes a primera hora, el día en que empezaban las clases. No sabía realmente cuándo volvería, aunque los preparativos y comentarios que hacía la abuela empezaron a amedrentarlo: le indicó el escondrijo donde guardaba unas cuantas monedas junto con los papeles de la casa y algunos recuerdos de familia que habían ido pasando de mano en mano como talismanes contra el olvido; luego, el domingo, antes de entrar a misa, lo tomó de la mano y lo llevó a un rincón del cementerio: "Aquí me buscarás cuando vuelvas, guarda una de tus monedas para pagar una misa y toca con la flauta aquella canción donde venía de la luna un gigante tocando el tambor." Juan volvió a sentirse incómodo: ¿Quién le habría contado a la abuela la historia de la flauta? Sintió frío en la espalda y se dio cuenta de que, desde que Matías le había hablado de las montañas azules, él, sin saberlo con toda claridad, había empezado a despedirse de todos y, entre todos, de la abuela. Sólo Dios sabía cuánto la quería; pero de un tiempo a esta parte sólo podía confesarle al diablo -y eso en voz baja, como en un murmullo que no deseaba oír ni siquiera él mismo- cómo odiaba la vejez, cómo le desesperaba ver que la abuela se hacía cada vez más débil y más torpe. No oía, estaba siempre pensativa y hablaba entredientes aunque nunca dejaba de trabajar. Ella no podía ser más bondadosa con él, le reservaba la mejor parte de la comida, le remendaba continuamente la ropa, le hacía cariños pero a medida que pasaban los años parecía cada vez más ensimismada, era como si una voz la llamase desde el fondo del pozo de los años y le fuese imposible no atenderla. Juan se engañaba a sí mismo diciéndose que se iba a las montañas azules a buscar el cántaro y la flauta para devolverle a la vieja aquella alegría que le había conocido en otras épocas, cuando todavía vivían Aureliano y Mahaud, los gatos que para ella habían significado tanto. Juan iba absorto pensando en todo esto mientras volvían del cementerio a la iglesia y sólo se despertó al tropezarse con el dintel del gran portón y observar que la iglesia estaba llena, que todas las miradas se dirigían hacia él y que algunos se cuchicheaban cosas al oído sin quitarle la vista. Fue a tomar el sitio de costumbre. Estaba distraído y no oyó la homilía sobre los trabajos del Apóstol Santiago con los gentiles. Al recibir la comunión y levantar la vista hacia el sacerdote lo distrajo algo que nunca antes había sentido: era un leve cosquilleo

en lo alto de la cabeza como si una mano invisible hubiese pasado acariciándole la coronilla.

Los preparativos del viaje fueron sencillos: una camisa, un par de calcetas, unas cuantas monedas y la capa que la abuela se había empeñado en que llevara, todos los viáticos en la mochila junto con un pan y un pedazo de queso. Durante la tarde del domingo fue a despedirse del viejo Matías. Insistió en darle unas botas que alguien había olvidado hacía mucho tiempo. Le quedaban ligeramente grandes pero eran calientes y cómodas. Vio al zapatero con su camisa sucia y sus ojos claros que parpadeaban sin cesar, el taller con sus muros de adobe carcomidos y tuvo la sensación de que era el mundo el que se iba de viaje y no él. Él se quedaba en la orilla del río, de pie sobre sí mismo, mientras el pueblo, con su abuela, el zapatero, la iglesia, la escuela y la haya se alejaban como si estuvieran sobre una barca y se iban flotando sobre el manso pero incesante río del tiempo. Esa noche no durmió o soñó que no dormía. En la turbia vigilia del insomne distinguió la balsa sobre el río y supo, como sólo se sabe en sueños, que las montañas aparecerían en el horizonte en el momento en el que hubiese desaparecido, por el otro lado, el pueblo con sus seres queridos.

Y así sucedió pues el viaje empezó muy de mañana y continuó para siempre. Al menos así pensaba Juan, para quien todos los días eran el mismo día: subiendo y bajando montes, atravesando valles y altiplanos bajo la lluvia, bajo el sol, con viento o en el áspero, seco aire del verano. Las montañas azules siempre estaban ahí pero nunca lograba acercarse a ellas. Durante el camino había conocido a todo tipo de gente y a todos había tratado de serles útil. Quienes más le simpatizaron fueron los hijos de los gigantes de quienes se había hecho amigo. Le recordaban a su viejo amigo Matías pero eran torpes, parlanchines y voluntariosos. Gracias a uno de ellos se encontraba por fin en el buen camino y dentro de algunas semanas estaría en la cima de las montañas. Gallo, el hijo de Fibrás y el más ingenioso y divertido de todos, le había dado a Juan las orientaciones necesarias para llegar y para volver. Lo había hecho después de mucho insistir y pronunció sus instrucciones solemnemente y en voz baja. Al llegar al arroyo que corría entre dos peñascos, había que caminar siempre en línea recta aunque pareciera que las montañas se alejaban o desaparecían pues las montañas eran





caprichosas y traviesas, les gustaba jugar. Al mismo tiempo, era necesario buscar dos cosas: muérdago amarillo y musgo rojo. El primero había que masticarlo todo el día y guardarlo en la boca durante la noche pues el aire delicioso de las montañas se respiraba con fruición pero tenía algo que hacía perder la memoria a los hombres. El musgo rojo había que ponérselo alrededor del cuello y tapando los oídos, pues la muerte se paseaba de noche por las montañas y llamaba hacia ella a todos los seres, de modo que en las montañas, entre la caída y la salida del sol todos los animales anhelaban la muerte, envejecían hasta morir. Sólo armado de este modo, el joven Juan que durante el viaje había dejado de ser un niño podría volver. Preguntó a Gallo y Fibrás si no deseaban que hiciera algo por ellos: "Tráenos un poco de muérdago amarillo y de musgo rojo", le dijo este último, pues a nosotros un antiguo pacto nos prohíbe llegar hasta allí."

Los senderos que subían hasta las montañas eran todos muy estrechos y, a partir de cierta altura, ya no había camino, sólo prados verdes, matorrales más altos que él. Adelante estaban los riscos que Juan tardó en subir varios días con sus noches. Nunca había tenido tanto frío. Sabía que sólo gracias al muérdago que chupaba sin poder dormir no moriría congelado, convertido en una de aquellas piedras que parecían cuerpos dormidos. Por fin, llegó a una cañada que se encontraba justo antes de la cumbre. Reconoció la cascada, lo primero que vio fue la flauta de piedra. Era pesada y blanca como alabastro. El cazo con las monedas estaba un poco más allá. Bajo el musgo que las cubría las monedas relucían como si las acabaran de poner allí. Tomó ambas cosas y se apresuró a bajar. Aunque iba deteniéndose de vez en cuando en busca del muérdago y del musgo para sus amigos, lo sorprendió la rapidez con que hizo el descenso. Había tardado en subir muchas jornadas, pero ese mismo día al atardecer ya había bajado hasta el valle donde empezaban las montañas. En efecto, eran traviesas y caprichosas. Esa noche durmió el sueño más profundo que recordaba haber tenido nunca. No soñó nada pero al despertar sintió que su cuerpo había atravesado sierras, laderas, cordilleras de años. No sabía cómo explicarlo. Se sentía triste y, cuando trató de imaginar el haya desde la cual columbró las montañas azules, comprobó que la imagen del árbol no venía a su memoria, lo desobedecía como una mano cortada, un invisible nudo le cerró la garganta. Se puso en camino y al llegar al paraje donde se encontraba la casa de piedra de Gallo y Fibrás encontró una aldea llena de tiendas y de vehículos. Curiosamente algunas mujeres llevaban pantalones y nadie usaba sombrero. Después de haber escondido sus tesoros, entró a lo que parecía una taberna y preguntó por los gigantes. La mesera se burló de él y le dijo que los gigantes sólo existían en los cuentos y en la imaginación de los viejos. "Parece mentira que un joven de tu edad crea en esas historias. ¿De dónde vienes?" Dijo cualquier cosa y salió de ahí precipitadamente. Como en todas partes obtuvo la misma respuesta, decidió seguir su camino. A medida que avanzaba el cántaro y la flauta se hacían más ligeros y Juan podía caminar con mayor velocidad. Pasaron muchos días, muchas noches, más de trescientos, las lluvias se fueron y volvieron hasta que por fin reconoció el valle donde estaba, al fondo, su pueblo. Reconoció la luz, la orientación, pero la cúpula de aquella iglesia no se le hizo familiar. La que estaba viendo era mucho mayor que la que él recordaba. Buscó inútilmente su casa en aquella ciudad desconocida. Habían desaparecido cabaña y haya, las calles eran otras, sólo reconoció vagamente algunos rincones vecinos del taller de Matías, también desaparecido. Se dirigió a la iglesia y pidió hablar con el sacerdote. No, ya no había sacerdotes ahí. Ahora el edificio era un museo. ¿Museo? Sí, un lugar donde se puede ver cómo vivía la gente en el pasado. La cosa empezó a interesarle, pidió permiso para entrar. En cuanto lo hizo sonrió: ahí estaba representado en la pintura más antigua el pueblo que había conocido y del que había salido apenas hacía unos cuantos años... Pero ¿cuánto tiempo habría transcurrido en realidad? Salió precipitadamente. Ni siquiera podía llorar. Pensó que sería mejor dar las monedas de oro a los pobres o a los enfermos. Rumbo al hospicio pensó que había que ver el oro antes de repartirlo. Al echar una ojeada al interior del cántaro descubrió que sólo contenía un montón de hojas secas.

Esa tarde tocó por única vez la flauta blanca y, al concluir, contó su historia a los pocos que nos habíamos reunido para escucharlo. Nunca más lo volvimos a ver. ◇

Josefina Estrada

A la sombra del Sabino

Para Ana Clavel

Ahora que estás muerto, puedo decir tranquilamente que te odio. Esta noche, la última, te diré lo que nunca te importó escuchar, y recordarás lo que alcancé a decirte a lo largo de ocho años. Sabías, por ejemplo, de los horrores que me invadían cada vez que el sueño me devolvía a mi madre muerta. La misma que cada noche venía a darme un beso. Si tan sólo sus labios hubieran tenido la frialdad del silencio. Eran templados, como los tuyos, pero los de ella tenían la calidad del perdón. Ahora lo sé. Ella vino la misma noche de su muerte. Aun no sabías de su ausencia, y ella ya estaba conmigo. Y fueron tantas las veces que le pedí respuestas, pero nunca habló. Sólo me acompañaba su silencio y su sonrisa triste, la misma que tenía cuando me contemplaba mientras me enseñaba a leer y hacía a un lado el pelo. Pero nunca sonrió tan desolada como esa mañana cuando pidió verme, cuando me despertó la sirvienta para llevarme a su cama. Y otra vez nadie me dijo nada. Nadie me confió que mamá estaba muriéndose y era la última ocasión que me abrazaría. Y volví a quedarme dormida, creyendo que era una de esas mañanas en que me metía en su cama y ella se dejaba acariciar. Cuando murió, tenía treinta años; yo, doce.

Las sirvientas bajaron al día siguiente al pueblo para pedirte que asistieras al sepelio. Les dijiste que no buscaran

hombres, que tú solo la sepultarías al pie del sabino. Te recuerdo llegando con el cura, quien ya venía rezando por el descanso de mi madre. Y siguió murmurando plegarias durante horas, hasta que colocaste la cruz sobre la tierra. Desde la buhardilla, los miraba. Me pediste que me fuera a dormir, pero te desobedecí: desde esa noche, se inició la fascinación de mirarte en la oscuridad. El cura se marchó cerca de la medianoche. Aún conservo su imagen, bajando la loma, levantándose el faldón de la sotana negra, revuelta por el viento; iba encorvado, iluminado por la luna. Y lo recuerdo porque fue la última persona que vi. Con tu llegada se fue la servidumbre. Cada domingo, el día que bajabas al pueblo por víveres, te pedía que regresaras con cualquiera de las mujeres que ayudaban a mi madre, a sabiendas que volverías a regresar solo... ¿Estás escuchando? Sé que estás oyendo, tienes que oírme. Mamá me oía. Los dos me están escuchando. Esta tarde, cuando fui a buscarte al sabino, a pesar de que tu gesto indicaba lo contrario, albergué la esperanza de que en cuanto cerrara la noche, subirías la escalera y te detendrías en el rellano. En cada uno de los doce escalones crujientes que faltaban por subir, iría sintiendo tu cercanía. Mi piel era como la tierra cuando empieza cubrirse de lluvia: poco a poco humedeciéndose, abriéndose morosamente. Después, la perilla giraba suave, como si temieses que algún día cumpliera mi amenaza de asegurar por dentro la puerta. Nunca entendí tu costumbre



de abrir y quedarte de pie en el umbral: permitiendo que tu silueta me cubriera. Tu oscuridad me inundaba y me remitía al principio de los tiempos. Pausado, ibas acercándote para separar la luz de las tinieblas.

Así lo recuerdo, así me lo hiciste creer en los primeros días, aquéllos en que me leías la Biblia. Entre sueños te escuchaba, y sonreía porque sabía que en ese momento mi madre estaría mirándonos con su sonrisa afligida mientras hablabas de la miel y los frutos, de las mujeres y los varones hermosos. Una de esas noches tomaste mis pechos; tan parecidos, decías, a los frutos del huerto del Edén. Mis senos irían amoldándose al hueco de tus manos, madurando y engrandeciendo su aureola a través de tus caricias.

Recuerdo que no quería que me dejaras sola, te suplicaba que te tendieras junto a mí. Intuía que a tu lado se irían los dolores que me mordían las entrañas. Ésos que también me acosaban durante el día y que eran mayores si detenías tu mirada sobre mi cuerpo, porque era como imaginar, de un golpe, tu lengua en mis oídos y en mis ojos y en mi propia lengua. Pero no hacías más. Llegó el momento en que te supliqué que ya no te detuvieras, que terminaras. Es cierto, yo lo pedí. A los trece años fui tu mujer. Para entonces, mi pensamiento sólo giraba en torno a nuestros cuerpos; todos los objetos de la casa y la realización de cualquier labor o descanso eran motivo de mi exaltación. Pero sólo accedías a mis exigencias en las sombras. Y no todas las noches. Eso jamás acabé por entenderlo. Sólo entrabas si tú lo querías. Subía a la recámara y, desde el lecho, tenía que esperar a que terminaras de cenar, de leer; escuchaba todos tus movimientos. ¿Cuántas veces toqué a tu puerta, si no te detenías en la mía? Pero nunca abriste. Tú podías pedirme, yo tenía que esperar. Ocho años aguardando tu mirada, tu voz. Si tan sólo hubiese hablado a cualquier hora, durante el día. No me bastaba con que me permitieras hacerlo mientras comías. Tu silencio me calló para siempre, hasta esta noche. Las lecturas y los libros de mi madre me salvaron de la locura. Los libros me empezaron a dar respuestas cuando ya había dejado de preguntar.

Todavía no sé de dónde me nace tanta rabia súbita; ignoro en dónde aprendí el reclamo y la exigencia. Mi madre, lo

veo, también me heredó su silencio y los sonidos de esta casona. Los ruidos que ahora me acompañan, los mismos que con tu sola presencia lograbas enmudecer cuando mis oídos se aprestaban para escuchar tu respiración, esa que por la voluntad de mi deseo perdía el control y el ritmo. Pero ya no. Estás muerto. Te moriste viendo la puesta del sol. Tus manos están más frías que todo lo frío que jamás hayas tocado. Pero, ¿qué les hice a mi madre y a ti para que se hayan ido sin despedirse? ¿Te interesa saber cuándo nació mi odio? ¿Quieres saberlo? No quieres, nunca querrás oír nada de la Elisa, de la niña que se hizo mujer a tu lado, que fue tu mujer. No, nunca podrás hablar conmigo. Porque si lo hubiéramos hecho, un día tendríamos que haber mencionado lo que tuviste mucho cuidado en callar. Era mejor el silencio absoluto, como el que imperó en esta casa, desde que la soledad poseyó a mi madre abandonada. De lo que sí me hablaste fue del amor, pero después entendí que eran palabras robadas; pertenecían al libro. Quisiera, en pago, marcharme y dejarte con los ojos abiertos. No sólo eso, también quisierairme y abandonarte allá afuera, desde donde ahora estás, anublado y sereno. Otra noche con un cadáver, y yo desde la ventana de la buhardilla contemplando el sabino. Pensé que sería admirable dejarte con los ojos abiertos por el resto de la eternidad. Pero sentiría tu mirada cenicienta, cubierta de hormigas, como si fuera una marca en mi frente. No voy a hacerlo, pero lo pensé, porque así te obligaría a mirar mi figura alejándose y constatarías que ahora sí tengo la fuerza para alejarme, que no estoy amenazando en balde. Pero dejarte insepulto, lo sé, significaría seguir viviendo entre las paredes de esta antigua casa, en donde alguna vez, apenas hace diez años vivía la familia Guadarrama. Tengo que irme lejos; deseo enterrarte. Mañana iré al pueblo, todos sabrán que la señorita Elisa Guadarrama anda buscando sepultureros. Pagaré para que cavén tu fosa debajo del sabino, junto a tu esposa, la única y verdadera. No traeré al cura. Yo rezaré sola. Ahora mismo, y por lo que resta de mis días. Elisa, su hija, rezará por el descanso eterno de sus almas. Madre, padre, ¿por qué nunca me hablaron del pecado? ◇



Además de febrero y agosto hay algunas cosas que enero no es

A Lourdes

“Además de tus ojos hay apenas algún otro fulgor en el mundo.” Natalia colgó el teléfono, sonriendo. Era una mujer consciente tanto de su belleza como del mundo en que vivía; la llamada anónima le agradó: en este tiempo de telefonemas obscenos y asaltos a mujeres en plena calle, era insólito oír una cosa como esa. A la noche siguiente, la misma voz suave, reposada, dijo: “Tus brazos son las raíces de las conchas marinas”. Hubo un silencio en la línea. Natalia estaba a punto de actuar con su fuerza característica, soltar una risotada y luego una hiriente frase sobre la cursilería intolerable, pero de pronto se sintió molesta y con brusquedad cortó la comunicación. De manera que se trataba de un bromista absurdo que leía párrafos de algún libro con afán de hacerse el gracioso. Pero el enojo se fue borrando, y Natalia permaneció despierta un buen rato tratando de explicarse el fenómeno. Por fin se fue deslizando hacia el sueño con una secreta admiración por el lenguaje desusado; tendría que buscar ese libro.

El día siguiente la distrajo con su avalancha de compromisos, las tareas de una joven en medio de una sociedad ávida de belleza. El episodio del teléfono estaba olvidado, pero de forma desacostumbrada Natalia llegó temprano a su departamento y se quedó mirando la ciudad como solía hacerlo en otro tiempo de menor ajetreo. Le gustaba vivir a esa altura, doce pisos y ya era capaz de sentirse perfectamente aislada. La enorme ciudad se transfiguraba: apenas un mapa animado, luminoso. Cuando arribó la mañana, la divirtió el darse cuenta de que todas sus actividades preparatorias para un intenso día de trabajo las realizaba cerca del aparato telefónico. Recordó la voz un tanto ingenua que leyera de algún libro polvoriento. El viernes de esa semana agotadora, Natalia llegó en la madrugada luego de una abundante cena de navidad. El teléfono sonaba: “Mírate con detenimiento: no posees animales porque cada mañana cuando retiras la mantas, inunda tu aposento una parvada de gorriones”. A pesar de su prevención, de las agudas frases que ya había preparado, Natalia se dio cuenta de que no sentía esa ira necesaria para dar fuerza a la réplica. La línea reposaba en completo silencio, pero era posible sentir al hombre del otro lado, tranquilo, *escuchando*. Colgó de inme-

diato, y las preguntas la asaltaron; ¿cómo ese individuo estaba al tanto de la ausencia de mascotas en el departamento? El tono de esa voz revelaba una certeza, como si el intruso supiera sin lugar a dudas que a Natalia le desagradaba la idea de quitar la libertad a un animal, enjaularlo buscando compañía. De seguro se trataba de una coincidencia: en el libro que ese irresponsable se adjudicaba había aparecido una frase que se adaptó azarosamente a las circunstancias. Por supuesto, ese pobre era uno de tantos que sin cesar le presentaban en las fiestas, se había prendado de ella, hizo averiguaciones, consiguió el número telefónico. ¿Y cómo explicar lo otro? Fácilmente: numerosas personas estaban enteradas de que no tenía animales domesticados. Satisfecha, Natalia sonrió: ya le habían advertido que una mujer que vive sola es susceptible a ese tipo de eventualidades, incluso era curioso que sólo hasta entonces le sucediera algo así. Además no dejaba de tener su gracia. (A la mañana siguiente soltó una carcajada cuando salía del lecho: ¿dónde están los gorriones que no los veo?) La voz dijo: “Además de febrero y agosto hay algunas cosas que enero no es”. A Natalia le asaltó una aprensión: envanecida con la imagen de un admirador secreto, ¿habría pasado a la ligera ante la posibilidad de un peligro real? Oprimió el auricular contra el aparato con si quisiera cortar esa comunicación para siempre. ¿No debería tomar ciertas precauciones, hacer una denuncia? ¿Por qué había sido tan ciega de no deducir en aquella voz el comportamiento de un alienado? Sin embargo, ¿cómo podría plantear la situación, hay un hombre que me dice al teléfono fragmentos de poemas? Natalia sonrió imaginando la escena: pero señorita, ¿alguna amenaza, alguna propuesta indecorosa? No, sólo poemas. Era realmente absurdo. No había en esas llamadas ni un regusto ominoso ni la menor vacilación. ¿Qué era aquello? Eso de “además de febrero y agosto...” sonaba como una adivinanza. ¿Este hombre leería no uno sino varios libros? Aceptando el acertijo cuya respuesta era presumiblemente la identidad del misterioso lector, Natalia intentó hacer un recuento de los posibles candidatos. Condiciones: imaginación, insólita seguridad, impecable control del tono de voz, audacia, dominio de las emociones, afecto por la poesía. Un actor, quizá. La vida diaria de Natalia la rodeaba de personas de diversos oficios, en todos los niveles de cercanía. ¿Cómo examinar la abundante serie de conocidos en la gran ciudad de que una u otra manera podían entrar en la lista de sospechosos? Consiguió aislar seis o siete nombres, y los fue elimi-

nando uno a uno por varias razones pero sobre todo el *timbre* de esa voz: si la oyera en cualquier sitio, incluso sumergida en una multitud, podría reconocerla al instante.

Natalia se enorgullecía de su libertad creativa, de su independencia duramente conquistada, de su vida suelta que rechazaba las ataduras, sobre todo la del matrimonio. Si su desempeño profesional era multitudinario, en su interior gustaba de la soledad. Por primera vez lo lamentó: acaso el hombre del teléfono la estaba cercando paulatinamente para dar un golpe final. Natalia comenzó a sentir miedo, una sensación que creía por completo desterrada en su vida. Mandó colocar una nueva cerradura en la puerta de su departamento, dio al portero del edificio una lista de personas que serían las únicas en ser admitidas para visitarla. Ella era la primera sorprendida por el tamaño de su miedo, incluso hubo un momento en que trató de ignorar el frecuente ruido del teléfono. A la tercera ocasión su actitud le pareció indignante, cobarde, opuesta a su lema: la audacia. Levantó el auricular sabedora de que si se trataba de ese individuo, no podría dominarse: su miedo preferiría amenazas, gritos, acaso llanto. No se presentó la voz: una tras otra, las llamadas del mundo le mostraban la reverencia de siempre, ofertas de trabajo, incesantes cortejos de variado ímpetu, las amigas que no dejaban de regañarla por ese aislamiento e insistían en llevarla de vuelta a los privilegios, al cúmulo de placeres sociales prometidos a las jóvenes que saben disfrutar la vida. Ante el silencio de aquel hombre, Natalia quiso demostrarse su victoria sobre el miedo a través de la acción: se dedicó a oír con extremo cuidado todas las voces masculinas que la rodearan en cualquier circunstancia, aguzaba el oído en busca de ese timbre inconfundible. Cuando esta búsqueda resultó infructuosa, pensó tener alguien a la mano, bajo algún pretexto retenerle durante varios días para que escuchara la llamada insólita. La voz se mantuvo ausente. Natalia se volvió irascible: corría al teléfono con el ferviente deseo de que se tratara del desconocido. Pronto el miedo comenzó a disiparse y la seguridad retornó. Enojada consigo misma renunció a toda compañía. Las personas que se habían extrañado ante los accesos de nerviosismo sombrío en la que siempre era el brillante y casi mágico centro de la atención, cedieron de nuevo sin reservas ante Natalia y su encanto irresistible, la vitalidad que se entregaba al mundo con abundancia pero con límites claramente marcados.

Una noche a mediados de enero, levantó la bocina: "Tienes en las manos las llaves perdidas del reino, y en los labios la flauta que despierta a las tormentas". Pocas palabras, elocuencia oscura. Natalia no tuvo miedo sino una intensa curiosidad: trató de adivinar en el tono de esa voz las probables vibraciones de la demencia, la agitación mórbida, la mordacidad, pero sólo encontró el mesurado silabeo, acaso muy en el fondo un leve residuo de tristeza, incluso una reposada timidez. Y al final de todo, el silencio cuando el hombre callaba. ¿Qué espera de mí? Natalia quiso preguntarlo y como siempre se vio incapaz de hablar. Colgó con una cierta impostación porque no tenía miedo y exigía tenerlo, deseaba ponerse histérica y comportarse como lo habría hecho cualquiera de sus amigas,

pasar la noche en otra casa o incluso buscar un nuevo alojamiento, lejos de esa zona, muy lejos. Pero ¿no iba eso en contra de su victoria personal? ¿Terminaría por buscar aquello de lo que había huido? Su departamento era el signo de esa batalla ganada; además, ¿cuánto demoraría en llegar esa voz insidiosa a donde se refugiara? Pensó en Fabián, el hombre que ya Natalia dejaba colarse, casi con resignación, en su vida independiente; podía hablarle, sería bueno contarle todo llorando, sentirse muy sola, protegida. Pero no pudo reunir las suficientes razones para tal comportamiento. No se trataba sino de un arrebató de niña que duerme sola por primera vez, soltar un grito únicamente para comprobar que hay alguien del otro lado de la puerta. Contra su deseo, Natalia estaba tranquila y se miraba las manos con una sonrisa amarga.

Las frases reaparecieron a través del hilo: "Tu boca sabe callarse en voz alta, y no dices a los demás lo que les estás diciendo". "Caminas entre los hombres y ninguno de ellos se da cuenta de que a su lado pasa el tiempo detenido." "A veces el espejo te dice la verdad y entonces lo empañas con un vaho que no es fruto del miedo sino de la indolencia."



¿Quién era este hombre que hablaba con tan excepcional seguridad? Natalia nunca había respondido: ¿cómo sabía el lector de versos que era ella quien levantaba el auricular? Insistió en destejer fibra a fibra esa voz rastreando la broma elaborada, en pos de un elemento que delatara su procedencia, las intenciones ocultas. Nada consiguió. La curiosidad se hizo fastidio. A fuerza de seguir necesitando definiciones, Natalia optó por atribuirle a ese sujeto un rostro grisáceo: sin duda era uno de esos que no poseen la exquisitez o la audacia necesarias para un abordaje directo, un desposeído de los canales sociales del cortejo, un timorato alucinado. Pero no acudía una imagen tranquilizante por más que lo visualizaba degradándolo. Iluso, lunático, rata de biblioteca. Lo intolerable era que cualquier conjetura resultaba perfectamente capaz de convivir con las otras, por contradictorias que fueran. La indefinición era lo temible. Natalia comenzó a sentir pena por él y hasta quiso darle aliento, concertar una cita, *mirarlo*. Cualquiera fuesen su apariencia o intenciones, todo quedaría en su justo sitio en el enfrentamiento. Arrancada del mar de las posibilidades, la verdad sería sin duda muy simple. Estando con él cara a cara sólo habría una respuesta concreta, una alternativa en vez de cientos de ellas igualmente válidas. Piedad, repulsión, aun terror: por sombrío que fuera el descubrimiento era preferible provocarlo si ello prometía dar fin a esa comedia estúpida. Sin embargo, por algún motivo toda certeza largamente construida se esfumaba en el momento de oír la voz que ahora se presentaba sin regularidad, de día o de noche, lunes y martes y luego domingo, una semana en silencio y más tarde tres llamadas al día, siempre al departamento, siempre cuando ella estaba sola. Sin dejarse vencer en su designio de no pedir ayuda si no era estrictamente necesario, Natalia intentó otros caminos: escribió unas cuantas de esas frases estrambóticas, las mostró a un viejo librero amigo para identificar al menos uno de los volúmenes de donde obviamente procedían. Era una aguja en el pajar que no asomó ni por analogía. En un fugaz momento, Natalia quiso valerse de ciertos refinamientos electrónicos: grabar la voz, amplificarla, analizarla. La complicación de alambres, cintas y diagramas terminó en cansancio. ¿De qué servía todo aquello si lo que se registraba no era más que una voz nítida y pausada, un puñado de frases que a muy poco podían conducir aun si otros las escucharan? ¿Y no terminaría por desquiciarla el oír una y otra vez las grabaciones, esos ritmos que en la reiteración se hacían hipnóticos? Un orgullo repentino la sacó de su encierro obsesivo: el desafío era sólo para ella, sin ayuda de terceros ni instrumentos desdibujantes. Si había un enigma, acaso no iba a resolverse sino en lo *inmediato*. Natalia destruyó los registros y se deshizo de las máquinas. ¿Cuánto habría cambiado en ella sin saberlo desde aquel momento en que levantó la bocina para iniciar eso que seguía sin nombre? Volvió a una de sus aficiones canceladas: deambular por la ciudad sin rumbo fijo. No obstante, ahora también había un dar la cara, mostrar la altiva aceptación del desafío; analizaba los rostros, las miradas impersonales, se detenía frente a los aparadores para buscar en el reflejo de las cristalerías una presencia que extrañamente estaba segura de poder identificar. Retornó a las ceremonias sociales, brilló como nunca antes en su papel de eje y de faro.

El teléfono era la incesante expresión de un mundo que había redoblado homenajes, demandas y atenciones. Pero la voz llegaba con exactitud, en ese intervalo en que la embriagadora actividad daba paso a la fatiga y al deseo de recogimiento. Pese a todo barullo, un sabor de sueño se iba filtrando desde el auricular, gota a gota. ¿Hubo en verdad un tiempo sin esa voz? ¿Cómo eran las cosas "antes" de ese arribo sonoro? Natalia se sorprendió luchando a cada paso contra una niebla envolvente, absorta.

"Recuerdo tu piel, manto lechoso donde flota un aura de amanecer." ¿Qué la había estremecido de esa manera? "Recuerdo." La palabra resonó con ecos agudos, todo adormecimiento fue eliminado en un instante. ¿Qué podía *recordar* ese individuo? Las preguntas se desbocaron luego de una larga hibernación: ¿quién es? La edad resultaba indiscernible, ¿un anciano con voz firme y lozana o un joven prematuramente maduro, es decir ya capaz de hablar con la resonancia del que ha oído mucho? "Recuerdo." ¿Un hombre que la conociera cuando Natalia era una niña? Por fin enfrentó la frase completa. Incrédula, casi decepcionada por la risible respuesta al enigma, se detuvo en el sutil pero firme trasfondo erótico: ¿después de todo no se trataba sino de un antiguo amante olvidado? El número de sus encuentros amorosos no era vasto, Natalia recordaba cada ocasión con cierta exactitud: su memoria siempre había sido excelente. Hizo una lista de nombres, comenzando por aquella primera noche junto al mar. Emilio. Lo había encontrado recientemente, era ya un próspero arquitecto con una familia incipiente. Pero al recordar aquel encuentro de adolescencia, ¿por qué el rostro de Emilio brotaba en la memoria con menor nitidez que el entorno, la bóveda estrellada, un gran pájaro blanco que pescaba en la oscuridad? ¿Por qué el primer amante importaba menos que el sitio elegido? Examinando la lista, Natalia encontró que conservaba como amigos a sus amantes y que, desde Emilio hasta Fabián, podía reconocer sus voces con suficiencia. ¿Uno de ellos estaría llamándola impostando la voz o sirviéndose de una estratagemas por medio de máquinas que alterarían las fibras sonoras? ¿Para qué? De alguna forma todo retorcimiento, toda farsa quedaban anulados por ese timbre impecable y... desnudo. ¿Alguno en la lista era poeta? Natalia recordaba ciertas cartas, recados en el espejo del baño con dibujos de espuma, dedicatorias acompañando ramos de alhelios, pero ninguna de tales escrituras era comparable a ésta, a tan inconfundible estilo al acomodar las palabras. Se dio cuenta de que estaba rechazando una de sus últimas certezas: la de que el desconocido *leía*. El alivio se esfumó y, con él, los últimos restos de somnolencia.

El teléfono sonaba, la voz acudía a Natalia como desde muy lejos sin contradecir su perfecta claridad. "Eres la respuesta a una pregunta que nadie ha formulado." ¿Por qué no pronunciaba su nombre, *Natalia*? ¿Por qué a pesar de esa omisión sabía que las frases eran dirigidas a ella y a nadie más? ¿Por qué entonces no aparecía un *te amo* que hubiera colocado a esa voz en un registro manejable, en un código de sangre y huesos, de sed y frío y fuego? Sí, había amor, o algo que entraba

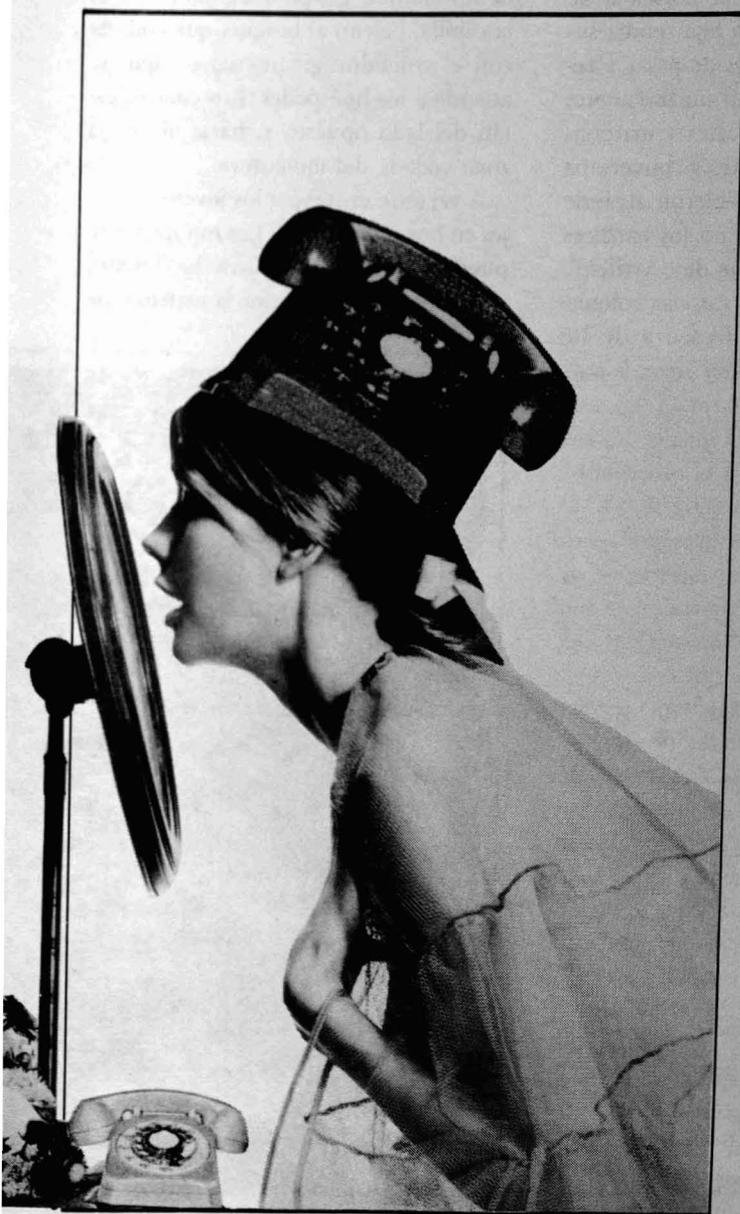
en ese nombre aunque no se pareciera a ninguna forma de amor que Natalia conocía. (Volvió a su enclaustramiento. sin embargo, menos que la reedificación de la muralla, era un claro, desconocido deseo de estar sola.)

Al terminar la última palabra sobrevinía un silencio que para Natalia comenzaba a tener tanto peso como los sonidos, o incluso más. Era el giro al cerrar la frase, algo en la resonancia al diluirse, un erizamiento que enviaba hilos de espera. ¿Esperanza? ¿Un puente colgante, un reclamo indefinible como aquellos rumores que de niña tanto la habían estremecido en un bosque poblado de gacelas? ¿Por qué el hombre se limitaba a esa parsimonia y no emprendía otras acciones más concluyentes? ¿El supremo cazador doblegando a su presa hasta la absoluta sumisión? ¿Una demencial charada sin objeto? ¿O algo aún peor? A fuerza de imaginarle rostros, Natalia cruzó la última puerta de las suposiciones: ¿habría un cuerpo monstruoso tras esa voz? Y más tarde, con un sobresalto: ¿habría un cuerpo? No, no era *ese* abismo el que brotaba del hilo telefónico. No era un espectro: ni siquiera la niebla podía tener tanta paciencia. Y él no era sino paciencia, y su

voz latía vívida, a pesar de todo *de este lado*, llena de matices *inmediatos*. Tras su última palabra, el hombre daba paso al silencio: ni respiración acelerada ni el menor ruido delator. Natalia agotó la gama de los sentimientos y supo que había otros, sin nombre, sin repetición, sin uso. ¿Cerca, lejos? ¿Ahora, mañana? En uno de esos instantes en que el trasfondo sonoro venía abismal y nítido hasta primer plano, un recuerdo perdido la asaltó: Natalia niña en un acantilado frente al mar. Se había quedado en el borde del precipicio, sola, mirando la inmensidad con una creciente fascinación; el abismo la llamaba, poco a poco, con dulzura... Ese mismo sabor de inminencias despojadas de contornos venía en cuanto la voz se trocaba en silencio, y acaso por ello era siempre Natalia quien interrumpía la comunicación: los hilos iridiscentes la apuntaban, agudos pero no irruptivos, cada vez más cercanos y cada vez más pacientes. ¿Qué era lo que le resultaba atroz, la paulatina proximidad anónima o la tersa espera insobornable?

Natalia terminó por ignorar las palabras, hechizada por ese silencio aterciopelado y antiguo. Entonces vino una frase que la obligó a atender de nuevo a la voz: "Toma la esfera de cristal que tienes junto al lecho y examínala con cuidado. Las galaxias flotan en su interior".

Una de las últimas noches de enero, Natalia se descubrió observando fijamente la esfera de cristal, uno de los pocos objetos que conservaba de su niñez. El teléfono llamó: "Los tres lunares que dibujan un triángulo en el interior de tu muslo izquierdo son el mapa de una constelación que ningún hombre conoce". Con movimientos suaves Natalia se desnudó lentamente y contempló los lunares con un asombro sedoso. El espejo de la recámara le devolvió su belleza, un extrañamiento de cuerpo entero. ¿Cuánto hacía que no se miraba de esa manera? O mejor: ¿se había observado así alguna vez? Fascinada por la tersura de su piel destrenzó la cinta que ataba su cabello. Simplemente se contemplaba con una delicia parsimoniosa, alternando giros, pausados movimientos de los dedos, de los brazos, del cuello, de las piernas. Una parte suya divagaba, volvía a aquella escena frente al mar, Natalia niña danzando desnuda junto al borde, convocada por la inmensidad. ¿De qué color era el agua, cuántas lunas había en el cielo? La divagación terminó. Natalia se miraba en el espejo, quieta. A través de la imagen reflejada se dio cuenta de que esta vez no había colgado el auricular. Con lentitud se lo llevó al oído: "Acércate a la ventana y observa las estrellas". La voz se detuvo y sobrevino el silencio antiguo. Natalia fue hasta el ventanal y lo abrió con un amplio movimiento. El intenso frío de enero actuaba sobre la ciudad, despertándola, e invadió el aposento en una súbita ola de resonancias. Pero Natalia no temblaba. ¿Qué eran esas fulguraciones cristalinas que entraban por el balcón? Sonriendo, se dijo: *gorriones*. Pensó que tendría que quitar el cerrojo a la puerta, y de inmediato supo que no era necesario. En sus ojos, en sus oídos, en su piel despertaba el recuerdo. Miró las estrellas, y no tuvo miedo. "Sí", dijo, y se quedó esperando. ♦



Aguaviva

Mi trabajo incluía atender pedidos, prometer y escuchar promesas. Salía de la trastienda del establecimiento en la que un artesano cortaba cristales y ensamblaba marcos para las láminas, los grabados, los carteles o las fotografías familiares, y recibía a los clientes. Soy reacio a las sonrisas, y más de una vez vi en la mirada de algún cliente los reproches ante mi seriedad que parecía –y quizá lo sea– un rasgo de soberbia. Nunca he sabido –antes me preocupaba, ahora me resigno– fingir cortesías o gestos de sirviente. Por eso me extrañó verme sonreírle a Nadia. Sí, se llama Nadia y entró a “Artifex”, desenrolló sobre el mostrador un par de carteles abstractos y una postal decimonónica de escaso buen gusto. Quería enmarcarlos en aluminio. Recuerdo que vi de reojo mi perfil en el cristal de un cuadro colgado como muestra y que solicitaban mucho: reproducía una obra de Klimt: “El Beso”. Era moda entre los jóvenes, algo que me irritaba y también me hacía gracia, usar un giro coloquial que multiplicaba el verbo prometer, viniera o no al caso: “Te prometo que no miento”. O bien: “¿Me prometes que volverás?”. Y si no: “Lo prometo”, en lugar de “Lo juro”. Nadia me dijo: “Le prometo que vendré mañana por mis marcos”. Le había dicho que estarían listos hasta el fin de la semana. Me desdeñó, comentó cualquier cosa e insistió: “Le prometo que vendré mañana”. Eso fue lo que me hizo sonreír, y le contesté:

–Estarán mañana, yo se lo prometo.

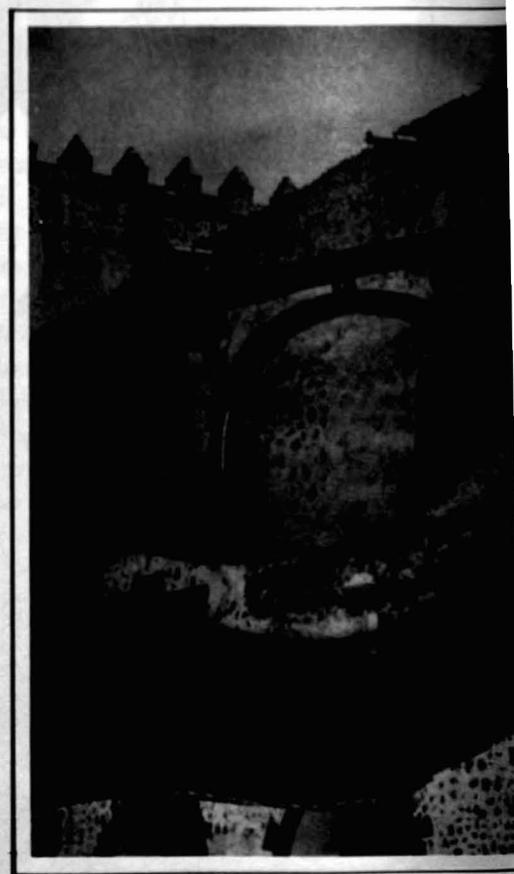
Tomé el cuaderno y preparé la nota del pedido, apunté sus señas, domicilio y número telefónico, y volví a ver mi

perfil contra la figura que Klimt pintó, mientras pensaba: ¿cedo por fatiga o hay una conjunción inexorable que desata el verbo prometer? Nadia volvió el día siguiente y otros días más. Aprovechaba la cercanía de la academia de baile en que su pequeña hija rendía sus ocios veraniegos y, antes de pasar a recogerla, descansaba aquí un momento, hojeaba las revistas de artes y materias decorativas de los estantes y conversaba conmigo. Pienso que debieron atraerle los aromas de la madera y los barnices que llenaban el ambiente de “Artifex”, afinaban el peso de las casonas coloniales o pueblerinas, la frescura de los jardines y empedrados, en suma, la antigua serenidad del barrio. Y en esas conversaciones de tema incidental, casi monólogos de ella –yo la observaba–, me contó la historia de Aguaviva. La penúltima tarde que estuvo aquí relató aquello. Después desapareció por semanas. Retuve su presencia en la memoria conforme repetía su relato de Aguaviva hasta apropiármelo.

Ella ha estado en Aguaviva, un monasterio agustino al pie de los volcanes. Se llega por una calle truculenta del pueblo de Amecameca que asciende hasta una muralla de piedra y reja de hierro vegetal. El bosque está en todas partes, y al fondo una ladera. El sendero continúa y termina en una gran terraza que sirve de estacionamiento a los autos. Un conjunto de edificios de estilo colonial se destaca, irregular y solemne. Allá el tiempo es espacio. El monasterio recibe, hotel de espíritus, a visitantes en busca de paz, o a congregaciones religiosas que dedican sus horas a dilucidar las oscuridades de los

misterios y simples faenas de catecismo. Pasa largo rato antes de que se presente un cura atento a recibir a los visitantes, bajo el amparo de un Cristo vasto y el tablero que señala horarios, actividades de los monjes. Un pasillo comunica con la capilla, balcón al bosque, que colinda con el comedor gigantesco en que se atiende a los huéspedes. Los cuartos están del lado opuesto y, hacia abajo, la zona vedada del monasterio.

A veces se entrevé a los jóvenes monjes en horas de recreo. Los huéspedes se pueden incorporar, si así lo desean, a los rezos de laudes, por la mañana; de



vísperas, después del mediodía y de completas en la primera hora de la noche. Hay pláticas y cursos adicionales, también optativos, nunca obligatorios. Pero ni la trama fatigosa de las sutilezas teológicas ni los textos canónicos, ni el tamaño atroz y adivinable de la pureza, las culpas o los pecados, ni siquiera el largo desfile de rectas y curvas, desniveles y círculos arquitectónicos del monasterio igualan la grandeza del bosque.

En los senderos que parten de Aguaviva se lee el clima, el viento, la lluvia y los nudos del campo, el trajín libre de los animales. Algún lugareño pasa y saluda, y el olor a pino se vuelve intenso, dan ganas de morder una aguja de pino: su gusto amargo disuade ese afán ingenuo de poseer aquel mar verde. Dan ganas también de darle contornos familiares a los árboles y las yerbas, imaginar que parecen cabelleras, muchedumbre, ropajes, alacenas con trastos, y luego avergonzarse de semejantes trivialidades cuando la mano reconoce el musgo, o se recuerda la fragancia de las hogueras.

Los monjes saben, y se entiende que hayan construido este monasterio allá, y no en una terraza ante un valle o en la

cima de una montaña. El saber arquitectónico de las órdenes religiosas, por tradición, era un saber militar que resumía necesidades de fortaleza, observatorio y estancia. En Aguaviva, el monasterio está en una concavidad. Los monjes permiten e incluso auspician los paseos por el bosque, excepto los paseos nocturnos. Más aún en noche de luna. Alguien vigila, inadvertido siempre. Se siente su mirada, ¿o es la mirada de Dios que llena el monasterio porque ya no puede cubrir el mundo? ¿O es la Culpa la que hace sospechar un ojo omnipotente, al que sin embargo se puede burlar, fácil, por la vía del pecado y la promesa del perdón? Alguien se adelantó, ha tenido la misma idea en esta noche de luna. No parece visitante, salió del ala claustral, sí, es un joven monje, alto, esbelto, da pasos seguros y silenciosos. A pesar de la claridad, la rapidez de su marcha dificulta perseguirlo: pronto uno sería descubierto si se lo propusiera. Lo mejor es dejarlo por ahora.

La molicie de la medianoche cae sobre las copas de los árboles. En la yerba el verdor se torna violeta, las ramas crujen y los insectos elevan su fiesta de juguetería. La leve pendiente anuncia,

lontananza, el manto boscoso, aterciopelado y sin fin. El resuello se acelera, menos por el cansancio de la caminata que por un presentimiento. Uno, dos pasos más y, de pronto, surgen los volcanes del horizonte como debieron surgir a la vista de la eternidad hace millones de años. El monje y Nadia compartieron por única vez esa visión, sus siluetas recortadas contra las cimas de nieve.

Así me lo contó Nadia, o así lo recuerdo. Luego concluyó:

—Me sentía ligerísima...

Sus ojos castaños me miraron coléricos y desalentados, leí en su rostro el rubor infantil ante las cosas imposibles, temblaba un poco por la confidencia inoportuna.

No sé porqué, pensé responderle con una mentira:

—Yo también he estado en Aguaviva —le dije después de una pausa que creí dramática. Quería mostrarme sensitivo, cercano.

Se detuvo y un relámpago iluminó sus ojos, de inmediato comprendió mi desliz, resopló y dijo, tajante, agresiva:

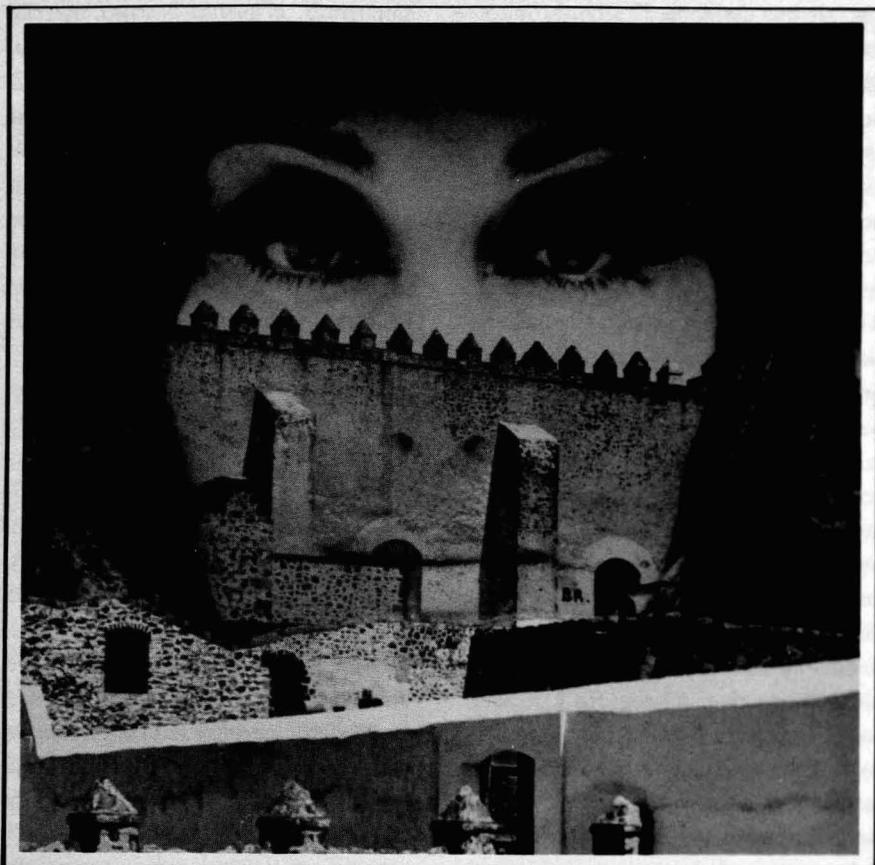
—Usted qué va a saber de Aguaviva.

Me humilló, salió y trascurrieron semanas antes de que volviera. Fue la tarde en que dejó su bolso en el mostrador y preguntó por un ejemplar de una revista inglesa de diseño que había dejado de importarse. Conversamos y me sentí encantado de recuperar nuestra precaria familiaridad. Hablé de reposos y montañas, traté sin suerte de que ella volviera al tema que ya era mi obsesión: Aguaviva. Pasaron los minutos, ella vio su reloj de pulsera y tomó su bolso. Pensé que era el momento de pedirle una cita, de invitarla a tomar una taza de café. Titubí, abrí la boca y Nadia me interrumpió, dijo, súbita:

—Estoy embarazada, debo irme, tengo cita con el médico —presumía, casi coqueteaba.

Me apresuré a llenar mi boca con parabiens y frases hechas. Ella tomó su bolso y se despidió. Me appena decirlo: la llamé, la llamé y había en el tono de mi voz un enfado ridículo, fuera de lugar, histeria de amante celoso, de pleito de alcoba en la madrugada. Algo absurdo. “Y Aguaviva”, gemí, “¿ya olvidaste Aguaviva?”.





—No sé de qué me habla —dijo ella, digna, estupefacta.

Sí, por favor, Nadia: recuerda tu historia de Aguaviva.

—¿Agua qué...? No sé de qué me habla...

Salió de prisa de "Artifex". Y esto me apena un poco más: hundí mi frustración en los insultos: Nadia era una putilla insulsa, una mujerzuela mentirosa, su frivolidad era tal que podía fingir amnesias sólo aceptables en un burdel infimo. El artesano salió de la trastienda, todo él extrañeza indígena, y preguntó:

—¿Le puedo servir en algo?

No, no, le dije: mis manos aletearon en señal de rechazo. Poco a poco recobré la calma. Supe que mi obsesión por Nadia había surgido, gratuita, de un detalle de su historia de Aguaviva. Mientras contaba, ella me comparó con el monje que contempló a su lado los volcanes bajo la luna —un monje distante que a esta hora, turulato, le corresponde recreo y juega fútbol o estudia matemáticas. Nadia precisó que mis ojos eran iguales, "igualitos". Sí, esa fue la semilla de mi obsesión, mi parecido real o supuesto con el monje. No es la pri-

mera vez que esto me sucede, casi es una norma, podría recordar muchos momentos decisivos de mi vida que han iniciado en una comparación o semejanza. Mis éxitos sentimentales son tan escuetos como vasallos de esta circunstancia. Siempre recuerdo a alguien más: un viajero, un niño, un abuelo. He vivido a otros con otras, y no es raro, creo alguna vez haber hecho lo mismo. "Tus ojos son igualitos a los de...". O si no lo he dicho, lo he pensado. Quien se enamora, se enamora de lo que ve en el otro, no tanto de lo que éste es. No diré que tal es una regla universal pero sí sucede a menudo.

En estos días el dueño de "Artifex" volverá de su viaje al extranjero. Yo retomaré mis asuntos viejos: administrar su oficina, ocuparme de su correspondencia y arreglos contables. Extrañaré esta rutina de trato con desconocidos y promesas. Pienso en Nadia, ¿vendrá antes de que yo abandone este trabajo? Claro, ya intenté hablarle por teléfono: tenía sus datos en la nota de su pedido. Fue infructuoso, me contestaron que ahí no se hallaba, que podía llamarla a otro número telefónico que me dieron. Llamé y me enviaron a otro, y de ahí a

otro y de éste al primero sin que pudiera obtener ni una noticia de ella. Imaginé el trazo invisible, veloz de mi pesquisa, una figura en el aire de curiosidad y deseo de palabras y preguntas por zonas ciegas o barrios distantes de la ciudad. Me sentí estúpido: un ebrio en sus obcecaciones después de la quinta copa.

No sé si vuelva a verla. Si la viera evitaría mencionarle de nuevo su historia de Aguaviva, evitaría disculparme por mis torpezas. ¿Y si las cosas fueran muy distintas? ¿Si Nadia fuera en verdad una loca o una frívola, como lo pensé antes? No me importa. Sólo le contaría la historia del abogado R.

El abogado R. salió una noche a cenar con su mujer, que entraba en una madurez marchita. En el restaurante el abogado R. pudo ver en otra mesa, primero de soslayo y luego atento, la seducción imperiosa entre un muchacho y una joven bella. La escena lo excitó, y en cuanto el matrimonio llegó a casa, el abogado poseyó a su mujer de prisa, a medio desvestir, sus zapatos pisaban el borde caído de la falda de su mujer. El abogado, luego de aquella rapidez, vio de nuevo la belleza de la joven, imaginó al muchacho en un cuarto de hotel mientras cumplía el mismo acto que él, la pasión similar. El abogado R. y el muchacho, aunque éste *de facto*, adoraban en aquel preciso instante el mismo objeto de su deseo. Este doble acto placentero los unió. Luego, la esposa del abogado tuvo a su tercer y último hijo, quien, en vista de lo sucedido esa noche, llegó a tener también un carácter doble: se le concibió y engendró en otro objeto imaginado, algo irreal que venía de una intensidad fragmentaria.

Eso le sucedió al abogado R. ¿Le habrá sucedido a Nadia algo semejante con su esposo, una de esas noches en que ella volvió a casa, de hecho la tarde en que me habló de Aguaviva?

Mi vanidad es ilimitada y sonrío, descuelgo el cuadro de Klimt en silencio —no quiero que me oiga el artesano que trabaja en la trastienda— y digo frente al cristal: ¿qué pensaría Nadia de la historia del abogado R.? Ella vendrá y se la contaré, vendrá y iremos. Me preguntará: ¿también conoces la historia del abogado R.? ◇

Nunca en domingo

1. Me repugna la gorda que vive arriba.
2. Diana me informa que va a salir con los niños al parque. Para que no haya pleito, finjo interesarme: "abrígalos", le digo.
3. "¡Con este calor!", se enfurece conmigo.
4. Odio los domingos y los lunes. Hoy es domingo.
5. La gorda se está bañando. Lo sé porque escucho el sonido de la regadera. Imagino que se pasa el jabón por entre sus fofas carnes, que deben bailarle en oleadas de un lado al otro. Su ombligo.
6. El corazón me salta cuando paso cerca del escondite que elegí para guardar el arco y las flechas.
7. Voy al espejo: hoy debo comportarme de la manera más natural. Soy el mismo de siempre.
8. Mientras tomo un vaso de leche, recuerdo mi sueño de ayer: una tribu de pieles rojas me persigue a caballo.
9. El tiempo se ha ido y Diana y los niños están de regreso. Sé que no tarda en llegar la pregunta de los domingos.
10. "¿Y hoy qué vamos a hacer?" Lo dice con una pequeña dosis de esperanza que me entenece.
11. "Que los niños vean la tele, tú prepara algo de comer y déjame a mí decidir qué hago con mi tiempo", respondo de buenas maneras.
12. Diana se enfurece, dice que nunca hacemos nada, que nuestra vida es aburrida, que ya no me aguanta, que los niños necesitan salir.
13. "Ya fueron al parque", argumento.
14. Diana y los niños se van a casa de mis suegros a comer, a platicar y a ver la tele. Como todos los domingos, le digo que luego los alcanzo.
15. Dos tequilas.
16. Oigo unos brinquitos: la gorda debe estar haciendo sus ejercicios. Imagino que mientras brinca se sostiene con las manos sus dos pechotes.
17. Cruzo rápidamente el espejo y voy por el arma al escondite: supongo que ya decidido no será difícil hacer lo que tengo que hacer.
18. Me calzo los guantes de piel.
19. Toco el timbre y la gorda abre: tubos en la cabeza, bata satinada, pantuflas recortadas que dejan al descubierto sus dedos, olor a perfume y esa sonrisita que tanto me repugna.
20. "Pásele, señor Botas, pásele. ¿Quiere un tecito? ¿O un trago, eh...? Tengo un tequilita buenísimo..."
21. Dejo que me sirva el tequila, pues supongo que algo habrá de ritual en ese gesto.
22. "¿De caza?", me pregunta al percatarse del arco y la flecha.
23. "Al zoológico", bromeo.
24. Tranquilamente dispongo la flecha en el arco y tenso el hilo. Al verme, ella responde con risitas y contoneos sensuales.
25. Tiro de la cuerda.
26. El proyectil acierta en el centro. Interesa sin duda el órgano vital.
27. Al caer, la gorda se da un golpe, definitivamente mortal, contra el filo de la mesa. El cristal se rompe.
28. Compruebo que no tiene pulso.
29. Está muerta. Su bocota.
30. Antes de abandonar el lugar revuelvo cajones, robo su dinero y sus joyas y dejo muestras de violencia.
31. Reparto a lo largo del departamento las falsas pistas que llevaba conmigo: un botón violeta, unas cáscaras de naranja, colillas de cigarros y plumas de gallina, todo recogido en la calle, la oficina y la basura.
32. Retiro la copa donde tomé el tequila.
33. Sigue siendo domingo.
34. Me apresuro a seguir con mi plan: revuelvo cajones de mi casa, robo mi propio dinero y las joyas de Diana, y dejo allí, como al descuido, más cáscaras de naranja, colillas y plumas de gallina.
35. Salgo luego a esconder las evidencias: arco y flechas, copa de tequila, guantes, dinero, joyas.
36. Cavo un hoyo profundo en un lote baldío que está a la vuelta del edificio. Queda allí enterrada mi suerte.
37. Más tarde. Diana platica con su mamá, los niños destruyen las plantas del jardín, mi suegro y yo bebemos coñac y jugamos ajedrez.
38. Luego hablamos de la vida.
39. Luego encendemos la chimenea.
40. Luego tomamos más coñac.
41. "Es hora de irnos", anuncia Diana a la misma hora en que lo hace todos los domingos.
42. Se me antoja invitar a los niños a chupar un helado, pero me contengo para que no se note en mí nada anormal.
43. "¡Nos han robado!", chilla Diana al llegar a casa. Los

niños también chillan antes de comprobar que a ellos nadie les ha robado nada.

44. La autopista de Margarito está donde siempre, las muñecas de Dianita en su baúl.

45. "¡Mis joyas!", me reclama Diana, como si yo me las hubiera robado.

46. "Avisemos a la policía", se me ocurre.

47. Cuando el comandante Cipriano Herrera y sus hombres se presentan, aún no hemos terminado de revisar qué más falta.

48. A Margarito le impresionan las pistolas.

49. A mí no. Empero, trato de que se me vea nervioso.

50. Muchas preguntas, unas estúpidas y otras no.

51. "Todas mis joyas", contesta Diana. "El dinero", añado yo.

52. "¿Cuánto era?" "Como novecientos en efectivo y un cheque al portador por doscientos."

53. Le muestro las colillas, las plumas y las cáscaras de naranja.

54. "Son pistas", asegura Herrera.

55. Paráfrasis: "Las pistas dejadas en el lugar del crimen son ladridos de perro que atraen a los culpables". A mí no.

56. "Preguntemos a los vecinos", sugiere el comandante. "Sólo hay dos: la flaca de abajo y la gorda de arriba", bromeo.

57. La flaca no está en su departamento.

58. La puerta de la gorda está abierta.

59. Ella, tirada y muerta. El departamento, en desorden.

60. "Le rompieron el corazón", dice uno de los hombres de Herrera, al parecer un perito experimentado.

61. Imaginan lo peor y corren a romper la puerta de la flaca. Ella no está y el departamento está en orden. Revisan todo.

62. Veo que el comandante Herrera se echa a la bolsa un cigarro de marihuana a medio consumir que estaba en un cenicero de la sala.

63. Uno de sus hombres prefiere un perrito de porcelana.

64. "Habrá interrogatorios", nos advierten antes de irse.

65. Lunes. Detesto los lunes.

66. En la oficina me encuentro con un altero de pendientes: soy el gerente de una sucursal de banco, el cuarto del país.

67. Le echo un ojo a la relación del activo fijo, acuerdo con el jefe de cobranzas, apruebo el arreglo navideño, atiendo a clientes con problemas de liquidez.

68. Salgo a comer con Milagros, la cajera de la 3.

69. Tarde de hotel, relaciones, tele, vodka con piña, más relaciones.

70. Lunes por la noche con Diana y los niños. Ella teje y me reclama cosas de los dos. Ellos beben chocolate frente al televisor.

71. Diana dice entre llantos: "Se llevaron a la gorda en la mañana. Vinieron unos camilleros y se la llevaron. La pobre".

72. Dice que la interrogaron los de la policía. Les platicó que la occisa a mí me caía mal y que yo era un paranoico.

73. El martes, antes de las ocho de la mañana, Herrera me pregunta que dónde quiero que me interroguen, si en mi casa o en la delegación.

74. "¡En la delegación!"

75. Pero no saben interrogar. Sólo una de sus preguntas hizo mella en mi integridad: "¿Quiere a su mujer?"

76. A mediodía, me doy cuenta de que Milagros lleva un saco violeta al que le falta un botón.

77. La invito al hotel, dice que ya le bajó, le digo que no importa, hago perdedizo el saco violeta, dice "Alguien me lo robó mientras bajamos por la botella", le digo que le voy a comprar otro, se entenece.

78. Por la noche me doy una escapadita para enterrar el saco en el mismo lugar donde aguardan las evidencias.

79. Siento que alguien me sigue. Me digo: "No, es mi paranoia".

80. Martes por la noche en familia. Diana arma un rompecabezas y me dice que tiene miedo. Los niños juegan parkasé.

81. Miércoles, 8.30. El comandante Herrera se apersona y me dice que agarraron al culpable. Le pido que me lo pruebe.

82. Dice que se trata de un ladronzuelo que vive a una cuadra del edificio. Le encontraron las cosas robadas.

83. Las joyas de la gorda, las joyas de Diana, el dinero, el saco sin botón (se lo había regalado a una hermana), mis guantes.

84. "Dijo que se encontró las cosas en un terreno baldío. Además, sabemos de buena fuente que le gustan las naranjas y que el domingo comieron en su casa una gallina que él mismo desplumó. ¿Quiere más pruebas?"

85. "Sí, no tiene por qué no creerle su versión."

86. "Tiene antecedentes", remata.

87. "A lo mejor ya estaba rehabilitado", contraataco.

88. Lo dejo ir con sus torpes deducciones.

89. Noche de miércoles con insomnio: recreo la imagen de la gorda, boca arriba, con la flecha en su centro; imagino al joven rehabilitado en los separos de la policía; pienso en la justicia y en la cárcel; recuerdo el saco que tengo que comprarle a Milagros.

90. Jueves: decido entregarme.

91. El comandante Herrera y sus hombres me dicen que soy un paranoico. Una hora y media.

92. Quedo convencido.

93. Diana y los niños ven la tele y comen salami.

94. Viernes: compro un saco lila para Milagros. Le queda algo grande.

95. Pesadilla: en una gran sartén se derrite la gorda; es un aceite rojo bastante espeso; alguien me encuera y me echa al sartén. Cuando empiezo a freírme me despierto.

96. Mañana de sábado con mucho sol y pajaritos. Diana me deja a los niños mientras va al súper. Los pongo a jugar soldaditos y luego les pido que se duerman.

97. No me hacen caso. Nadie me hace caso.

98. Diana me pide que vayamos a la feria.

99. Ya no la tolero.

100. Domingo. ◇



Carmen Leñero

La Chata Sofía y el ave negra

La Chata Sofía era una anciana muy rica, víctima desde niña de un oscuro padecimiento: tarde o temprano sentía rencor por lo que amaba, y eso le provocaba en todo el cuerpo unos dolores insoportables. Muchas noches se despertaba llorando y daba vueltas y vueltas en la cama hasta el amanecer.

Para no alimentar su mal se había ido desprendiendo de los objetos que más le gustaban, se había alejado de sus seres queridos y procuraba complacerse lo menos posible en el espejo.

Los médicos le aseguraron que su enfermedad no era mortal, pero no supieron dar con el remedio.

“Este mal lo causa un ave negra prisionera en tu corazón”, le había dicho un curandero. “Si sale de ti estarás curada.”

“¿Y cuándo sucederá?”, preguntó la anciana.

“Cuando otra ave de la misma especie la invite a emigrar con ella.”

Pasó largas tardes en su jardín esperando ver aparecer a aquella segunda ave entre las ramas de los naranjos. Meses después hospedó en su casa a un grupo de artistas a quienes pidió que figuraran la presencia y el canto de un pájaro negro “así de grande”, decía, mostrándoles el puño.

Pronto los despidió a todos porque no lograban nada y ella comenzaba a encariñarse con el bullicio que hacían en el comedor durante el almuerzo. Uno de ellos le besó la mano al marcharse, y esa noche la pobre de Sofía, asqueada por el gesto del muchacho, sintió que le arrancaban a pedazos la médula espinal. Mandó llamar al curandero pero el hombre se negó a acudir. A partir de entonces Sofía vivió sin esperanza de aliviarse, con los ojos puestos en algún punto más allá de los naranjos.

Una mañana ya no pudo levantarse de la cama, reunió a sus sirvientes y les dijo:

“Soy ya muy vieja y afortunadamente voy a morir. A ninguno de ustedes amo pero todos han sido fieles servidores y quiero heredarles mis pertenencias.”

La escuchaban con las manos atrás y cabizbajos, e inclusive sintieron pena de oír cómo se iba extinguiendo esa voz que había guiado sus vidas.

“Ahora retírense”, concluyó con sequedad.

Mientras salían hizo una seña a su criado de más confianza y le susurró al oído:

“Te encargarás de que me incineren. Júramelo, Fermín.”

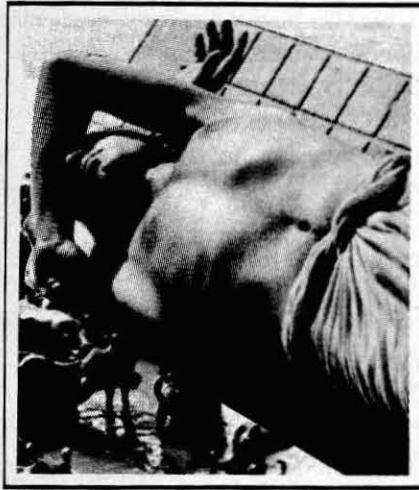
¿Incinerar? Al criado le pareció que eso no era cristiano pero asintió, y la Chata Sofía expiró serena.

Durante los funerales la gente estuvo muy atareada en repartirse los muebles y los objetos de valor. Nadie hizo los trámites en el crematorio, y algún pariente lejano surgido a última hora mandó enterrar a Sofía en la cripta familiar.

Apenas echaron los cerrojos de la cripta, el mismo dolor agudo, interminable, y un aleteo desenfrenado bajo el pecho. La muerta quiso abrir la boca para dejar escapar al ave, quiso ahuyentarla con las manos, estrangularla, pero ninguna parte de su cuerpo obedeció. ◇

David Martín del Campo

Coco Fizz



De modo que eso era el mar. Sintió la fresca humedad lamiendo sus pies. Recordó la voz de sus primos, “vimos un tiburón muerto”. El agua escurriendo le cosquilleaba los tobillos; lamentó no saber nadar. Alzó la vista y observó aquel trémulo continente; olfateó la brisa. Sus primos se burlarían de él: “Dice Poncho que el mar huele a carnicería”.

La resaca fluyendo contra sus talones desenterró una concha que permanecía oculta en la frontera de su propia sombra. Se acuclilló, atrapó la valva y la contempló largamente entre sus manos. Era de color gris iridiscente. “¿Los tiburones comerán almejas?” Sintió sed. Y entonces el niño supo que allá, bajo la rompiente del oleaje, los tiburones lo estaban esperando a él.

Decidió volver con su padre. Le regalaría la concha gris.

Avanzó por la quemante arena hasta alcanzar la sombra de la palapa.

—Oye papá —lo distrajo de la lectura de un diario deportivo—. ¿Hay muchos tiburones en el mar?

—Yo qué sé —refunfuñó el hombre sin mirarlo— ...pero no se te vaya a ocurrir meterte sin mi permiso.

Cuatro horas de autobús lo tenían más que fastidiado. Él de pie la mitad del trayecto mientras el pequeño dormía hecho un ovillo en el único asiento que alcanzaron. “Lleva a tu hijo a la playa, Alfonso. Todos los días se aburre mirando las azoteas por la ventana”. La mujer tenía razón. Había que llevar a Ponchito al mar.

—Papá —insistió el niño apretando la concha en su puño

cerrado—. ¿Puedo ir a ver a los muchachos que están jugando allá?

El padre bajó el periódico. Adivinó la distancia hasta el extremo aquél de la playa. Dijo tumbado sobre la arena:

—Ve, pues... pero no se te vaya a ocurrir meterte al agua.

—Qué—sonrió desafiante el niño—, ¿hay muchos tiburones?

Eso le habían contado sus primos, “al tiburón le sacaron de la panza un gato muerto”.

—Papá... —insistió el niño ante el gruñido incierto de su padre. Era terrible la derrota de *Mantequilla* Nápoles, terrible por los cien pesos apostados al cubano—. ¿Los tiburones pueden comer gatos?

El hombre soltó la carcajada.

—¡Quién te dijo semejante pendejada, muchacho?

El niño cruzó los brazos tras la espalda.

—Quiero un coco —dijo al enterrar una punta de pie en la arena.

Eso le habían dicho sus primos: “Nos compraron dos cocos a cada uno”, “los sirven con popotes y hielo”, “te puedes comer después la pulpa”.

¿Tienes sed, Poncho? —preguntó el hombre, y sin abandonar la lectura de la crónica boxística, recordó: —Ahí está la cantimplora con el agua de limón. Búscala dentro del morral.

El niño apretó nuevamente la concha gris en su puño izquierdo. Volteó hacia el oleaje.

—Al rato vengo —se despidió sin más.

Los muchachos golpeaban el balón con las manos extendi-

das, saltaban, retozaban alegres cuando los contrarios fallaban el boleó; gritaban palabras prohibidas. Habían tendido la red entre los troncos de dos palmeras. El niño advirtió el ardor solar en sus hombros. Volvió a sentir sed. Recordó el puestecillo de tablas y hojas de palma a mitad de la playa, donde un viejo macheteaba cocos y vendía pescados asados al humo. Entonces el balón zumbó junto a su oreja y el golpe rasante fue celebrado por los muchachos: "¡Aguzado, mocos, que te dejamos sin cabeza!"

Aquellos muchachos se parecían a sus primos, pensó al incorporarse. Decidió ir por un trago de agua de limón. Quizá probar uno de los tamales que su madre les había envuelto esa madrugada. "Vete tú con el niño, Alfonso; yo me quedo con la bebida. Sirve que gastas menos", había dicho ella en la víspera. ¡Por fin miraría el mar! Nadaría hasta una isla de arena blanca, descubriría siete ballenas lanzando chorros de vapor (igual que en el libro escolar), abordaría un barco de guerra, pescaría dos peces vela... como sus primos cuando fueron a Acapulco.

El hombre estaba dormido. Había rodado en la sombra de la palapa y –sábado al fin– descansaba sobre las páginas revueltas del periódico. El niño alcanzó la cantimplora en silencio, dio un primer trago pero el líquido se había entibiado. Y entonces, al mirar el pantalón de su padre, imaginó cuando, más tarde, ya relataría: "Me compraron un coco", porque en el bolsillo asomaba un billete.

–Quiero un coco –dijo el niño.

El hombre, sin embargo, no se inmutó. La arena de la playa era una extensión de su cama, a 200 kilómetros de ahí. Conservaba el cuerpo ladeado, una rodilla flexionada, el brazo derecho largado como si compartiera el sueño.

–¿Puedo comprar un coco, papá? –insistió el niño al soltar la cantimplora en el morral– ...si me compras un coco te regalo una conchita que encontré en la playa –insistió al enterrar las puntas de los pies en la fresca arena.

Se había cubierto los hombros con la toalla que pendía de uno de los travesaños de la palapa. El sol a plomo no le mordearía más la espalda, pensó al pedir:

–Un coco, por favor.

El viejo, al mirar aquel billete, dirigió la vista al niño:

–Un coco, cómo.

Asustado por esa mirada escrutadora, el niño se defendió:

–...me lo pidió mi papá.

–Será entonces un *coco fizz*, ¿verdad?

El niño asintió en silencio. Vio alzarse la hoja acerada, oyó el silbido del machete en el aire, sintió en las plantas de los pies el tumbo de los cortes. Todo eso lo emocionaba; preguntó:

–¿Le va a poner popotes?

–Claro, niño. –El viejo preparaba el coco al otro lado del mostrador. –Popotes y hielo. ¿Un chorrito de limón?

–Yo creo que sí –admitió el niño apenas miró esa calabaza marinera.

Recibir aquello entre sus manos fue como cargar un trofeo de fábula. El coco pesaba igual que una cabeza de tigre, pensó el niño, cuando una voz lo distrajo:

–Espera, chamaco. ¿No se te olvida algo?

Se enderezó con marcialidad y temor. Revisó la toalla anudada sobre su ombligo, sus pantaloncitos recortados, pero el viejo ya le extendía varios billetes apelotonados.

–¡El cambio! –adivinó, aliviado, el niño.

Ya trasponía el umbral del tendajón, cuando algo lo detuvo.

Desanduvo los pasos y se enfrentó al hombre. Le diría la verdad, toda.

–Oiga, señor... –se animó a indagar. –Este... ¿hay por aquí muchos tiburones?

El viejo sonrió. Aquel niño le resultaba simpático. Soltó la botella de aguardiente bajo el mostrador.

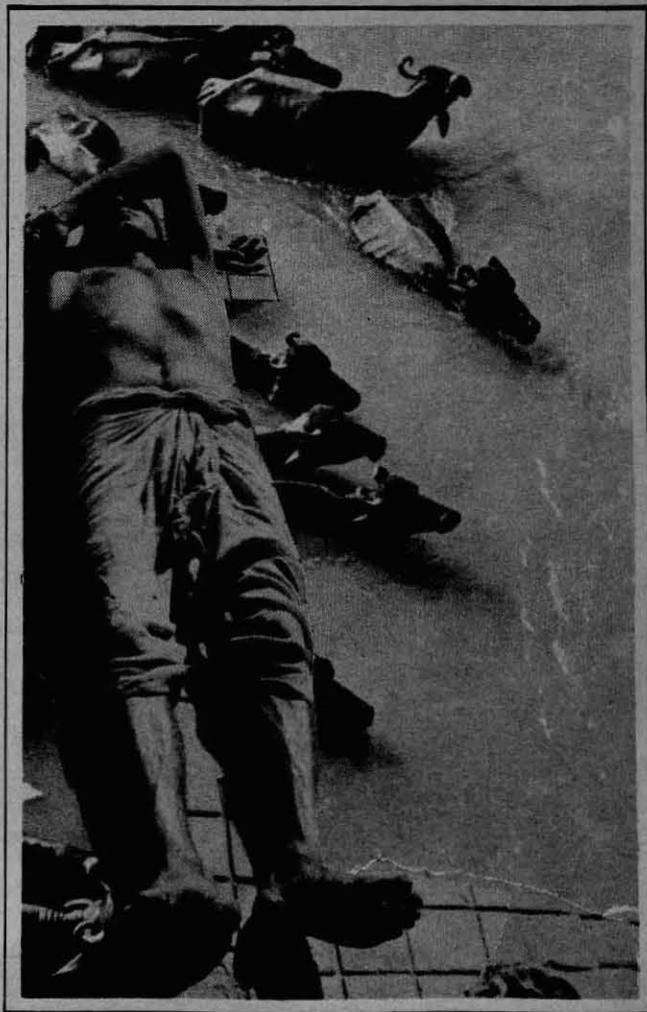
–¿Tiburones? No, no muchos; pero mar adentro sí. Y grandes. Más tarde llegan los pescadores con las cornudas, muertas a palos y arpón... Ya lo verás. Las filetean para salarlas al sol. Bacalao oaxaqueño –rió el viejo, pero el niño no comprendió la broma. Se fue con su coco.

Avanzó por la playa hasta alcanzar el pie de una palmera. Ahí se dejó sentar en la estrella de sombra. Supuso, por lo que decían sus primos, que el coco sabría a leche, horchata sin azúcar. Dio un sorbo y aquello le resultó más que dulzón.

Mucha era la sed y en dos minutos el niño ya trataba de arrancar aquella pulpa blanquecina.

–*Coco fizz* –pronunció con la alegría del mar la primera vez.

Sin saber porqué, se sintió feliz, torpe y feliz, pues se había herido los dedos con la embocadura de aquel pesado fruto. Alzó la vista y descubrió, en la copa de la palmera, un racimo



de cocos semejantes. Decidió trepar y cortar dos. Eso lo había visto en alguna parte, aunque el programa aquél de televisión no advirtió sobre la dificultad de mantener las manos sujetas al tronco, los pies adheridos en esa corteza que lastimaba. Rodó y cayó de cara al suelo. Se irguió, risueño, para gritar: "¡Serás tarugo, Poncho Llorente!", y se confortó como nunca, pues como nunca se había nombrado, y si él era Poncho Llorente, ¿por qué no podía volar como aquellos pelicanos que aleteaban rasantes sobre la superficie del mar? ¿Por qué no? Y ahí corría aleteando por la playa, "el niño-pelicano" Llorente (ya les contaría a sus primos), pero tropezó y volvió a rodar. "Claro, los pelicanos no servimos para andar como tontos quemándonos las patitas en la arena", se quejó, y fue hasta donde los muchachos completaban el último partido de voleibol. Apenas irrumpir bajo la red, los muchachos comenzaron a increparlo, pero soltaron la carcajada cuando lo vieron orinar ahí sin más. "La pipí que se vaya al mar", se disculpaba el niño, sonriendo, feliz de ser un pelicano listo para remprender el vuelo.

Dio una, dos, varias maromas. Se cubrió las piernas de arena fangosa. Comenzó a cantar, a gritos casi, el Himno a la Bandera; y bailó con el viento el Vals de los Pelicanos Relajientos, porque él era un pelicano dichoso y su hermanita una pelicana que se cagaba en los pañales. Esa idea le provocó un ataque de risa que lo dejó sin aliento... "¡una pelicana cagona!" Pero había que remprender el vuelo, es decir, la carrera y las maromas en la playa, a pesar de que la gente lo mirara como bicho raro tropezando a cada paso en ese paraíso de cocos y música... Y el pelicano ya se cansó, va a vomitar, se va a descansar un momento al pie de la palmera después de tanta alegría y machincuepas.

Despertó cuando la sombra abandonaba el sitio y le arrojaba al rostro, de golpe, el esplendor solar. Se irguió, pues, y sintió que la cabeza le pulsaba como hervor de lentejas. Se levantó, sacudió la arena adherida a sus piernas. Miró la toalla untada a su tórax como un sudario de mugre y vómito. Sintió una sed tremenda, la jaqueca percutiéndole dentro de los ojos. ¡Cómo le dolían los ojos!

Entonces, a lo lejos, en la orilla del mar, el niño observó a un grupo de personas que se arremolinaba como hormiguero incendiado alrededor de una barca.

-¡Los tiburones! -adivinó en la distancia, y echó a correr con torpeza.

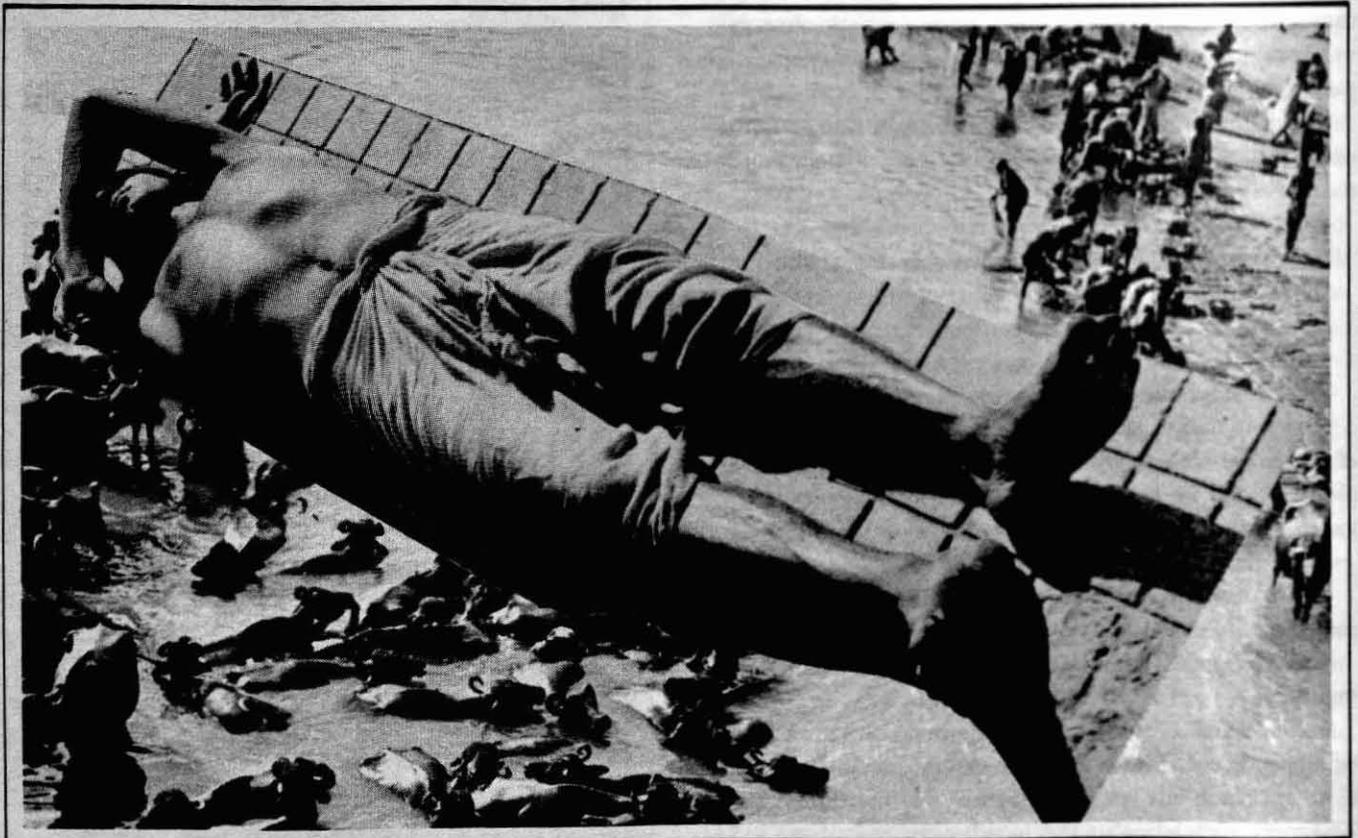
Vería, por fin, un tiburón. Se lo contaría a sus primos; les diría que miró a unos muchachos jugando voleibol, que bebió agua de coco, y que...

-¡El cambio! -gritó al llegar al gentío alrededor de la barca. Sus bolsillos eran dos sacos apelmazados. Había perdido el dinero.

El niño comenzó a llorar. Imaginaba ya, otra vez, los cintarazos lastimando sus nalgas. Se adentró en aquel bullicio empujando piernas de bañistas y pescadores. Vio, por fin, aquel tiburón tendido sobre la sed mineral de la playa, pero el tiburón tenía figura humana y yacía con infinita laxitud.

Uno de los pescadores dijo entonces: "Me lo arrebató la resaca dos veces, cuando todavía gritaba como loco entre las olas". Y otro: "Al chamaco no lo pudimos encontrar..." Fue cuando la voz del niño borracho los hizo callar, porque el pequeño gemía en la arena mojada, arrodillado junto al cuerpo del ahogado, ofreciéndole la concha gris en su mano extendida:

-No me vayas a pegar, papá... No me vayas a pegar. ◇



El parque Tezozomoc, naturaleza correlativa

Tanto si se ilumina,
como si se oscurece,
el jazmín, sigue siendo blanco.
Giorgos Seferis

La Sociedad Norteamericana de Arquitectos de Paisaje otorgó, hace poco más de un año, uno de sus dos máximos premios a un despacho mexicano: "Grupo de Diseño Urbano". Dicho taller fue fundado el año de 1977 por Mario Schjetman Garduño y José Luis Pérez Maldonado, quienes ahí dirigen desde entonces a un equipo de arquitectos y dibujantes, entre los que se encuentran Jorge y Tomás Calvillo, Jorge Sandoval y Estela Tovar.

El primero de agosto del año pasado, el maestro Jorge Alberto Manrique, en las páginas del periódico *La Jornada*, oportunamente nos comunicó la noticia del premio recibido por dicho taller. En aquel artículo, titulado "Arquitectura mexicana: reconocimientos", el maestro Manrique explicaba: "la prestigiosa institución convocante, cuya sede se encuentra en la ciudad de Washington, participó los resultados de su cuadragésimo concurso anual en mayo pasado". Durante aquel mes, el jurado —"en el cual se encontraban personajes de la talla de Joseph Brown, Todd Bennitt y Floyd Zimmerman"— consideró ciento noventa y cuatro proyectos construidos, lo que es condición indispensable para participar en este certamen. "De ellos escogió veintinueve que recibieron 'Merit Awards'; cinco de lo cuales fueron distinguidos con 'Honor Awards'; y solamente dos fueron recipiendarios del Premio del Presidente a la Excelencia en Diseño". Uno de ellos fue, pues, el otorgado a "Grupo de Diseño Urbano" por el parque Tezozomoc.

. . .

El parque Tezozomoc se encuentra al norte del Distrito Federal, en la Delegación



Paisaje con pinos

Azcapotzalco. Ocupa una manzana casi completa, limitada por Avenida de las Armas, Avenida del Rosario, Manuel Salazar y Zempoaltecas. Hacia el extremo suroriente, la continuidad del terreno se ve, sin embargo, interrumpida por unas instalaciones de la Universidad Pedagógica Nacional. El terreno total suma

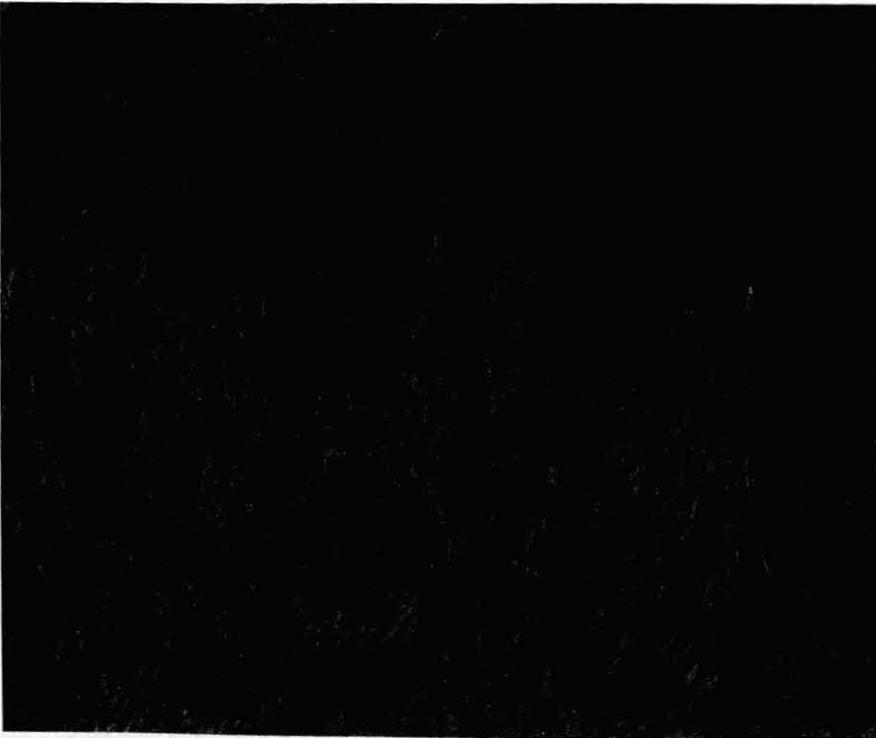
treinta hectáreas. Las obras se realizaron entre los años de 1978 y 1982.

El parque se halla en una zona densamente poblada y con una marcada carencia de espacios comunitarios. Así, cuenta con diversas instalaciones y equipamiento que logran satisfacer, en parte, dichas necesidades. Dado que



pretende, pues, ser un sitio útil, de recreación y esparcimiento, el parque Tezozomoc posee un lago artificial, un auditorio al aire libre, canchas de *basketbaall*, varias cafeterías, una pista de patinaje y una ciclopista, servicios sanitarios, un gran vivero, bodegas, oficinas administrativas y cuatro áreas de estacionamiento.

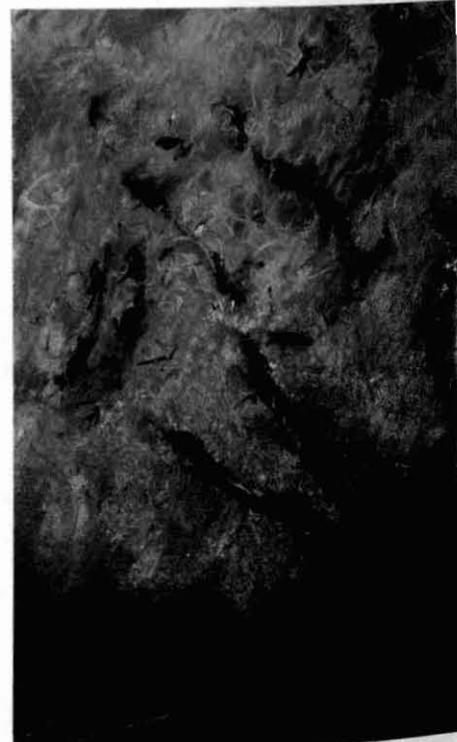
Jardín de flores



El contraste y la paradoja fueron dos ideas que guiaron a los proyectistas del parque Tezozomoc. Éste combina los senderos irregulares, casuales y accidentados, bien sea para peatones o para bicicletas, con caminos y avenidas rectas, las cuales rematan a eje con alguna fuente, acceso, u otro elemento: es el caso de la Plaza Tezozomoc. De igual modo, el

ordenamiento del terreno mismo se enriqueció con soluciones contrastadas. Aquel solar, en el cual se resolvió crear este pensil, era absolutamente plano; un inmenso páramo llano y seco. Al recorrerlo hoy, jamás se imagina que dicha circunscripción haya podido ser una plancha polvosa. ¿Cómo se logró esto? La respuesta es sorprendente por simple. Mario Schjetman logró que gran parte de las tierras producto de las excavaciones realizadas para construir la línea siete del metro se transportaran hasta aquella zona de Azcapotzalco y ahí se volcasen. Se procedía entonces, una vez que llegaba dicho cargamento, al acomodo y la disposición del ondulante paisaje, previa decisión de diseño: ninguna de las cumbres debía exceder los diez metros. Las sinuosidades, así como las diferencias de nivel que, por tanto, posee el parque Tezozomoc, no son naturales; han sido proyectadas por sus arquitectos. Son 'artificiales'. De tal manera, sorprende, insisto, enterarse de que aquel terreno fue en algún momento plano. Pareciera haber poseído siempre esas hondonadas y curvaturas. No obstante, su solución goza de las virtudes de lo natural, de lo aparentemente no diseñado. He aquí la aparición de una naturaleza correlativa; he aquí, pues, la paradoja.

El árbol



Mención aparte merece el lago artificial. Éste se realizó con criterios racionales similares a los que marcaron las pautas para llevar a cabo los accidentes del terreno. El parque se ubica, decíamos, en una zona densamente poblada. Muy cerca se encuentra un gran número de conjuntos habitacionales. Así, el agua del lago proviene justamente de la planta de tratamiento de la unidad El Rosario. Cuenta, además, con un embarcadero, al que da la mayor de las cafeterías —desgraciadamente inhabilitada—. Se calculó asimismo que el lago tuviese surtidores que, al mantener el agua en movimiento, evitan que se pudra. No obstante, la mayor de las virtudes de este lago radica en su capacidad evocadora. Se decidió que reprodujese a escala la silueta con su original orientación del complejo lacustre del valle de México hacia fines del siglo XVI. De tal modo, al recorrerlo podemos distinguir el islote de Tenochtitlán; las penínsulas de Tenayuca-Ecatepec-Coacalco, así como la de Culhuacán-Iztapalapa; los estrechos de Coyoacán-Culhuacán y el de Ecatepec-Chiconautla; y finalmente la ubicación de los asentamientos ribereños a aquel lago: Chapultepec, Coyoacán, Tizapán, Xochimilco, Chalco, Texcoco, etcétera. No sólo esto, y aquí completaremos la explicación anterior relacionada con el lomerío "artificial". En torno al lago, también las tierras se dispusieron reproduciendo

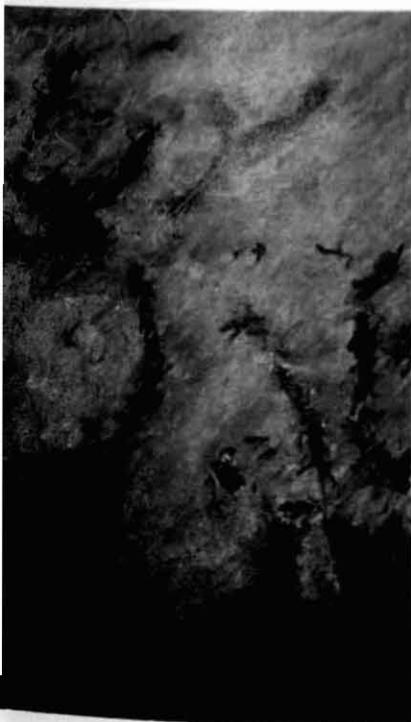


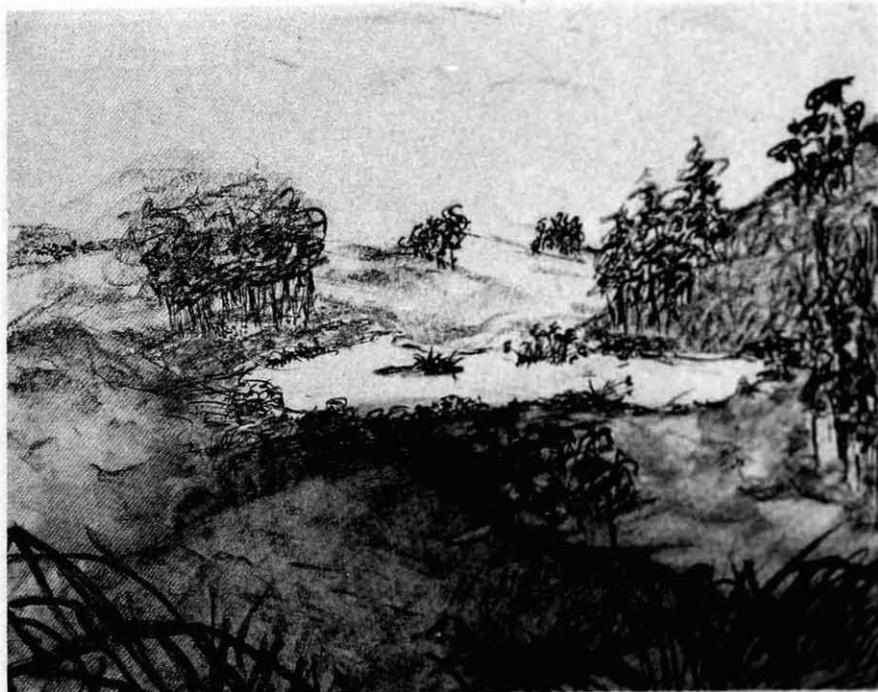
Reflejos y papiros

aproximadamente el contorno de las montañas del valle de México. Tenemos pues ahí ligeras pendientes hacia el poniente, un macizo en dirección sur que recuerda El Ajusco, unas cimas que evocan las laderas y cerros volcánicos de la región oriental de Santa Catarina, así como crestas hacia el nororienté, las cuales quieren rememorar la Serranía de

Guadalupe. El parque posee un mirador, ubicado justo hacia esta última zona; este mismo marca su punto más alto. Desde ahí, en un día claro, se pueden observar las montañas a las cuales aspiran, estas pequeñas, a semejarse. Portentoso paisaje, nuevamente mirado desde una naturaleza correlativa y paralela, pero aquí depositaria de nuestra memoria.

La pareja





La reforestación llevada a cabo en el parque Tezozomoc no sólo consistió en plantar árboles, los cuales en ocho años han logrado una gran lozanía. Son ahora grandes, fuertes y se ven sanos. Se plantaron sí, y enormes cantidades; sin embargo, en este parque todos ellos fueron colocados por especies. Las veredas, caminos y andadores se bordearon con piracantos. Hay, en la zonas planas del parque, grandes bandas de ailes, cortinas de eucaliptos, y conglomerados de pirules. Pero también, se dispusieron macizos de arbustos

singulares: colorines y tilos, así como paréntesis de palmeras y yucas. Existen de pronto, hacia los accesos, profundos sembradíos de rosas y de lirios japoneses. Los pinos mediterráneos fueron ubicados en las cumbres de las pequeñas montañas. En cambio, en las inmediaciones del lago, se situaron sauces llorones, así como nodos de bambúes y papiros. Esta cariñosa reproducción de las condiciones vegetales que existieron en nuestro valle es captada por los usuarios. El parque se mantiene limpio y se advierte el gusto en los visitantes por algo que sienten suyo. Ello es explicable. Recorriéndolo —entre la algarabía de los

niños que han convertido una fuente en alberca—, bien sea por sus andadores o por sus lomeríos, se descubren conmovedoras sugerencias. Esta ordenada y bien dispuesta arborización, ubicada en ondulaciones desiguales, logra con sólo cinco metros de diferenciación de nivel, que un paseante nunca pueda imaginar lo que hallará, y si logre, en cambio, descubriendo perspectivas aparentemente accidentales, fantasear acerca de lo que encontrará adelante.

Lo anterior nos conduce a percibir otra virtud del parque. Este sugestivo espacio también conmueve al visitante por otros medios. Al pasear por él se nos revela una gran riqueza de colores y claroscuros, un brillo muy especial en los tonos, un timbre singular en las superficies y elementos que constituyen este paisaje: rugosos troncos, vibrantes hojas, crecido césped, haces de luz filtrados entre las copas de los árboles, dramáticas sombras, reflejos en charcas estancadas. ¿Cómo se logró esto? Nuevamente la respuesta nos sorprende por su sencillez. Existen aproximadamente trescientas variedades de eucaliptos. Conocemos, asimismo, una enorme gama de ailes. En el parque Tezozomoc, se escogieron para diseñar el paisaje, solamente treinta clases de eucaliptos y otros tantos de los tipos restantes de árboles. Y digo para "diseñar", porque se eligieron en razón a su tipo de hoja, a su coloración, al tamaño y forma que adoptarán cuando se desarrollen cien por ciento, etcétera. Todo ello, para tomar cada una de las disímbolas especies y, habiéndolas colocado por géneros, contrastarlas a la vez entre sí. De este modo podemos encontrar compactas formaciones umbrosas de eucaliptos, en cuyo centro, iluminándolo todo, descubrimos un árbol de una coloratura marcadamente más clara. Asimismo, hay secuencias de ailes en las que, atonal o rítmicamente, se combinan otros árboles de diferentes características.

Son pues, esa naturaleza correlativa y paradójica, ese entorno evocador y diseñado exprofeso, ese tratamiento pictórico del paisaje, los que Marisa Leñero Elu y quien esto escribe intentamos recrear y explicar —por medios complementarios: el dibujo y la escritura— al hacer coincidir nuestras propias intenciones e impresiones con las que les sirvieron de guías a los proyectistas del parque Tezozomoc. ◊



No entiendes nada de Mujeres

Sonó el teléfono. —Éranse una vez una química y un editor, y se querían.

—¿Vienes esta noche? —preguntó Lizia.

—Esta noche y todas las noches.

—Todas las noches, o ninguna —se rió Lizia y colgó el teléfono.

Toqué el timbre. Dos cortos y uno largo. Acababa de bañarse. Traía un turbante en la cabeza compuesto por una toalla y el cuerpo enredado en otra. Emergía del vapor del baño envuelta en una nube cálida. (Hay preguntas que nunca podrán tener respuestas satisfactorias. Yo, por ejemplo, nunca tuve una respuesta para esta pregunta: ¿por qué Lizia se bañó siempre con agua hirviendo sin sufrir siquiera un desmayo?) Las gotas sobre sus hombros improvisaban ríos que desembocaban en el pecho. Una fuerza desconocida desató la toalla. Entré en ella y ella entró en mí. En algún momento de la batalla, Lizia se sacó el falo de la boca y dijo:

—No entiendes nada de mujeres.

Eso fue cuando yo me sentí en la sección de paquetería de los Autobuses de Occidente. En la estancia del departamento de Holbein había maletas y paquetes cuyo contenido siempre fue un enigma —alguna noche llegué a pensar que Lizia se ayudaba vendiendo fayuca—; había también dos regalos envueltos para una boda que o bien nunca sucedió o nunca fueron enviados, un paraguas que alguien olvidó una temporada de lluvias de tres años atrás, una caja de Fab Roma con una vajilla de

Lagos de Moreno, una olla comprada en Santa Clara del Cobre y una chamarra de cuero que nadie reclamó nunca y que Lizia quiso muchas veces que yo usara ante mi rotunda negativa.

La estancia era un contraste que resaltaba el orden del departamento y el cuidado por la decoración y la limpieza. El enemigo número uno de Lizia era el polvo. Ella organizaba batidas tre-



mendas, se amarraba una pañoleta en la cabeza como José María Morelos y Pavón —o como Aunt Jemima, la negra de los Hot-Cakes— y planeaba emboscadas letales. Encontrar un rincón lleno de polvo la ponía feliz. Descolgaba los cuadros con fotos de la familia, limpiaba los marcos con un trapo húmedo mientras hablaba con su padre o su madre. Con ella uno sabía que al despertar, todavía en la mundialmente famosa posición de los trenes que se enganchan, lo primero que había que hacer era saltar de la cama, ponerse un pañuelo en la boca y presenciar la guerra y las maldiciones contra el polvo. La guerra se extendía con mucha frecuencia. Me arrebatava el whisky a medio tomar y lo tiraba en el fregadero; varias veces tuve que recoger el pan con mantequilla, apenas mordido, del basurero y otras tuve que huir con lo que pude rescatar de mi periódico y encerrarme en el baño a leerlo. Una vez adentro yo soportaba el juicio adverso de la limpieza:

—Dame ese periódico que ni dice nada.

(¿Sería a mí a quién Lizia quería limpiar, disolver en el aire?)

En la estancia quedó la toalla tirada como un hombre exhausto. Lizia caminó a la cocina y regresó con una bata y dos whiskys puestos en vasos largos. Hay quien bebe con el corazón y quien bebe con la cabeza. Los primeros rondan la enfermedad; los otros, a veces, salen adelante de la noche y se incorporan a la vida al día siguiente. Los bebedores, sólo ellos, conocen la secreta incertidumbre de este péndulo. Los que beben fuerte saben, además, que hay cosas que no pueden suceder en el

orden del mundo sobrio. Pero saben, también, que hay personas y lugares que no pueden suceder en el mundo ebrio. El bebedor se vuelve entonces un contrabandista que va y viene por esa frontera invisible, y guarda el misterio de la forma en que beberá el próximo trago. Esa noche, Lizia y yo bebimos con el corazón.

La noche se equivocó en la madrugada. Cuando la ley de la rutina indicaba que yo me pasara a retirar y ella tuviera el sueño satisfecho que producen las caricias de sobrecama y cuatro whiskys, Lizia llenó dos vasos más. Habló de química –la destilación y los alambiques–, de los enredos del trabajo, de navegaciones nocturnas y de cómo viejos tripulantes eran capaces de orientarse por medio de las estrellas. Aquí pensé que sucedía algo raro, porque Lizia sabía de navegación lo que yo de mecánica cuántica. De pronto, al paso, después de las navegaciones nocturnas, dijo que deberíamos vivir juntos, hacer una pareja más estable, más cierta, más verdadera, porque así ya no era posible.

–Nos iría muy bien –remató y yo imaginé alambiques y destiladoras, buques nocturnos guiados por estrellas, oficinas enredadas y un matrimonio feliz.

Todo esto lo dije con un tono de voz amable como si anunciara la salida de un avión por el sonido local de un aeropuerto. Me pareció un acto lleno de sabiduría y quise corresponder a la altura de las circunstancias y respondí con gran entusiasmo:

–Nos iría de maravilla. Demos tiempo a todo esto. ¿Te parecen unos años?

Entendí dos cosas: que yo había hecho una broma imprudente y que ella quería un hombre que la quisiera y cambiara focos, revisara las hornillas del gas si olía raro. Un hombre que cerrara la puerta en la noche, que se parara con un garrote en la madrugada si se oían ruidos afuera –o adentro–, que pusiera –a veces– el café de la mañana, que se peleara con los del gas porque venden tanques medio vacíos, que le tocara la puerta al vecino porque el escándalo de sus orgías no deja dormir. Un hombre que hiciera el duro aprendizaje de la vida doméstica. Le dije que el Tigre Cotidiano lo devora todo y ella se paró del sillón como si hubiera visto un

monstruo espantoso y pronunció este himno:

–Has cambiado. ¿Qué es lo que te pasa?

–Tengo problemas, trabajo. Quiero estar solo.

–Eres un canalla, un cobarde, un mentiroso, un pusilánime, un tipo sin carácter, un soberbio, crees que lo sabes todo–. Corrió al baño, el aire le levantó la bata y se le hizo una capa como a la Mujer Maravilla. Se encerró en el baño.

Repasé rápidamente el caso: un canalla no era, nadie de mi familia lo fue nunca, ni el General Armijo, que compraba armas para el general Porfirio Díaz. Cobarde sí era, pero se trataba de una cobardía práctica, no de fondo: si había que tirarse de un paracaídas o enfrentarse a una banda de narcotraficantes, sí era cobarde, pero si se trataba de enfrentar duros retos de la vida, no –esto fue algo retórico, pero no hay defensa sin retórica–; un mentiroso, sí, ya he dicho que los editores somos gente mentirosa. Pusilánime, me pareció, en esa acepción, un sinónimo de cobardía y lo descarté; un tipo sin carácter, a veces, pensé, sobre todo si se asocia esto con cierta debilidad derivada de cierta comodidad que no se atreve a la fuerza de los cambios. Soberbio, sólo si la soberbia es una forma del orgullo, por lo demás no conocía a nadie que no fuera soberbio.

Fui a la puerta del baño y pedí una tregua, pero no hubo respuesta. Tomé medidas más drásticas y le dije que hiciéramos de cuenta que estábamos en Beirut, Líbano, y que había rehenes. Hice mi apuesta y prometí romper un objeto cada minuto que pasara hasta que decidiera salir del baño. Era curioso porque parecía que la secuestrada era ella, pero la verdad es que el rehén en libertad era yo. Pasó un minuto y pegué con un zapato en la pared para que pareciera que algo se rompía –sonó como si se estrellara un plato–. Silencio. Pasó otro minuto: di otro golpe en el suelo, ahora con el paraguas viejo y olvidado de la estancia de la entrada –buscaba verosimilitud, fuerza, realismo–. Silencio.

–Voy a acabar con todos los adornos –le dije perentoriamente mientras daba otro zapatazo en el piso –esto produjo

un sonido terrible, como el de un balazo–.

Nada. Entonces mandé un mensaje por el resquicio de la puerta y el marco:

–Lizia sal, te quiero. No soy soberbio y no creo saberlo todo: por ejemplo, ignoro la fecha exacta de la Convención de Aguascalientes.

No era el mejor momento para decir cosas así, ella encerrada en el baño, yo desnudo, con los calcetines puestos, dando zapatazos en el piso y diciendo esa frase tonta y cierta como mi vida.

No salió.

Llegué a la puerta con un zapato en la mano, el cinturón en la otra y toda la cólera de Aquiles. La violencia en Líbano se generalizó, los rehenes no sirvieron de nada y los escarmientos fueron inútiles. Dejé un mensaje con mi absoluto desacuerdo, azoté la puerta como si no quisiera que se abriera nunca más. “Le jodi la puerta”, pensé. “Por lo menos astillé el marco, con lo caros que están los trabajos de carpintería”. Fue entonces cuando me sentí un bombero que sale de la central a medio vestir, a las carreras y obsesionado por el fuego que se propaga en alguna parte del mundo.

Cuando encendí el motor del Volkswagen vi venir del fondo oscuro de la calle de Holbein a una mujer vestida de blanco. (Sudé frío: “Una aparición premonitoria”, pensé.) Lizia caminaba velozmente. Llevaba una camiseta blanca con un círculo de banderas de distintos países del mundo en el centro. Se acercó a la ventanilla. Venía descalza. El efecto era el de una mujer vestida para la playa que se pone sobre el traje de baño una camiseta larga. Pero abajo de la camiseta Lizia no traía ningún traje de dos piezas para tomar el sol, sino el rencor de esa noche desgraciada. Bajo la camiseta, que le llegaba a la mitad de los muslos –ya he dicho que Lizia tenía unas piernas fuertísimas– había una pieza de lencería fina con un corazón bordado sobre el vello púbico. Vi ese corazón de cerca muchas veces y también muchas veces pensé en Flaubert.



“Las mujeres”, escribió Flaubert, “confunden el corazón con el culo”. Dura frase, y falsa. En momentos de optimismo exacerbado me burlaba de don Gustave: “Ah Don Gustave, de todo lo que se perdió usted por misógino”. Otras veces, como esa noche, lo envidiaba, no por sus libros clásicos sino por su forma de vida. ¿Cómo logró vivir en su casa, con su mamá y tener a Louise Colet cuando quería, las veces que quería? Pero está comprobado que Flaubert era un mentiroso y un hipócrita. Llegó a prometerle a Louise Colet cosas que nunca cumplió y, aun así, la Colet lo amaba —es cierto que al final ella se puso exigente y lo increpaba con horribles insultos, pero Flaubert mantuvo un tiempo asombroso el equilibrio en la cuerda del amor.

“Pinche Flaubert”, pensé en el momento exacto en que Lizia dijo:

—¿Quién te sientes?—. Dijo la frase con una furia genuina.

Yo no contesté: “Flaubert, Gustave Flaubert”, como era lógico, sino que dije una barbaridad que me salió del fondo del alma. No supe si fue un chiste o algo que esperé durante años para decir, como esas cosas que se desean sin saber hasta que la vida le da a uno la oportunidad de realizarlo. Por esto y no por otra cosa dije:

—Indiana. Indiana Jones en el templo de los amores desgraciados.

Lizia no soportó más. Metió medio cuerpo por la ventana del coche, arrancó las llaves del switch del encendido y las lanzó lejos como un jardinero experto rumbo a un plato de home donde esperaba un catcher, ansioso. Luego caminó despacio, con las manos en la cara. Eran las tres de la mañana de un día de perros y era fácil trazar el triángulo de mi vida: editor, desacreditado, triste.

Me bajé del coche y le dije esto:
—No hagas escenas—.

Era tarde. La escena la habíamos hecho ya, una gran escena absurda que Ionesco nos habría envidiado. Los vecinos abrían las cortinas de sus ventanas para ver el desenlace. Tuve celos porque seguro que Pepe Mondragón, un vecino indeseable, le estaba viendo las piernas a Lizia —yo sabía que Lizia le encantaba a Pepe Mondragón—. “Si sale



Pepe Mondragón con su cara de yo lo arreglo todo, lo mato a patadas”, pensé. Los vecinos comprobaron algo que ya sospechaban: que éramos unos actores locos y apasionados de una importante compañía teatral –de hecho lo éramos–. La gente asocia mucho la desinhibición emocional con la gente que trabaja sobre estrados –cantantes, actores, maestros de ceremonias; políticos, no–. Esto lo comprobamos la mañana en que Isandra Méndez, que vivía arriba del departamento de Lizia, nos preguntó con una gran amabilidad llena de veneno.

–Buenos días, ¿cuándo estrenan su obra? –y nosotros hicimos cara de muy pronto señora, faltan los últimos detalles. Y sí, faltaban.

Lizia me dio la espalda y caminé rumbo al edificio con su camiseta de banderas del mundo. Su figura blanca se perdió por la puerta. Caminé en círculo para encontrar las llaves. En efecto, Lizia tenía el poderoso brazo de un jardinero izquierdo porque peiné la zona y no estaban. Tuve que ampliar el radio de acción, pero ahí la cosa se complicaba porque había arbustos. Si el azar quería que las llaves lanzadas con odio hubieran caído en un arbusto, lo que seguía era el serio y profesional trabajo de un cerrajero nocturno porque nunca he tenido copia de las llaves del coche. Los editores somos gente distraída y la gente distraída no supone que las llaves son objetos perdidos, o lanzables por amor y por odio. Si así fuera encontraríamos las calles llenas de gente en el acto amoroso de lanzar llaves al aire: “Ese que ves ahí aventando unas llaves, tiene mal de amores”. Fue entonces cuando las luces salvadoras de un coche iluminaron la zona:

–¿Se le perdió algo? –preguntó el patrullero.

Era una voz amable, acostumbrada al mando.

–Unas llaves, oficial –le dije con la naturalidad de quien acaba de cometer un crimen.

Pese a la opinión generalizada, los policías de la ciudad de México son personas de una extraordinaria sensibilidad. Bajó de la patrulla 113 un hombre moreno y alto. Se acomodó el cinturón de la pistola, se acomodó la chamarra

negra, se acomodó el cuello. Cuando se acomodó todo lo que tenía que acomodarse preguntó:

–¿Se tomó sus copitas?

–Para nada oficial. Una cerveza.

–Écheme el aliento, por favor –lo dije como si yo fuera un asesino buscado durante años por la policía mexicana y la Interpol. Le soplé suave, con los labios casi cerrados, como si quisiera seducirlo. En ese momento sucedió el milagro; cuando volté, las vi al borde de la banqueta. Las recogí con gran cuidado, como si fueran una bomba.

–Muéstreme su licencia y su tarjeta.

Hice una rápida evaluación del asunto. El escenario se prestaba a la negociación: una calle oscura, dos patrulleros, uno abajo, otro a bordo de su unidad –así les dicen a sus coches–, un hombre con el aliento de siete whiskys (bueno, está bien: nueve) al que le arrojaron injustamente sus llaves al vacío, en un terreno inhóspito en una noche de amor desgraciado. Era un balance triste, pero de golpe podía convertirse en un balance jurídico por faltas administrativas. Esto último lo dijo el hombre alto y moreno cuando supo que yo no tenía licencia y que mi tarjeta de circulación no corrió la suerte de las llaves el día en que la perdí para siempre. Sucedió entonces el segundo milagro de la madrugada.

–¿Qué podemos hacer oficial? –esto lo dije con el tono de un viejo abogado litigante acostumbrado al trato con la policía.

–Mire, lo vamos a ayudar, se está usted cayendo. Trescientos y se va a dormir.

Se me detuvo el corazón: trescientos mil pesos por buscar unas llaves lanzadas al aire por odio y amor, me pareció una injusticia.

–No. No traigo tanto dinero.

La negociación fue larga. Me describieron en los separos, explicándole al Ministerio Público por qué buscaba unas llaves en estado de ebriedad a las tres de la mañana en la calle de Holbein. El acuerdo fue éste: cien y todo olvidado y tenga cuidado es peligroso andar así. Le pedí a Lizia dinero. Esta segunda negociación se hizo a través de la puerta, porque no quiso abrirme.

–Es que me llevan preso si no les

doy–. Lo dije con gran dramatismo, como si me llevaran a las Islas Marias.

Lizia fue más difícil de convencer que los patrulleros. Al final, deslizó dos billetes debajo de la puerta con un recado: “Tampoco sabes nada de patrulleros. Adiós”.

–Gracias oficial –les dije y me despedí de ellos, sólo me despediría así de mis amigos de la infancia.

Las cosas debían andar muy mal en el mundo, la gente que se amaba discutía con la ira de enemigos milenarios después de beber y quererse durante horas. Las mujeres salían descalzas a la calle sin más vestido que una camiseta con las banderas del mundo en el pecho. La policía extorsionaba a ciudadanos honestos aunque indocumentados. Los vecinos se regodeaban en las pasiones ajenas.

Me sentí olvidado en este planeta. El mundo debía andar muy mal, pero peor andaba yo, que azotaba puertas, regalaba a la policía dinero que no era mío y trataba de herir a las gentes que amaba.

Llegué al departamento de avenida Universidad en una madrugada apacible y fría. Al fondo se oyó la sirena de un crimen, de un accidente. Me tiré en la cama y apagué la luz. Dejé que el teléfono sonara. Soñé con una extraña intensidad. Estaba en una larga fila de un banco. Ahí me encontraba a mi viejo maestro de biología que me decía: “Cómo está Armijo, qué haciendo en este burdel”. No podía explicarle que no era un burdel sino un banco. Repartieron hojas con las mil canciones que compuso Berlin. Yo elegí Blanca Navidad. Entonces aparecía Giacomo Feltrinelli y me daba un salero al mismo tiempo que me decía:

–Nunca lo lograrás.

Yo me tragaba el salero.

Me desperté tosiendo en la oscuridad, al borde de la cama. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era un sueño y de que no me asfixiaba con un salero atorado en la garganta.

“Sólo un hombre muy desgraciado puede soñar que se traga un salero”, pensé.

Dormí hasta las once de la mañana. A esa hora los pliegues de las cortinas dejaron pasar una luz optimista, inolvidable. ◇

Alberto Ruy Sánchez

Los motivos secretos



Caminando por la calle del Caracol me acerqué a la única parte de la muralla sobre la que no se estrellaba el agua. Una lengua de arena unía al continente con Mogador, tocando la ciudad por el lado de la muralla que más se escondía a la salida del sol. Ya se me había advertido que era un pasaje prohibido por ser de arena doblemente movediza: sobre un suelo pantanoso que había devorado a varias generaciones de viajeros desafiantes, se desplazaban a una velocidad multiplicada por el viento enormes dunas que grano a grano transformaban en segundos el paisaje montañoso. Ni las aves de rapiña se atrevían a trazar en el cielo sus círculos de muerte sobre este terreno, temiendo que la punta de alguna de esas montañas en movimiento pudiera sorpresivamente morderles el vuelo, limarles las plumas y sepultarlas en su acarreo. Mucho menos se arriesgaban las hienas, los lobos y los camellos salvajes a poner las patas en la arena que iba y venía de Berbería a Mogador.

Cuentan que una enorme procesión de misioneros cristianos quiso llegar a Mogador a través de las montañas veloces y que en días claros todavía se ven sus esqueletos moviéndose obstinados entre las dunas, con cruces erectas en las manos. Y que mucho antes, un príncipe oriental fascinado por su propio poderío, hizo a sus sabios construir un vehículo especial para que él y su corte pudieran cruzar triunfantes el estrecho de dunas y pantanos. Los sabios trataron de disuadirlo y amenazados de muerte idearon finalmente el transporte que se les exigió. Entre los viajeros, sólo el príncipe debería comprender el mecanismo. Sus mil cortesanos lo siguieron deslumbrados

por el oro de las túnicas que su soberano les daba para el viaje, o deslumbrados también por el resplandor del sol en las espaldas de los guardias imperiales. Uno por uno fueron recostando sus cuerpos en cajas de piedra arenosa; moldeadas a su medida. Las cajas fueron colocadas en un inmenso velero que se movía sobre mil delgados deslizadores.

El velamen era tan grande que podría ocultar la presencia del sol durante casi todo el día, y una vez que acumuló el aire de dos semanas para hincharse, la carretilla de mil patas se dirigió por una pendiente hacia Mogador. Pronto se distinguía en el horizonte sólo el velamen y nadie vio de cerca cómo lo devoraron las dunas. Las previsiones de los sabios parecían cumplirse satisfactoriamente. Ellos le habían explicado al príncipe que la travesía era posible únicamente en un tiempo largo, mucho más allá de su muerte y de la de aquellos que lo acompañaran. La vanidad de imponer su voluntad incluso después de que acabara su vida le iluminó la cara, le reventaban los espejos al mirarse pensando en su hazaña. Aceptó viajar en un inmenso mausoleo movido por el viento y sepultó en vida a su corte. Los ataúdes eran de piedra arenosa y se desintegrarían al ser limados por las dunas, los cuerpos se pudrirían durante ese tiempo y las túnicas de oro y los huesos correrían la misma suerte de los ataúdes.

El velamen evitaba que los cuerpos se hundieran en los pantanos, pero garantizaba su desintegración en la fricción de la arena. No era posible vencer esos dos peligros al mismo tiempo y sólo se podía salir de alguno entregándose completamente al otro. Sin embargo, los sabios conocían hasta el más

mínimo movimiento de los astros y podían prevenir las mareas, las lluvias y el viento. Calcularon que enfilados en la buena dirección y en el momento oportuno, mil y un esqueletos molidos llegarían en 233 años y diez días a desparramarse como una polvareda menuda sobre las calles del lado oeste de Mogador, levantados por un breve remolino poco antes de las seis de la tarde.

El príncipe intentó asegurarse de que sería recibido con alegría en las calles de Mogador y de que su proeza no sería fácilmente olvidada; para ello vistió con túnicas de oro a su corte, esperando que la avaricia fuera milenaria y aún después de tantos años el oro llamara en masa a los habitantes para recibir, con las manos y las bolsas abiertas, al príncipe y a su comitiva dorada. El hijo del emperador se imaginaba a sí mismo atravesando invencible las inmensas murallas en un remolino de cal, oro y arena. Pensaba que muchos hombres gastarían su vida observando desde las torres el movimiento de una cresta dorada sobre las dunas, y que no pocos morirían intentando alcanzarla antes de que fuera el tiempo de su llegada.

Pero el príncipe extranjero no podía saber que en estas tierras, tan milenario como la avaricia es el temor a los muertos insepultos. Mogador vivía alrededor de su cementerio: en el centro de la ciudad un mismo edificio albergaba los baños públicos: El Hammam, donde se daba el ritual del renacimiento del cuerpo, y la boca del profundo túnel donde se abandonaba con rápidas ceremonias a los muertos. Nadie sabía con seguridad si ese túnel era una formación natural de las rocas o si había sido construido por los antiguos habitantes de Mogador. Un mito lejano lo atribuía a los primeros pobladores de la ciudad que eran semidioses y necesitaban hacer pasar sus cadáveres por el túnel para purificar sus cuerpos de las imperfecciones que les otorgaba la muerte. El túnel los llevaba al mar y al comenzar a subir la marea una brisa ligera conducía a las almas purificadas de regreso hacia la ciudad, disgregadas en la sal del aire, ligeras. Las almas se impregnaban desenvueltas en la ciudad y en sus habitantes. El sabor salado del aire, al ser percibido en la lengua era un signo de la salud y la alegría que los muertos otorgaban a los vivos. Todos los habitantes de Mogador iban diariamente a las murallas para tomar en la brisa y en los últimos rayos del sol, un baño de eso que ellos consideraban como la parte más íntima y más valiosa de sus antepasados. La piel bronceada era en Mogador la huella alegre de los muertos. Hombres y mujeres iban al puerto para conocer en el aire el efecto de los suyos.

Al atardecer se oía el canto de quienes reconocen a sus muertos y conversan con ellos. En el horizonte responde un eco, todos saben desde dónde viene y a quién llama. Cada uno ahí es nombrado con afecto por los ruidos y la luz del mar que los rodea. Y ya en la ciudad todos viven con las almas de sus muertos. Ellas miran con benevolencia desde todos los rincones húmedos. Viajan en el aire pero duermen en la humedad de los muros. Impregnan los objetos más resistentes (las piedras, los dientes), se acomodan en algunos con preferencia: los recipientes de sal y de especias, los cojines abullonados, la madera blanda y los papeles doblados en la oscuridad.

Todas las almas que vienen con el mar han pasado por el túnel que les permite regresar purificadas a ocupar de una manera más sutil y delicada el vacío que dejaban con su muerte. Pero las otras almas, las que no han sido mejoradas por el túnel son odiadas y temidas. Vienen también con el viento pero por el lado de la ciudad donde el mar no moja las murallas. Ellas producen entre los vivos los peores padecimientos del alma: los de la melancolía. Esos son los muertos insepultos, los que no conocen las virtudes del agua y todo Mogador les huye. Pueden penetrar en la ciudad sólo con los remolinos que saltan murallas, por eso en el lado oeste se



levantan esas torres de madera con aspas y esas tarimas inclinadas que rompen todos los remolinos diez metros antes de que su viento rizado pueda insinuarse sobre las murallas.

El príncipe oriental no vivió para saber que incluso los muertos tienen que llegar a la arrinconada Mogador sólo a través del agua. Habiendo tomado el oro como vehículo de su fama a través de los años, ni siquiera tuvo tiempo de ver que el brillo de su valiosa comitiva se veía rápidamente opacado ante el pavor que despertaban las mil y un almas insepultas que él y su corte eran. Sus sabios tampoco podían saber que el enorme rompavientos construido al pie de Mogador cambiaría



el recorrido de las dunas y por lo tanto se alterarían los vientos favorables que ellos habían previsto para que huesos y oro viajaran en un solo montón durante tanto tiempo. Diseminado en el desierto, ni todo el oro del príncipe hubiera sido capaz de tentar la avaricia de cualquiera. Mezclados en el polvo de las vastas dunas veloces, ni los huesos de todos los súbditos de su imperio hubieran podido distinguirse de la arena en movimiento. Nadie espera la llegada del príncipe y nadie la desea. Los que no lo han olvidado y cuentan todavía su leyenda, lo reinventan con el temor de encontrarlo un día tirado en el suelo de su casa, dentro de alguna diminuta limadura de hueso. Los que aún lo nombran buscan ahuyentarlo afirmando el fracaso de su viaje.

Pero...¿y si lo que en Mogador se considera una derrota del príncipe fuera en realidad su victoria? Es probable que sus ambiciones fueran más amplias y duraderas de lo que parecen en esta historia, y que su hazaña fuera del orden de lo secreto. En todo caso, hay indicios que hacen dudar de la tenacidad del príncipe por dirigirse a una muerte tan segura. Hay también enigmas que hacen pensar en que eran otras sus aspiraciones. ¿Por qué haberse obstinado en llegar a Mogador por tierra cuando la navegación era más conocida en oriente que en Europa o en Berbería? ¿No habla ya Marco Polo de que son millones los barcos que navegan en los ríos de China? Eso hace pensar que el príncipe tenía que llegar a Mogador, pero de esa manera precisa. ¿Qué puede significar Mogador para una cultura tan lejana que amerite llegar a la ciudad siguiendo ciertos movimientos y no otros?

Desde épocas muy lejanas los relatos de viajeros chinos dan cuenta de una ciudad que corresponde en todo a Mogador. La describen como una isla misteriosa y lejana habitada por los Seres Inmortales, que conocen el secreto de la purificación del alma una vez que ésta desconoció las imperfecciones del cuerpo. Dicen también que esa isla es vista con tanta envidia por los genios malignos y mortales que habitan los granos de tierra, que incansablemente lanzan contra sus murallas montañas de arena. En seguida describen la orientación de la ciudad, el trazado de sus calles y el espesor de sus murallas y aconsejan que el imperio entero trate de ser semejante en todo a la ciudad de los inmortales, por lo que le piden al emperador que haga construir con urgencia una inmensa muralla que proteja completamente al imperio del caos que existe en las tierras extrañas y en sus habitantes malignos.

El príncipe conocía sin duda estas referencias, y es de suponer que su viaje y los preparativos de su llegada a Mogador fueran parte de un ritual del que difícilmente nos será posible conocer con seguridad su secreto. Hay sin embargo dos indicios más que permiten imaginarse de qué naturaleza era la búsqueda de los inmortales emprendida por este soberano. Un cronista de la dinastía Tsin describe a este príncipe como un personaje enigmático y melancólico, dedicado a la alquimia desde muy joven. Su padre ya había buscado la ruta de la inmortalidad indicada por las erupciones de los metales al transformarse en oro. Por error descubrió las erupciones del salitre que lo llevaron a las del nitrato y la pólvora, que le quemaron las barbas. Continuó haciendo las mezclas desaconsejadas por los libros taoístas hasta que perdió tres dedos de

la mano izquierda y dos de la derecha, y comenzaron a ponerse negros los brazos. Buscó entonces la fórmula del cinabrio que debería prolongarle la vida y hacer que sus dedos arrancados le crecieran de nuevo. Lo bebió tres veces al día durante tres días y el cabello en todo el cuerpo se le hizo rojo, los brazos perdieron su color amoratado infeccioso, pero ni las uñas le brotaron de nuevo. El mismo cronista dice que el emperador continuó poniéndose intensamente rojo hasta confundirse con las nubes encendidas de un escandaloso atardecer sobre el río amarillo, y en cuanto se instaló lo oscuro de este lado de las montañas nada más se supo nunca del emperador ardiente.

El hijo del emperador heredó los utensilios del padre muchos años antes de iniciar su viaje a Mogador, pero tal parece que no fue iniciado en los procedimientos alquímicos por él sino por algún otro hombre de saber que visitaba su corte.

El segundo indicio nos viene de un alquimista chino que vivió ciento diez años después en la dinastía Han, y que transcribe en su *Tratado sobre las bodas del Dragón y el Fierro*, todas las fórmulas alquímicas que conoce, por haberlas probado él o sus maestros. La experiencia más antigua que relata es de tres generaciones anteriores y aunque no menciona con precisión sus referencias, es muy probable que se trate de la experiencia del príncipe en la lengua de arena que une a las costas de Berbería con Mogador. Un príncipe alquimista, Wuti, busca en vano el secreto de la permanencia absoluta en la vida. Durante una época pensó que en la sangre debería estar el fuego que nunca se apaga. Experimentaba con sus sirvientes, vaciando las venas de algunos y petrificando completamente las de otros. A través de los años, resultaron más resistentes esos hilos de sangre petrificados que los mismos huesos de los cuerpos que se conservan aún en el pabellón prohibido de Pekín como evidencia perpetua de los experimentos del príncipe. Él dejó de inquietarse por encontrar la vida eterna de la sangre en sus sirvientes cuando el sabio Luan-tuai le reveló sus secretos: Era necesario mantener un fuego encendido durante nueve meses y sobre el fuego una calabaza bañada en cinabrio que debería cocerse muy lentamente. De esa manera se conseguía que en la gruta del vegetal nacieran los seres sobrenaturales que surgían a partir de las semillas fundidas. Esos seres se llamaban cinaburos, y sólo en su presencia se convertía el fermentado líquido en oro. Ya que se obtenía el material brillante, con él se hacían utensilios para beber y comer. Los alimentos que pasaran por ellos aseguraban en quien los tomara una vejez prolongada.

Así hizo el príncipe, pero la promesa de una larga vejez no era un verdadero aliciente para sus veinticinco años. Prefería pertenecer a la raza de los inmortales aunque para ello, como le había advertido Luan-tuai, tenía que viajar hasta la isla de Pong, que es isla no por estar en medio del mar sino rodeada de la "masa confusa", del caos. Y no bastaba con llegar e instalarse entre los habitantes de Pong; la inmortalidad no le vendría por vivir con ellos, era necesario instalarse en ellos. El príncipe tendría que pasar por la disolución, mezclarse con la "masa confusa" para acercarse a su objetivo eterno. Ya diluido en el caos tendría que entrar en los habitantes de Mogador para renacer entre ellos, surgir de su carne bron-

ceada. Así preparó su plan: primero él y su comitiva serían lanzados a la minuciosa trituración de la arena. Su corte iría forrada de oro pero él además lo bebería: dos semanas llevaba tomando únicamente *aqua aurea*. Ese líquido aseguraba que sus huesos fueran molidos por las dunas de una manera más fina e inconsistente, pero que al mismo tiempo cada grano de sus huesos contuviera las virtudes vitales del metal amarillo, que está entre el reino animal y el mineral. A diferencia de sus súbditos el príncipe sería fértil en cada una de sus más diminutas limaduras.

El inmenso mausoleo con velamen llevaba como única inscripción el ideograma que designaba a los inmortales y un poco más abajo el lema de su dinastía: "si la semilla no muere". Antes de dirigirse hacia la lengua de arena que sería su disolvente universal, el príncipe ordenó que una barca se acercara con mercancías al puerto de Mogador y dejara correr disimuladamente la noticia de los mil muertos insepultos que se dirigían en remolino hacia sus calles. Ordenó que cuando el pánico fuera seguro, los mismos comerciantes imperiales ofrecieran a los habitantes de Mogador un complicado mecanismo de aspas y veletas rompavientos, que lo colocaran en el lugar adecuado (a diez metros de la muralla) y abandonaran para siempre el comercio con ese puerto. "Así lo hicieron -según el alquimista alumno del alumno de Luan-tuai- y todos los habitantes de la isla Pong (Mogador) se acercaban confiados a ver de qué manera el rompavientos impedía que los remolinos tocaran de lleno sus murallas. Sin embargo, esos instrumentos de viento eran necesarios para que los granos del emperador se diferenciaran de los otros y lanzados por el mecanismo volaran hacia los tendederos de la ciudad, se quedaran invisibles en el hilo de las telas, flotarían transparentes en la superficie del agua potable y se deslizarían inevitablemente en todos los cuerpos afectados hacia las zonas donde las carnes se pliegan y se despliegan, se penetran y se llaman."

Eso es todo lo que el *Tratado sobre las bodas del Dragón y el Fierro* dice de esa experiencia citada como una más de las maneras de revivir eternamente pasando por la disolución mayúscula. En Mogador la gente dice que el príncipe extranjero fue vencido, y sin embargo desde hace diez años la mayoría de los niños tienen aquí los ojos rasgados y la mirada melancólica: por lo visto, el príncipe preparó en secreto el triunfo de su renacimiento, pero al mismo tiempo se aseguró un exilio del que nunca podría regresar, multiplicando así, a través de su descendencia, su ya milenaria melancolía. Una canción anónima que corre por las calles de Mogador dice:

Wu-ti llegó
a la isla Pong,
sobre una lengua
de tierra enfurecida,
juntó su polvo
con el polvo de las almas
inmortales.

Venció
y fue vencido. ◇

La amenaza elegante

Estaba ante un campo de alfalfa mecido por el viento, ¿o no era alfalfa?, tal vez ni siquiera se trataba de un campo, en todo caso veía, o más bien sentía una extensión oscilante, algo sin nombre ni contornos que le causaba una dicha imprecisa, un verde bueno. Entonces vino el estruendo, el despertador que definía las cosas de otro modo: Marta en el fijo desorden de la cama, en las sábanas salmón que tanto le gustaban y de golpe le parecían repelentes como si estuviera envuelta en crema.

Extendió la mano y liquidó el sonido del despertador con un *zac* preciso: un insecto menos. En algún lugar la esperaban las pantuflas; sintió un olor a café negro, a pan tostado y estuvo a punto de dejarse chantajear por la idea del desayuno, del mundo restituido en una dorada rebanada de trigo integral. Demasiadas calorías.

Descubrió su *yukata* japonesa en el sillón del cuarto. El cinto había quedado en algún cajón del clóset, imposible decir cuál; se lo encontraba cada tercer día entre medias y blusas, y con el tiempo había adquirido un valor simbólico: tenerlo prisionero era ya una forma de adelgazar. Algún día se anudaría la bata con furor, algún día.

Las paredes desnudas, monásticas, le parecían Zen. Desde que empezó a vivir con Antonio se negó a colgar un solo cuadro. Y ya era antes de las musarañas. Antonio había aceptado con la silenciosa resignación de quien tiene sus ideas en otra parte, la punta de la lengua entre los dientes, su atractiva nariz enfilada hacia las huellas que sufijos y declinaciones dejaban en la nieve. Después de horas y horas ante el alfabeto cirílico, quedaba encapsulado, en su tundra personal. Sus facciones se combinaban de manera curiosa: tenía la quijada y la nariz de quien da órdenes y los ojos de quien las obedece. Esta mezcla de decisión y reserva le gustó desde que lo vio por primera vez y supo que era uno de los seres extraños que entraban al edificio de película de vampiros de la embajada rusa. Antonio traducía el día entero, con un ahínco casi físico, como si cortara hielo con un hacha. Le pagaban mal y ni siquiera gozaba del prestigio de quienes tenían vedada la visa a los Estados Unidos. Las cosas que sabía eran tan específicas que sonaban inútiles: las reglas del acento ambulante que a veces cae en la raíz y a veces en la desinencia y que a ella le parecía un enredado tiro al blanco.

En las noches, al regresar del trabajo, lo encontraba bajo un



cono de luz amarilla. Servía un par de vasos de tequila, se besaban y sentía el aliento de Antonio, acerado, metálico, tal vez producido por la inmovilidad. No era un olor desagradable, para alguien que amara los armarios antiguos.

Se mordió la uña del índice. Recordó su sueño en la alfalfa. Quiso volver a las sábanas que tal vez aún estuvieran tibias. Vio la huella que su cabeza había dejado en la almohada y recordó una palabra que Antonio le había enseñado: *skuchno*, una mezcla de tristeza y aburrimiento.

Estaba por meter el segundo pie en su pantufla cuando desvió la vista a la pared y sintió una descarga en las costillas, un escalofrío de mujer delgada. Antonio había pegado un recorte de papel, un héroe de historieta que descendía en paracaídas para realizar alguna hazaña. Además había escrito, con letra muy menuda, *La amenaza elegante*.

Rasguñó la pared hasta que no quedó rastro de la figura. Luego la frotó con un trapo húmedo; el letrero se convirtió en una mancha tenue. Antonio se había atrevido a escribir con pluma fuente, como si no bastara la avanzada de papel, esa metástasis del otro cuarto, la zona clausurada.

Fue a la cocina a dejar el trapo. Cuando se dio cuenta ya había comido dos panes con pasas. En la puerta del refrigerador un imán con frutitas de plástico sostenía una nota: "Fui por musarañas. Te dejé el mono en la sala. Besos." El camisón se le había llenado de migajas. Abrió el refrigerador. Se sirvió un vaso de leche. Bebió de prisa; la leche le dejó medias lunas en las comisuras de la boca.

En la sala, sentado a la mesa que Antonio usaba para traducir, estaba el muñeco. Olía a cartón y engrudo, como los Judas que se queman en Semana Santa. Antonio lo había hecho con paciencia, las chapas en las mejillas y las arrugas eran de un realismo extremo. Ese día, Marta lo iba a quemar frente a la embajada norteamericana. Antonio rara vez la acompañaba; había leído los más abstrusos manuales de economía política sólo para practicar el ruso.

En cierta forma aquel muñeco tan bien hecho cancelaba la figura en la recámara, en cierta forma.

Llevaba meses sin ir al estudio de Antonio y le extrañó el olor a encierro. Tuvo la sensación de no ver bien. Imposible afocar los diminutos recortes de papel que tapizaban las paredes, el techo, el suelo mismo. ¿Aquel punto borroso era un perro dálmata? ¿Realmente era eso un baúl con kriptonita y aquello una espada incandescente? Los objetos de los héroes eran manchitas brillosas. Pese a todo –y esto la hizo sentir en falta, como si le concediera un argumento a Antonio– distinguió algunas figuras emblemáticas: el Hombre Araña atinadamente pegado en las esquinas; Fantomas en su traje de etiqueta; Carlitos en su montículo solitario; el casco con cuernos de Asterix; Tarzán en una liana. Estuvo a punto de encontrar una secuencia, de trabar los personajes en una historia, pero cerró la puerta antes de que las manchas se convirtieran en imágenes, todavía una heráldica desafocada.

Antonio había empezado a recortar mientras leía; una forma de tener las manos ocupadas. Los papeles se fueron amontonando en el suelo del estudio. Una noche Marta lo encontró con los pies sumidos en una ola de colores sucios. Le exigió que pusiera orden de una vez. Antonio acató con la mirada y luego fue como si sus facciones imperiosas lo orillarían a otra solución. Recogió los recortes y los pegó en la pared, morosamente, con la misma delectación con que se perdía en las cláusulas subordinadas del ruso. Marta se rió al ver el resultado; el estudio se convirtió en una de esas incoherencias visuales que a últimas fechas se presentaban en los museos con el nombre de *instalación*.

–Te aceleraste –fue todo lo que dijo.

El acelere se repitió. Antonio se quedaba dormido con un personaje asomando de la bolsa de la pijama, los dedos ásperos por la goma.

Cuando Mandrake apareció haciendo un hechizo estrafalario en la cocina, Marta decidió ponerle un hasta aquí. Antonio prometió que sólo usaría las paredes de su estudio. No mostró la menor resistencia, el tema le interesaba poco. Tal vez por esto a ella no le importó que los recortes tuvieran nombre. Hablaron como si nada de musarañas, de un remedio para la gripe, de la vecina que se había teñido el pelo de azul, otra vez de musarañas.

En el Paseo de la Reforma encontró el acostumbrado desorden de los mítines. Había algo de picnic en la gente sentada en el camellón. Marta sorteó termos de café y canastas con tortas. Conocía a casi todos, al menos de vista. Se reunían de tanto en tanto a protestar por algún crimen americano. Se entretuvo viendo las estatuas pequeñas de Reforma; con sus casacas deci-

monónicas y sus miradas de incredulidad parecían situadas ahí por equivocación; al menos Marta conocía mucho mejor a sus distantes enemigos que a esos héroes difusos. Un hombre de barba blanca y patillas azafranadas le convidó un chocolate. Mordió con fuerza el relleno galletoso. Parecía que se habían reunido ahí para comer; las quijadas se movían con calma, como si los bocados no supieran. En eso apareció el orador. Era un muchacho de unos veintidós años, pero le faltaban varios dientes. Gritó a través de un magnavoz. Su boca producía un vahído en el que a veces flotaban palabras. De cualquier forma hubo gritos, vítores, “el que no brinque es *contra*”, y todos saltaron en el camellón. El tráfico seguía su curso en Paseo de la Reforma.

Marta quemó su muñeco y alguien le prendió fuego a una bandera. El humo subió hacia los árboles marchitos.

Fue a una mesita atendida por el hombre de las patillas de azafrán y tomó un centenar de formas para recabar firmas contra la militarización del espacio. Caminó por el Paseo hasta el cine Diana. Se demoró ante la fuente en la glorieta; el agua descendía deslumbrante, metálica. Como otras veces pensó en caminar sin rumbo fijo, dejando que la ciudad se resolviera por sí misma, presentándole calles y edificios que no esperaba encontrar. Entonces se sintió acometida por la responsabilidad, la vergüenza con Alicia, que otra vez había tenido que suplirla y seguramente lo había hecho mal. Podía oír su voz de niña amaestrada en escuela católica, diciendo que los icebergs de veras-deveras eran de agua potable, pero qué injusticia pensar eso de la pobre Alicia, la blusa abotonada en ese cuello que reclamaba un camafeo, Alicia cubriendo sus fugas con palabras agudas y aplicadas.

Entró a la oficina en medio de un enredijo de llamadas telefónicas. Alicia iba de un aparato a otro, cargada de libros y tomos de la enciclopedia. Ofrecían información doce horas al día sobre los asuntos más inopinados: la carretera panamericana se interrumpe en el “tapón” de Darién, el fondo del mar ha sido menos explorado que la superficie de la luna, los cerdos no sudan, los pingüinos copulan una vez al año. Había cientos de empresas suscritas al servicio. ¿Para qué querían saber si los cerdos sudaban? Casi todas las respuestas aparecían en la rutilante pantalla de la Apple. Archundia, el operador de la computadora, tenía los oídos eternamente ocupados en la música de Daniela Romo y veía la pantalla con una curiosidad infatigable. Alicia tuvo que quitarle los audífonos para pedirle datos sobre las focas. Mientras tanto, Marta fue a su escritorio. Le deprimió ver una manzana mordida que había olvidado el día anterior. La carne blanca se había vuelto ámbar en los bordes. Tiró la manzana al cesto de papeles y descolgó uno de los teléfonos. Se entregó con tal velocidad a buscar longitudes de ríos que tardó en descubrir el recado sobre la mesa: *Te habló Fantomas*; tal vez Alicia había creído que Fantomas era un apellido portugués o algo por el estilo. Hizo a un lado el papel con la elaborada letra de Alicia, fue a ver a Archundia, le dio una lista de preguntas, se sumió en mapas y tablas estadísticas, contestó ocasionalmente el teléfono, le compró unas gomitas al vendedor ambulante que entraba a la oficina al mediodía, pensó en argumentos para que Archundia quitara su póster de Rambo, fue agotando su día, consumiendo cada una

de las opciones que le ofrecía esa oficina, toda papeles, datos y pantalla de computadora, pero de algún modo sabía que en su mesa la aguardaba un último saldo, la nota de Antonio que le traía la imagen de la mañana: el personaje en la pared blanca. Regresar a la casa sería enfrentarse con la mancha azulenta que la tinta había dejado en la pared, con Antonio, con el cuarto cerrado que de pronto le guiñaba un ojo al otro cuarto.

Antonio estaba asomado a la ventana. Se acercó a darle un beso.

-Hola.

-Quihubo. Estaba viendo el patio. Se murió Sebastián.

Sebastián era el loro de la vecina. Antonio había querido



que aprendiera a decir *na zdorovie*, para brindar con él en las noches, desde el balcón que daba al patio interior, pero el loro aprendió por cuenta propia a decir *Sputnik*.

-Se cayó al patio.

-¿Y no voló?

-Tenía las alas cortadas. Tal vez ni siquiera sabía volar. A lo mejor creía que era un gato. Ya ves que los pájaros se quedan con la impronta de lo primero que ven. Sebas veía puros gatos.

-Pobre *Sputnik*.

Marta abrió el tequila y cenaron quesadillas. Ella se sirvió tres, con mucha crema y salsa verde; como siempre a esas horas levantó un inventario de lo que había comido. Una vez más estaba del lado erróneo de las calorías.

-No sé cómo no lo notaste al entrar -le dijo Antonio-. Te vi desde el balcón, pasaste casi sobre Sebastián.

-Venía pensando en otras cosas.

-¿En qué?

-Tarugadas -otro eufemismo para las musarañas, pensó Marta, otra contraseña para avanzar en el desierto-. ¿Trajiste revistas?

Antonio señaló una pila junto a la puerta de la cocina. Las hojas estaban tan gastadas que no parecían hechas de papel. Capas y capas de algo más cercano a una tela raída o a una corteza musgosa.

-Mira, recorté unas cuantas.

En la mesa, bajo unas tijeras tan largas que casi sugerían una actividad de cirugía, había unos jirones coloridos, rodeados de las hojas de una traducción en proceso.

-¿De qué revista son?

-Sepa, no me di cuenta. Ve esa mosca.

Antonio jamás leía las historietas. La mosca gigante le gustaba como antes le gustó un héroe que empuñaba un relámpago. Marta le acarició la mano; le dio gusto que sus dedos no tuvieran pegamento.

Luego la cama y las sábanas color salmón y Antonio un poco triste, no lo dijo, pero estaba triste por el loro. Sintió el tobillo frío de Antonio y le puso encima su pie. La tibieza sugería un pie rosado. Antonio la tomó de la muñeca, le dio un beso en la frente, se reclinó contra ella y el camisón cedió bajo sus manos.

-Llegaron los cosacos -murmuró Marta y la frase le pareció estúpida. ¿En qué momento inventó esa contraseña para la menstruación? Ahora le parecía tan absurda como no hablar con él de la mancha azulosa, del ojo ciego en la pared. Las manos de Antonio se retiraron; le dio un beso en la frente; buenas noches, que sueñes con los angelitos, y luego la estación de duermela en la que veía a Antonio con *Los supersabios* y las tijeras larguísimas; ella estaba en la cocina, ante un guiso amorfo, y de pronto aparecía en otro sitio, un paisaje verde, donde el aire era tibio y los loros sabían volar.

Archundia tenía gripe. Marta lo veía teclear tras la nube blancuzca de un vaporizador. De pronto otra figura entró a la nube. Le sorprendió distinguir el saco de pana verde de Fernández. Llevaba un grueso morral de cuero crudo. En la bolsa del saco, tres lápices afilados con esmero.

Fernández era el editor de Antonio; venía sonriendo, pero antes de saludar sacó un manuscrito del morral y Marta supo que esas hojas engargoladas significaban un problema así de grande.

-Antonio está en la luna. Mira nomás -Fernández hojeó el manuscrito con un pulgar ancho, que parecía remachado por un martillo-. ¿Ves esta frase? La tradujo tres veces, en tres versiones distintas, pero no nos avisó nada y el texto se fue a galeras. Ahora tenemos una versión triplicada de cada frase. Son tres traducciones entrelazadas. Le hablé para contarle, pero sólo logré hacerlo reír.

Fernández no preguntó "¿qué pasa?", era demasiado educado, pero había ido a verla para eso, para cerciorarse de que Antonio no estuviera riéndose solo en un rincón de la casa.

-No es la primera vez que se le cruzan los cables a un traductor. A veces ya no saben ni en qué idioma piensan.

Las horas bajo la luz incómoda, la soledad, las muchas voces minaban a cualquiera. Fernández siguió hablando mientras ella pensaba en las musarañas, el único desvío en la rutina de Antonio; tal vez fueran un correlato visual de sus dificultades gramaticales o quizá tuvieran un efecto contrastante: una explosión de color que recibía como una lluvia bienhechora.

Le ofreció un nescafé a Fernández, le dijo que no, no he notado nada, Antonio está igualito, y así hasta que el saco verde volvió a pasar por la nube de vapor para salir a la calle.

Vio a Archundia tras el vapor hasta que le llegó una imagen

de otros tiempos. ¿De veras le había gustado tanto *The Phantom*? Tenía que reconocerlo, a los quince años no hacía otra cosa que tararear "Ámame" y pensar en el cantante de antifaz que se hacía acompañar de doce guitarristas que masticaban chicle al compás de la canción y tenían guitarras color flamínguo. Pero lo más importante era que ella sabía que la voz fantasmal era la de Pat Boone; llegaría el día en que el antifaz cayera al suelo tornasolado y todo cobrara otro sentido. Sin embargo, *The Phantom* se esfumó entre otras muchas extravagancias sentimentales, y el enigma quedó abierto. A ella había dejado de importarle hacía mucho. Una vez le contó a Antonio de su ridícula pasión, muerta de risa, y él la escuchó con más atención de lo que sugería su mirada ausente. El recorte de Fantomas era una prueba de que se acordaba.

Salió de la oficina sin deseos de ir a su casa. Quería prolongar los recuerdos de esa época absurda y agradable en la que ella se ponía algodones en los senos y podía comer bolsas y bolsas de golosinas sin pensar en su cuerpo ni en el oscuro destino de las bolsas de plástico.

Entró al almacén para dejar que el mundo se recuperara entre maniqués semivestidos, mercancías lujosas, sillones afelpados. Casi nunca iba de compras; la tienda tenía una cualidad de museo, pasaba de un departamento a otro sin ver precios, sintiendo los olores de lo nuevo. En el segundo piso estaba el sillón de fieltro que tanto le gustaba. La escalera eléctrica la dejó en la sección de salas. Sintió que atravesaba veinte hogares antes de sentarse en el sillón. A la izquierda tenía la chimenea. El sillón y los leños le hubieran parecido insoportables en otro sitio, pero ahí eran alegres de un modo ingenuo, como las ventanas de cartón de un escenario. Vio el trémulo resplandor del fuego artificial. Cerró los ojos. Acarició los costados del sillón. La chimenea producía un ronroneo suave. Pensó en los doce guitarristas en línea, masticando su chicle al mismo ritmo, ¿podía haber compañía más perfecta para el cantante sin rostro? Le dio gusto disponer de aquel edén de malvavisco rosa, aunque nunca supiera el nombre del protagonista, la única información que le hubiera gustado encontrar en la oficina. Abrió los ojos y vio al vendedor con su saco color camello. La saludó con un discreto ademán. Otra vez parecía cansado. Al fondo, muy al fondo, debía haber un despliegue de aspiradoras encendidas: dos pelotas giraban en el aire.

Después de un rato descendió a la planta baja. El aire olía a palomitas de maíz. Estuvo a punto de formarse en la cola de la dulcería. Iba a salir cuando vio un aparador con medias. Un cartón anaranjado anunciaba una estridente oferta. No fue esto lo que le llamó la atención. Las medias eran de agujeros. Hacía años que no las veía. No supo si estaban baratas porque se habían vuelto a poner de moda o porque nadie se atrevía a usarlas. Le gustó la malla negra: más que cubrir parecía tatuar las piernas.

Antes de recibir la bolsa ya sabía que esas medias se iban a ver pésimo en sus piernas regordetas; en cada agujero asomaría una cupulita rosácea. Imposible usarlas. De cualquier forma no se arrepintió de la compra; había entrado al almacén para violentar el día, las calles cargadas de noche. La bolsa apretada contra su costado le producía un agradable desa-

pego, no le pertenecía del todo, como el mapa de una ciudad que no pensaba visitar, medias que no tendrían piernas.

Se acercó al cono de luz. Antonio le había dejado una nota: *Al rato vuelvo*. Sacó las medias y las puso bajo la luz amarilla. La tranquilidad que había ganado en el camino empezaba a abandonarla. Al girar la llave en la cerradura sintió el palpito de una apuesta, una emoción de ruleta a punto de detenerse. Antonio fuera del departamento era un número equivocado.

Atravesó la sala. Abrió la puerta del cuarto con decisión, como para que el aire borrara las paredes. Sabía que iba a encontrar una señal pero igual sintió un sobresalto, como si su certeza llegara de lejos, una forma nubosa que de pronto cuajaba. Antonio había salido sólo para hacerse el enconadizo en la pared.

Se acercó al dibujo, esta vez un héroe desconocido, un corredor con órbitas en los ojos que sugerían eficazmente el delirio de una huida. Se sentó en la cama. Sintió un pliegue bajo las nalgas. Tuvo que alisar la colcha. Quizá por eso le gustaba tanto el almacén; no había nada que alisar.

Las medias seguían en la mesa; leyó un título entre los agujeros: *Muerte anunciada*. Antonio preparaba una antología del simbolismo ruso. Tomó el fajo de hojas y leyó unas líneas. No tenía calma para leer en orden. Fue dejando que su mirada cayera aquí y allá, encontrando lamparones de sinsentidos. Los títulos eran simples noticias del terror. Valeri Briusov: *La mazmorra subterránea*. Alexéi Remisov: *La extraviada*. Mijaíl Kusmin: *La sombra de Filis*. Fiodor Sologub: *El jardín envenenado*. En *Adán*, de Andréi Biely, encontró un pasaje que la obligó a releer:

Recordó su sueño en la alfalfa. Quiso volver a las sábanas que tal vez aún estuvieran tibias. Vio la huella que su cabeza había dejado en la almohada y recordó una palabra que Antonio le había enseñado: *skuchno*, una mezcla de tristeza y aburrimiento.

Pensó en lo que le dijo Fernández. Esta vez Antonio no repitió frases; la repitió a ella. No quiso seguir leyendo, se sintió incapaz de encontrar su macizo espectro en otras páginas.

Fue a la recámara. Encendió un cerillo. El héroe se consumió de prisa, dejando una sombra contrahecha en la pared, una pincelada carbónica.

Caviló en la escena que Antonio había incorporado a la traducción. Ella siempre le contaba sus sueños. Esperaba la cena para hacerlo. Era una forma de disolver los sucesos del día, de retomar la mejor hora de la mañana, con las paredes blancas y el contorno de Antonio en las sábanas.

Estuvo mucho tiempo sentada en la cama. Creyó oír varias veces la cerradura de la puerta pero siempre era un vecino de otro piso. Un gato maulló en el balcón y la portera bajó al patio a llenar un balde de agua. Varios aviones atravesaron el cielo muy a lo lejos. Se fue dejando llevar por el cansancio. Cuando puso la cabeza sobre la almohada se dio cuenta de que había llorado. Cerró los ojos sobre la tela humedecida y antes de dormirse, ya rodeada de una espesa oscuridad, vio un ful-

gor distante, un parpadeo de luz, el calor lejano de los leños que ardían sin fuego.

Al llegar a la oficina pensó en hablar a Locatel; descolgaría el teléfono para comunicarse con el archivo de los desastres. Pero se encontró con un recado en su escritorio: *Saludos de Fantomas*. Antonio no estaba en un hospital ni en un separo policiaco.

—Habló antes de que tú llegaras —le informó Alicia.

En la tarde se quedó media hora fuera del edificio, buscando señales de Antonio. Le costó trabajo aceptar que la tintorería fuera sólo la tintorería, a pesar del cancel que servía de impecable puesto de mira, que el fresno en la esquina no fuera más que un árbol despellejado; fingió interesarse en los corazones tatuados en el árbol, husmeó el delicioso vapor de la tintorería. Antonio no estaba ahí.



Al entrar al edificio, la hija de la portera la vio con temor; su rostro debía tener una expresión desencajada. Corrió a verse en el espejo. Una mujer regordeta, de mediana edad, con mechones castaños sobre las sienes, nada del otro mundo.

En los últimos tiempos hablaba poco con Antonio; la oficina, el ruso eran valores sobrentendidos. ¿Qué era lo último que ella le había dicho? "Llegaron los cosacos", no podía haber peor despedida. Trató de encontrar algo que le evitara ir a la cocina. Revisó la estancia hasta detenerse en las hojas en la mesa. Ahora no resistió la tentación. Al principio le costó trabajo abrirse paso en esos fragmentos enérgicos y desastrosos; al cabo de un rato, las hojas pasaban con celeridad entre sus manos; ya no buscaba el sentido del texto: se buscaba, se leía. Era como si Antonio hubiera estado llevando un diario demencial de ella. Sus días, sus sueños, sus recuerdos se sucedían unos a otros, pero disueltos en una trama incomprensible. Se vio afantasmada en muchas páginas; por lo visto, Antonio no hacía otra cosa que pensar en ella; su imagen aparecía en toda suerte de paisajes futuristas. Tal vez por eso en la noche soñó con calles de una desbocada geometría. Al fondo, en un plano inclinado, la esperaba Antonio con Sebastián al hombro; en su afán de aproximarse, Marta resbalaba y resbalaba.

Acostumbraba ir sola a los mítines, pero esta vez se sentía

ajena a lo que sucedía a su alrededor, desprotegida. Había dormido muy poco. No tenía un muñeco que quemar pero llevó el tambo de gasolina por si alguien lo necesitaba. Después de los discursos, se empezó a sentir estúpida junto al tambo. Le dio gusto que el hombre de barba blanca se lo pidiera. Lo acompañó a su coche, a unas cuadras de distancia. El viejo parecía acostumbrado a quedarse sin gasolina. Llevaba un trozo de manguera en la cajuela; colocó un extremo en el tambo y se llevó el otro a la boca.

—¡Yo lo hago! —dijo Marta, con un énfasis que la sorprendió. Sintió el olor de la gasolina en la desembocadura de la manguera y aspiró con vehemencia. Le llegó un bocanada de aire alcoholizado y luego un chorro de combustible. Se tragó un buche antes de escupir, soltar la manguera, sentarse en la banqueta, ensayar una sonrisa que atenuara su vergüenza.

Cuando llegó al trabajo seguía eructando gasolina. Alicia estaba contenta y se equivocaba más que nunca. Había recibido dos rosas rojas en una caja transparente; se veían rígidas, tensas, como floretes para un duelo. Marta no tuvo energía para preguntar por qué dos rosas; ignoraba los aniversarios y los afanes privados de Alicia, y quería seguir haciéndolo.

No encontró recado de *Fantomas*. Se preparó un nescafé cargadísimo, cualquier cosa era mejor que el combustible que no dejaba de darle alcance.

Sintió una hinchazón en el vientre, en un sitio donde no sabía si estaba el páncreas. Se dio asco; su cuerpo se expandía poco a poco, a causa de guisos ya olvidados, y encima de eso la gasolina ingresaba a sus tejidos. Se acordó de cuando estaba embarazada y no hacía más que pensar en las deformaciones de su vientre. En el laberinto de mucosas, glándulas y secreciones había una expansión celular, el confuso advenimiento de unos ojos, una boca, dedos y uñas que quizá se parecieran a los suyos. Había ido sola al médico; cuando regresó y le contó a Antonio él le dedicó una mirada gris y solitaria. Las siguientes semanas fueron tristes. Luego su cuerpo siguió otros derroteros: el hambre loca a todas horas, la necesidad de mordisquear aquí y allá. Lo mismo le sucedía ahora; podía estar intoxicada pero el cuerpo reclamaba su ración.

Esa tarde los teléfonos no dejaron de lanzar un torrente de protestas. Alicia era una estúpida feliz y ella estaba al borde del desmayo, un klínex en la boca y una hilera de tazas de nescafé en el escritorio. Le pareció más absurda que nunca la avidez con que le preguntaron el diámetro de Júpiter. Salió de la oficina con las últimas reclamaciones zumbándole en los oídos.

Había perdido toda definición de los sabores en la boca. Al llegar al departamento sintió que también sus pulmones eran incapaces de registrar un aire nuevo, como si los cuartos ya hubieran sido respirados.

Contó sus pasos de un muro a otro. Se recargó contra la pared. Su espalda se deslizó lentamente hacia abajo, hasta llegar al piso. Vio el frutero vacío sobre la mesa; desde el suelo, adquiría una agradable inutilidad: un platón votivo, una urna sin cenizas, un cenotafio. Eructó. Se levantó. Tal vez el movimiento la aliviaría, pero pronto sintió las paredes progre-

sivamente cercanas, el vértigo de tantos pasos breves. Se detuvo, mareada, tratando de refrenar los eructos. Se acostó en la cama. Pensó en el tambo de gasolina, vio el gollete y el líquido rosáceo y espumoso, hasta que se quedó dormida. Vio el remanente de gasolina, poca cosa, pero lo suficiente para llegar al cuarto de las musarañas, escuchar el suave chapoteo de combustible, lanzar el cerillo. Se quedó absorta ante la jugosa combustión que vencía el papel y la madera. Las duelas soltaron un humo resinoso. Muy al fondo vio la puerta del pasillo. Le costó eternidades llegar al picaporte, correr el pestillo, salir al fresco aire de las escaleras. En el patio oyó ruidos, el entrechocar de cubetas metálicas, pasos en los charcos; seguramente habían conectado mangueras; en todo caso, ella sólo vio un riachuelo entre sus pies, las menudas riadas que iban a dar a una coladera oxidada. Se agachó y gritó sobre la coladera. Entonces se dio cuenta de su vestido de dominó: estaba en una historia de la antología rusa, *El curioso paralelogramo*. Se concentró en el diseño geométrico de su traje y en los gramos de su cuerpo; de algún modo supo que ese traje bombacho encubría a una mujer delgada. Volvió la vista hacia arriba, contenta. Antonio estaba en el marco de la ventana; sostenía unas hojas encendidas. Las agitó furiosamente pero no pudo apagarlas. Vio la mueca de dolor, los dientes blanquísimos contra el fondo de fuego, la mano que se abría para soltar un manojo de flamas. Luego Antonio cayó, muy despacio, y ella supo que no le iba a pasar nada. El hombre de patillas de azafrán y el vendedor del saco de camello estaban en el patio: aplaudían entusiasmados. Marta corrió hacia Antonio, que ya era auscultado por el montañista del departamento seis. No se veía mal, incluso parecía animado por el efecto de la caída. Sus ojos grises reflejaban las llamas de allá arriba. Marta se acercó a su pelo; olía a pollo quemado. Ella tenía las manos heladas; lo tocó apenas. Antonio hizo un gesto incómodo, como si sintiera gotas de agua. Luego cerró los ojos; sonrió bajo la caricia, abandonando el rostro al nervioso trabajo de la lluvia.

Cuando Marta abrió los ojos, sintió un poderoso olor a tequila. Sonrió al ver la pared plagada de recortes. Antonio estaba de pie junto a la cama. La miraba con ojos inyectados de sangre. Parecía diez años más viejo. Se levantó, lo abrazó, empezó a llorar contra su camisa olorosa a alcohol, a sudor, mientras él murmuraba algo, una manera de pedir perdón en su lenguaje común.

—Hueles a gasolinera— le dijo y ella contó el incidente que ahora le parecía divertido.

Hablaron mucho rato. Tal vez porque acababa de salir de las imágenes del sueño, no le molestó que la historia de Antonio fuera tan vulgar, tan banal; si acaso le molestaron algunos detalles demasiado preciosos (el color mamey de las paredes del motel), como si recuperar los días de fuga con fidelidad fuera la mejor manera de negarlos. Su voz era un simple desgarrón, sus ropas apestaban, su quijada y su nariz se habían afilado en extremo. Se tendió en la cama, cerró los ojos, durmió varias horas. Lo primero que hizo al despertar fue desprender los recortes de la pared.

Esa misma noche volvió a la traducción. Trabajó con denuedo, casi hasta el amanecer. Marta aprovechó un

momento en que fue al baño, para quitar las medias de la mesa. Le recordaban la historia de Antonio. Las tiró a la basura con el mismo gusto con que las había comprado.

Antonio trabajaba en silencio. Las pilas de historietas descansaban en un pacífico rincón de su estudio. Una noche habló de tener un hijo.

—Puedo quitar las musarañas. Necesitamos más espacio.

La vio con los ojos grises que tanto le gustaban y ahora le impedían hablar. Marta hubiera querido argumentar algo, recurrir a la alarmante descarga de la computadora, a los datos de un mundo complicado, pero había caído en un pozo, lejos de las ideas ordenadas. Sonrió, sólo por hacer algo, para quebrar la fuerza de ese momento nulo. Temió que él insistiera en el tema, pero lo vio regresar a sus hojas en la mesa. Ella se asomó al balcón del patio.

Después de una hora oyó la voz de Antonio.

—Me voy a acostar.

—Ahí voy —contestó Marta, pero pasó mucho rato contando los aviones que atravesaban el cielo.

Antes de acostarse se le ocurrió ver la traducción de Antonio. En la última hoja encontró una línea que le causó una sorpresa muy menor, como recibir una carta con un sello extraño: "Se quedó absorta ante la jugosa combustión".

Fue al cuarto de las musarañas. Vio las tijeras en la mesa, con las hojas abiertas, como si gritaran. Regresó a la sala. Recordó "jugosa". Luego el resto de la frase.

La noche siguiente, Antonio le dejó el borrador de *El curioso paralelogramo*. Costaba trabajo leer esa versión tan desmadejada. El autor parecía incapaz de optar entre una secuencia y otra, como si esperara del lector alguna decisión urgente. Marta hizo varios recortes y los dejó sobre la mesa. Sabía que Antonio le respondería. Mandrake volvió a un recóndito rincón (Marta tuvo que colocar una caja de libros sobre una silla para darle alcance).

En el trabajo, cuando debía concentrarse en la conquista del Everest o el ganador de Wimbledon, pensaba en las tijeras plateadas, en sus hojas larguísimas. *El curioso paralelogramo* había ido avanzando, cada vez tenía más sustancia que recordar. Por otra parte, las respuestas de Antonio se volvían difíciles de atrapar. Encontró a un héroe espectacularmente electrocutado atrás de una cómoda. Lo incendió sin miramientos.

Mientras Antonio dormía, ella escuchaba el agradable triscar de las tijeras: *zac*, un insecto menos. Suprimió el escape por la alcantarilla, los nudillos rotos en el espejo, la terca sílaba que causa heridas, los escalones infinitos que llevan a la plaza vacía, la bombilla de luz verde. Luego lamió la hoja afilada; un regusto metálico, acerado.

Llevaba semanas sin ir al sillón del almacén. De hecho, cada vez salía menos de la casa. Si no respondía puntualmente a sus mensajes, Antonio volvería a desaparecer. Además, el relato crecía hacia ella. Una noche incluso cambió de título. Recordó la primera figura que apareció en su recámara.

Estaba ante un campo de alfalfa mecido por el viento. Había llegado el momento de cortar desde el principio. ♦

Miguel León-Portilla

BERNARDINO DE SAHAGÚN

(1500-1590)

Un juicio lapidario sobre su Historia



Muchas apreciaciones, en su mayoría favorables, se han formulado acerca de la *Historia general de las cosas de Nueva España* del franciscano Bernardino de Sahagún. Y otro tanto puede decirse de los testimonios en náhuatl sobre los que elaboró el texto castellano de su *Historia*. Éstos, tanto por el método con el que fueron obtenidos como por abarcar los aspectos más importantes de la cultura del México prehispánico, se consideran aportación única y en extremo valiosa. Quienes la han estudiado, nombran a Sahagún, por su obra, "padre de la antropología en el Nuevo Mundo".

Ahora, en ocasión del cuarto centenario de su muerte, quiero aducir, traducir y comentar un breve texto que el propio Sahagún escribió en latín, en el que formuló un juicio lapidario acerca de su *Historia*, no viéndola ya como un proyecto, sino como realidad concluida. Este texto, escrito en latín, lo incluyó después del sumario o índice del libro VI de la *Historia* en el *Códice florentino* (1979, vol. II, antes del fol. 1 v.).

Además del propósito de no dejar pasar en silencio este aniversario sahguntino, hay otras dos razones que me mueven a escribir este breve comentario. Una es que el lapidario veredicto que, con muy pocas palabras, hizo él de su magna obra, tal vez por hallarse en latín, no ha sido debidamente tomado en cuenta. De hecho, el breve texto latino está ausente en todas las ediciones de su *Historia* que se prepararon a partir del manuscrito que se conoce como *Códice de Tolosa*.¹ Y, aun-

que ha sido incluido en las más recientes, debidas a distintos estudiosos que presentan la obra sahguntina según el *Códice florentino*, no se ofrece en ellas traducción ni comentario alguno del dicho texto latino.² Y, sin embargo, la importancia del mismo es grande para conocer lo que pensó fray Bernardino, contemplando su obra no ya como un proyecto.

La otra razón tiene que ver, no con los juicios favorables expresados por otros acerca de la aportación sahguntina, sino con algunos adversos, varios en vida de él y otros en nuestro

mente del *Códice de Tolosa*, que es una copia del *Florentino*. Tan sólo Lord Kingsborough, al publicar la *Historia General* en sus *Antiquities of Mexico*, incluyó el texto latino, pero con múltiples errores de transcripción, acompañándolo de una muy deficiente versión al inglés, 1848, vol. 5, p. 348.

² Siguiendo el texto castellano del *Códice florentino*, publicado en edición facsimilar por el Gobierno Mexicano, 1979, apareció una lujosa edición de 500 ejemplares, preparada por Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, en 2 volúmenes, México, 1982.

Reproduciendo el texto de la anterior edición se han hecho otras dos en Madrid, 1988 y México, 1989.

Edición distinta, también con el texto del *Florentino*, se debe a Juan Carlos Temprano, 2 volúmenes, Madrid, 1990. Aunque en todas estas ediciones se reproduce el texto latino, no se hace traducción ni comentario alguno de él.

Lo mismo debe decirse de la edición del texto náhuatl del *Florentino*, con versión al inglés debida a J. O. Arthur Anderson y Charles E. Dibble, Book VI, University of Utah Press, Salt Lake City, 1969.

Sólo Howard F. Cline, que volvió a transcribir el texto latino, lo acompañó de una versión al inglés preparada por J. Benedict Warren, pero sin análisis o comentario de su contenido: "Missing and variant prologues and dedications in Sahagún *Historia General*...", *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional, México, 1971, v. 9, p. 246 y 251.

¹ La primera edición se debió a don Carlos Ma. Bustamante y apareció en 3 volúmenes, México, 1829-1830. Todas las posteriores hasta la que dispuso don Ángel Ma. Garibay, en 4 volúmenes, México, 1956, se derivan fundamental-

propio tiempo. Frente a tales juicios adversos, recobra su pleno sentido la que he llamado apreciación lapidaria que hizo él de su obra.

Las críticas a la obra de Sahagún

De los juicios adversos recordaré algunos, contrarios entre sí, expresados en vida de Sahagún. Uno lo consignó él mismo precisamente en el prólogo al libro VI de su *Historia*:

En este libro se verá muy claro que lo que algunos émulos han afirmado que todo lo escrito en estos libros, antes deste y después deste, son ficciones y mentiras, hablan como apasionados y mentirosos...³

Y para mejor refutar tal juicio adverso, añade el mismo Sahagún:

Porque lo que en este libro está escrito no cabe en entendimiento de hombre humano fingirlo ni hombre viviente pudiera fingir el lenguaje que en él está. Y todos los indios entendidos, si fueren preguntados, afirmarían que este lenguaje es el propio de sus antepasados y obras que ellos hacían.⁴

La objeción de esos “émulos”, es decir envidiosos, la refuta fray Bernardino notando que el lenguaje de los textos en náhuatl, en particular los *huehuehlahtolli*, testimonio de “la

³ Sahagún, *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, edición de J García Quintana y A. López Austin, 2 v., México, 1988, v. I, pp. 305-306.

⁴ *Loc. cit.*

antigua palabra”, no podría ser fingido es decir imitado por otros que no fueran los indígenas mismos. Y añade que cualquiera de ellos, preguntado al respecto, corroboraría que ese era el lenguaje que sus mismos antepasados empleaban. Hoy podemos añadir que otra fuente independiente, la de los *huehuehlahtolli* que recogió fray Andrés de Olmos, refuerza, por su extraordinaria semejanza, lo dicho por Sahagún. Y todavía más, en la actualidad perduran vivas en numerosas comunidades nahuas, ejemplos muy parecidos a la expresión de esos *huehuehlahtolli*.⁵

Acusación contraria fue la que recayó sobre Sahagún en 1577, debido a que otros “émulos”, también frailes, habían escrito a Felipe II manifestándole que los textos recogidos por Sahagún constituían una compilación muy copiosa de todos los ritos y ceremonias e idolatrias que los indios usaban en su infidelidad, la cual podría contribuir a la perpetuación de las mismas. Como podría esperarse, la reacción del soberano fue ordenar al virrey recogiera de Sahagún todos esos manuscritos, añadiendo que “los enviéis a buen recaudo a nuestro Consejo de las Indias...”⁶

⁵ Véase la reciente reproducción facsimilar, con traducción completa al español, de *Huehuehlahtolli, Testimonios de la antigua palabra*, edición de M. León-Portilla y versión de Librado Silva Galeana, México, Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos, 1988. Compárense también los ejemplares de “huehuehlahtolli”, transcritos en las últimas décadas: M. León-Portilla, “Yancui Tlahtolli”: la Nueva Palabra, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 18, México, Universidad Nacional, 1986, pp. 143-169.

⁶ “Real cédula de Felipe II, de 22 de abril, 1577” en *Nueva Colección de Documentos para la Historia de México, Códice Florentino*, siglo XVI, Edición Chávez Hayhoe, México, 1941, pp. 249-250.



Según puede verse, en tanto que unos acusaban a fray Bernardino de haber "fingido" sus testimonios, otros lo culpaban de preservar las antiguas creencias, ritos e idolatrías.

Resulta curioso añadir que en la actualidad la obra de Sahagún de nuevo ha sido puesta en tela de juicio. Desde luego que no se le acusa ya de preservar creencias idolátricas sino de haber transcrito textos contaminados por influencias europeo-cristianas.⁷ Por mi parte he respondido en otro trabajo a tales objeciones.⁸ Aquí me limito a recordar que el mismo fraile conoció en vida objeciones parecidas y contestó a ellas, como lo hemos visto, en el prólogo al libro VI de su *Historia*.

El breve texto latino

A la luz de las opiniones adversas, adquiere especial interés el breve texto latino que ninguno de los editores de la *Historia* ha traducido ni menos comentado.⁹ En nota lo transcribo en la lengua en que lo redactó Sahagún y aquí ofrezco la traducción que de él he hecho:

Al integérrimo padre Rodrigo de Sequera, Comisario General de todas las tierras del Orbe occidental, excepto sólo Perú, el hermano Bernardino de Sahagún desea una y otra felicidad.

Tienes aquí, observantisimo padre, una obra digna de la mirada de un rey, la cual se dispuso en lucha acérrima y prolongada. De la cual obra este es el libro sexto. Hay otros seis después de éste, los cuales todos completan una docena, distribuidos en cuatro volúmenes. Este sexto, el mayor de todos, tanto por su extensión como por lo que expresa, se regocija en gran fiesta al haber encontrado en ti tan generoso padre para él mismo y para sus hermanos, de suerte que sin dudarle en modo alguno, ha llegado él con sus hermanos a la felicidad máxima. Consérvate bien. Y que, en todas partes, la vida te sea próspera, con ardor lo deseo.⁹

⁷ Jorge Klor de Alva ofrece una síntesis de los principales argumentos críticos en relación con la obra de Sahagún en: "Sahagún and the Birth of Modern Ethnography. Representing, Confessing, and Inscribing the Native Other", en *The Work of Sahagún, Pioneer Ethnographer of Sixteenth-Century Aztec Mexico*, New York, the University at Albany, State University, 1988, pp. 46-47.

⁸ M. León-Portilla, "Have we really translated the Mesoamerican Ancient Word?", en prensa, en edición dispuesta por Brian Swann, de próxima publicación por la Smithsonian Institution, Washington, D. C.

⁹ Este es el "breve texto" en su original latino:

Integerrimo Patri Fratri Roderico de Sequera, generali commissario omnium Occidentalis Orbis Terrarum, uno dempto Peru, Frater Bernardinus de Sahagun utramque felicitatem optat.

Habes hic admodum obseruande paster, opus regio cons pectum dignum: quod quidem acerrimo, ac diutino marte comparatum est: cuius sextus liber hic est: sunt et alii sex post hunc: qui omnes duodenarium numerum complent in quatuor volumina congesti. Hic sextus, omnium maior, cum corpore tum vi: grande tripudium iubilat: te sibi ac fratribus suis, tantum inuenisse patrem: vt pote nullatenus dubitans, tuis auspiciis ad summam felicitatem vna cum fratribus peruenisse. Vale, et ubique prosperrime agas, vehementer affecto.

Conviene destacar las principales afirmaciones que, hacia 1578, hizo Sahagún en este texto incluido, como ya se dijo, al principio del libro VI de su *Historia* en el *Códice florentino*. Ornamentado con guirnaldas al modo renacentista, el texto es en realidad una dedicatoria al padre Rodrigo de Sequera, Comisionado General de la orden franciscana para el Nuevo Mundo, con excepción del Perú.

De ello se desprende algo que, increíblemente, por no haber tomado en cuenta este texto, varios estudiosos de la obra saha-guntina han puesto en duda, a saber que el hoy llamado *Códice florentino* fue el que fray Bernardino entregó a Sequera. La dedicatoria es tan clara que pone término a la duda.

Conviene valorar ahora lo que he llamado "juicio lapidario" que expresa fray Bernardino acerca de su obra. Cinco afirmaciones hace al respecto:

1a. Juzga que los textos que ha reunido son de tanta importancia que afirma que su obra "es digna de la mirada de un rey". Contra todo lo que los émulos o envidiosos han manifestado, reitera así la validez de su trabajo.

2a. Como en síntesis, manifiesta lo que, por otros testimonios ya conocíamos, es decir que su obra requirió mucho y largo esfuerzo, "la cual se dispuso en lucha acérrima y prolongada". Las contradicciones de que fue objeto, el secuestro y dispersión de sus papeles -de los que sabiamente conservó copias- lo corroboran.

3a. Nota fray Bernardino que su obra, distribuida en doce libros, la entregó dispuesta en cuatro volúmenes. Hoy sabemos que posteriormente el llamado *Códice florentino* fue reencuadernado en tres volúmenes.

4a. Afirma él con gran énfasis que el libro sexto, el que contiene los *huehuetlahtolli* o testimonios de la antigua palabra, es el mayor, tanto por su extensión como por su fuerza o expresión. Esto es del todo cierto ya que tales testimonios, según ha sido notado, son muestra genuina, que resiste cualquier crítica, de la antigua tradición indígena.

5a. Finalmente, declara nuestro fraile que es Rodrigo de Sequera padre de tal libro y de "todos sus hermanos", los otros libros que así, gracias a dicho protector, han llegado a la felicidad máxima. Ésta consistió en ver reunidos los testimonios en náhuatl con su versión al castellano.

Cierto es que el dicho manuscrito, "obra concluida", no lo fue del todo. Faltó, según la idea original de Sahagún, "la tercera columna" en que se declararan o explicaran los vocablos nahuas que, a su juicio, lo requerían. De ese proyecto más ambicioso sólo quedan algunos folios en el *Códice matritense*. Sin embargo, lo alcanzado gracias a Sequera, bien pudo tenerlo Sahagún como obra en sí misma lograda. De ello se desprende precisamente el valor del que he calificado de juicio suyo, lapidario, acerca de su *Historia*.

Hoy, a algo más de cuatro siglos de que expresó él dicho juicio, podemos decir que tuvo plena razón al hacerlo. Su obra es eso: trabajo realizado en medio de lucha acérrima y prolongada pero en fin de cuentas valiosísimo acopio de testimonios indígenas, obra, en suma, digna no ya sólo de la mirada de un rey, sino del estudio de cuantos quieran conocer a fondo el legado espiritual de los antiguos pueblos nahuas del altiplano central de México. ◇

Homenajes a la realidad

Entrevista a Huberto Batis*

1.

He trabajado en muchas casas editoriales. Estuve en el Fondo de Cultura Económica cuando el golpe a Orfila (todavía en el régimen de Díaz Ordaz). Arturo Azuela —hijo de don Salvador, quien fue nombrado director del Fondo— nos invitó a Raymundo Ramos y a mí para colaborar con su padre. Permanecimos hasta que fue posible. Don Salvador era satanizado por haber sustituido a Orfila luego del golpe. Llegó el momento en que el nuevo director tenía una paranoia tal que veía enemigos por todas partes. Empezó a desconfiar de Raymundo, de mí y hasta de su propio hijo. Trabajamos luego con el periodista Alfredo Kawache Ramia en una revista llamada *La Capital*; se hacía para decirle a la gente que México era ya una gran ciudad, tan grande que podía tener su propio Metro. Dirigimos la revista, primero Rosario Castellanos, luego Alí Chumacero, Raymundo Ramos y después yo. Era una especie de *New Yorker*, muy pedante, muy snob. La patrocinaban Corona del Rosal, regente de la ciudad, y Ortiz Mena, de la Secretaría de Hacienda. Colaboraban conmigo Jorge Ayala Blanco y Beatriz Espejo; hacíamos crónicas de la ciudad, crítica de cine, teatro, libros, y casi nada de política. Tiempo después me ofrecieron los *Cuadernos de poesía* de la UNAM. En

esta época García Ponce también heredó la colección *Poesía y ensayo*. En la Universidad nunca antes hubo atención por la literatura. Con Bonifaz Nuño y González Casanova, cuando teníamos la Imprenta, publicamos textos de autores reconocidos: Monterroso, Lizalde, Paz, Arturo Souto, etcétera. Yo empecé a hacer los *Cuadernos* pensando en los jóvenes, en los nuevos poetas que comenzaban a publicar en aquel momento; y siempre he visto con agrado que los jóvenes publiquen junto a los viejos —esto lo supo Reyes y lo ha propiciado con entusiasmo Fernando Benítez. El primero de los *Cuadernos de poesía* fue de Eduardo Lizalde, el segundo de Verónica Volkow, el tercero de Alberto Blanco. Deliberadamente no numeré los *Cuadernos*: no tienen ni título en el lomo pues según los criterios editoriales ya no serían “cuadernos” sino libros; de hecho, debían haber llevado grapa. Se han de haber editado más de treinta títulos. Traté de mantener cierto nivel de calidad, e incluso rechacé algunos textos: hoy lo lamento. *Cuadernos de poesía* fue la respuesta a un fenómeno que ocurrió en ese momento en que proliferaron nuevos poetas. Ahora no ocurre lo mismo. Quizá hay épocas. En los años sesenta abundaron los narradores (Fuentes, García Ponce, Galindo), novelistas y cuentistas notables; en los setenta, los poetas. Quién sabe cuándo habrá una proliferación de dramaturgos. Uno de los criterios de los *Cuadernos* fue eliminar toda información: solapas, prólogos, notas. La idea era que el

texto se presentara a sí mismo independientemente del autor y sus relaciones socio-literarias. Hay cuatro o cinco poetas extranjeros de muy alta calidad; publicamos por ejemplo a un poeta brasileño, Lêdo Ivo, a Elytis y Eugenio de Andrade (uno griego, el otro portugués). En general traté de ser muy abierto en la selección de títulos y autores, en vista de que hay editoriales que funcionan como grupos cerrados y se promueven y publican sólo entre sus integrantes. Eso traté de evitarlo. He llevado mi vida entre los oficios de profesor y editor. Es agradable ver que ambas labores permiten que otros se desarrollen. En ese sentido un editor es también un maestro, hace lo posible para que otros publiquen. Es una tarea humilde, sacrificada; yo a veces reniego, de pronto me veo harto de trabajar para difundir obras ajenas. Creo que tengo derecho: después de toda una vida de estar enseñando y difundiendo, llego a pensar que no tiene el menor sentido, que sería mil veces preferible estar retirado, gozando de mis cosas, dedicado más a mí que a los demás. Tengo el sueño del retiro, de construirme un refugio. Creo que he abusado de mi tiempo, porque también para dar se necesita recibir, almacenar, tener reservas. Y nada de ello lo permite el ser un esclavo de la galera —por ello se ha llamado siempre “galera”: uno es el que rema y da impulso a la nave, allá arriba va el capitán llevando el timón con rumbo a quién sabe dónde. Y, ciegame, uno no sabe ni para qué se aplica su fuerza de trabajo ni a quién le beneficia.

* Para dar mayor fluidez al texto se han suprimido las preguntas.

2.

Fuera de ese tipo de farsantes que dicen escribir para la posteridad o para hacer su "obra de arte", hay escritores como Juan García Ponce que asumen la literatura como una serie de homenajes a la realidad. Alguna vez Juan me ha llamado por teléfono para preguntarme de qué color era tal cosa, en qué día sucedió tal incidente, si era martes o jueves... Para él es muy importante decir: "Y aquel martes..."; si escribe "miércoles" siente que lo que está diciendo es falso. Y algunas personas se asombran cuando Juan ha logrado reconstruir con minuciosidad escenas que él no presencié. Entonces nos explica: "Les he ido preguntando a los participantes y he reconstruido mentalmente todo un cuarto, por ejemplo, dónde está la ventana, la cama, de qué color es la colcha, y si me falta algún dato lo consulto y ustedes, los que estuvieron ahí, ni se enteraron". Yo le pregunto: "¿Qué objeto tiene?" y dice: "Es el único sentido".

Es como hacer algo perdurable de lo que se fue. En mi generación es continua esa sensación de lo evanescente; creo que el tiempo no nos perdona. No sé si ello se debe a sus estados peculiares de salud o de vida muy aislada. Finalmente son escritores mórbidos, y de alguna manera también anormales en relación a muchos temas socialmente despreciados.

Cuando escribí *Estética de lo obsceno* lo que me molestaba de este último término es el uso que se le da. Pocas frases me irritaban tanto como "Esto no es obsceno porque es arte". Y yo digo: "Perdóñenme, si es obsceno y es arte, son dos valores no excluyentes entre sí". Es una coartada totalmente absurda. Siempre que yo decía de algo: "Pues sí, es obsceno", me respondían: "Sí, claro, pero es artístico". No "pero": es obsceno y además artístico. Me interesa concretamente el arte obsceno, y también puedo decir que me interesa la obscenidad *per se*, aunque no tenga valores artísticos. Pero que no se



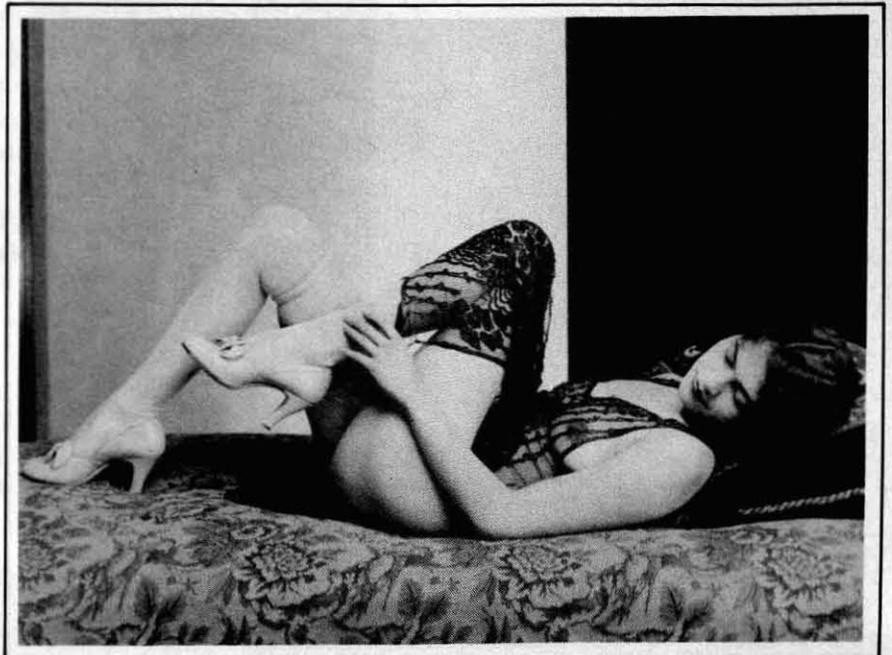
confundan ni se contrapongan los dos términos, ni que sea el arte coartada de algo, justificación de algo, pretexto moral.

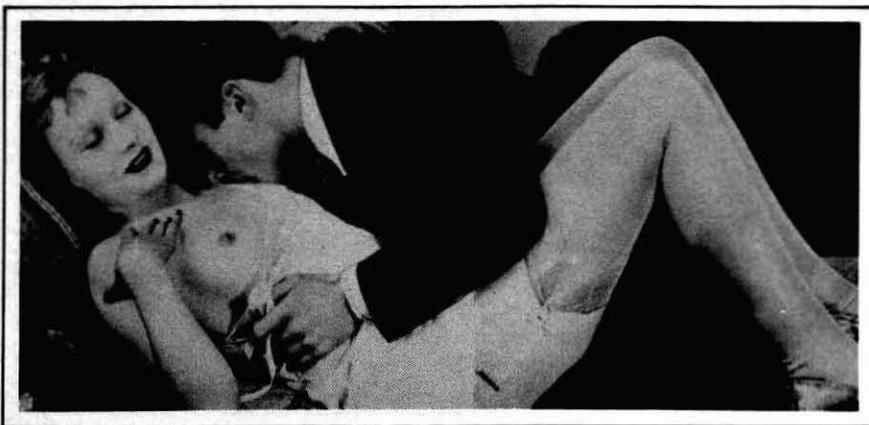
De momento, mi interés al publicar *Estética de lo obsceno* era oponerme a la mojigatería del gobierno que por aquel entonces había lanzado un decreto contra la obscenidad. Siempre me han interesado el arte y la literatura eróticos, y probablemente *Estética de lo obsceno* fue una liberación personal. Siento a mi alrededor una sociedad muy reprimida, que se enquista, que se enmascara de mil maneras.

Me interesa una literatura que esté ligada a la vida, que tenga que ver con tu vida. También hay quienes viven para la literatura; a ellos los envidio enormemente, viven encerrados en sus casas consagrándose a la literatura del

siglo XVI, por ejemplo, con enorme erudición y saber; están leyendo a Proust día y noche, acumulando notas, y todo les sucede en su interioridad mientras en su vida real no hay eco de esos estudios. Lo vi mucho en mi padre, que era un solitario: no tenía amigos, no veía a nadie, estaba enclaustrado en su casa con libros y música. Su mujer y sus hijos eran muy molestos para él porque le impedían dedicarse por más tiempo a sus asuntos.

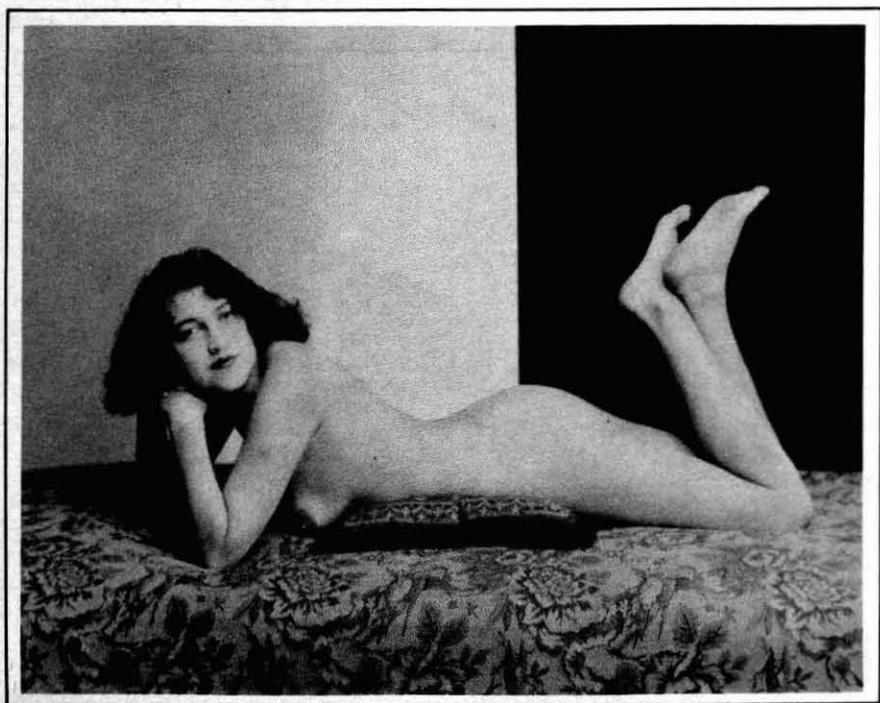
En casa, mi padre todas las tardes oía ópera. Tocaba violín y piano, leía, escribía: todo en absoluta soledad. Uno pudo haber pensado: "Le está tocando esa música a alguien", o "Va a escribir esto para..." Y no: era un asunto privado, sin interlocutores. Creo que él sabía más que nadie de ópera, y no para escribir artículos ni





libros, sólo para disfrutarla. Mi padre era mayor que yo por treinta años exactos, igual que sucedía entre él y su padre. Cada cumpleaños suyo nos reuníamos. En una de estas ocasiones, poco antes de morir, me preguntó: "¿Cuántos años tienes?" "¿Cincuenta." "Te ha de parecer que estamos muy lejos. No lo creas. A mí, treinta años se me fueron como agua." Eso me dijo. Y uno lo siente: el tiempo que se va. Mis amigos me dicen: "Oye, qué te pasa. Tienes cincuenta años y estás hablando como un anciano". Sin embargo, son cosas que deben pensarse seriamente; acaso ya sea tiempo de retirarse. La juventud es inocente. Es como la salud. A mi edad no sé -ni siquiera por referencia- qué es la salud, y soy el ser más saludable de mi generación.

Jamás he ido a un médico ni a un hospital. Pero ya siento los años, llega un momento en que algo comienza a pasar: insomnio, indigestiones... En la Universidad se enseña literatura para criticarla, para estudiarla o para hacerla, pero no para disfrutarla. No obstante, he encontrado a ciertos alumnos que tienen la vocación y la voluntad del disfrute, y estudian para aumentar su capacidad de goce. Esto es una maravilla, pero al que manifiesta tal capacidad se le trata de sibarita, delincuente social, hedonista. Esta última palabra ya está condenada socialmente: equivale a fuga, a no hacer nada por los demás en una crítica situación como la actual. Tengo más de treinta años de dar clases y ya estoy muy cansado, sobre todo porque no hay referentes. No



puedo decir ya nada porque los muchachos no lo entienden. Si digo Baudelaire no saben quién es. No lo han leído pero quieren aparentar que lo conocen porque han oído el nombre que flota en el aire: "Ah, claro". O menciono el nombre de un perfume, y los perfumes son infinitos y todos distintos, pero ellos dicen: "Ah, un perfume, ya entiendo, es algo que huele". Todo se traduce a un referente así, sin matices.

Cuando mis alumnos leen que San Juan de la Cruz afirma que su alma camina "entre abrojos y entre espinas", ellos traducen que tiene dificultades. Yo les pregunté: "¿Qué son abrojos?" Consultan el diccionario y responden: "Espinass, ¿no le digo?: son dificultades". Que no traduzcan tan burdamente. San Juan dice "abrojos y espinas". Pido a mis alumnos que antes de juzgar tan a la ligera sientan primero con los pies descalzos las espinas que se encajan y duelen y sacan sangre.

Conozco muy poca gente en México que sepa el nombre de las plantas, o el de los árboles más elementales. La mayoría sólo dice: árbol, hoja, flor. Cada vez es más raro ver a alguien que riega sus jardines y les habla a las plantas, eso se deja a los viejos. Por eso fue tan bella la época de *Poesía en voz alta*, porque uno iba por los jardines de la Universidad y se encontraba de pronto con Arreola o Paz y sus amigos haciendo poesía coral, obras de teatro repentinas, cosas inauditas. Fue un tiempo de efervescencia maravillosa. Ahora mucho de eso se ha perdido: los sabores, las texturas, el gusto por la conversación... Extraño aquello que ha desaparecido. La gente ahora se recluye en su casa, en su cuarto, en su barrio, en su asunto, y cada vez nos buscamos menos, el diálogo se acabó igual que los encuentros en las calles, ya nadie busca a alguien por el puro gusto de conversar. Ya no hay ebullición, ni gusto por lo inaudito, ni movimientos tan vivos como el de *Poesía en voz alta*. Quizá me ha tocado ver algunos fenómenos privilegiados. Quizá estamos asintiendo al final de toda una época. ◇

El Porfirismo

Historia de un régimen*

(El descenso)

El amanecer del siglo XX presentó a don Porfirio Díaz eguiando el carro de la victoria de su régimen personal de gobierno, dando la idea de ser el automedonte mexicano; y dentro de ese cuadro no parecía tener antecesor y menos sucesor en la república de México. Tal era su grandeza; tal su omnisciencia, puesto que cada uno de sus pasos, sus amigos y allegados, advertían que Díaz poseía el conocimiento de todas las cosas reales y posibles.

A los titubeos, en la primavera de 1899, durante los cuales, la élite política del porfirismo creyó ver en las oscuridades del Presidente, la indecisión de éste sobre la hora de cumplir con lo que el propio don Porfirio ofreció y llamó "una evolución política" del país, conforme a la cual no aceptaría una nueva reelección, y designaría a don José Yves Limantour como sucesor; a tales titubeos, repetimos, se siguió el arrepentimiento de abandonar el Poder, lo cual hizo suponer a las personas que estuvieron enteradas del proyecto de "evolución política", que don Porfirio Díaz nunca había tenido el propósito de dejar la presidencia de la república, engañando al señor Limantour y a los caudillos del partido Científico.

Para la quinta reelección del general Díaz se quiso actuar dentro de un teatro original y, al efecto, el Círculo de amigos de Díaz, convertido en Junta Directiva de la convención nacional, hizo un llamado a los ciudadanos mexicanos para que expresaran sus deseos de que don Porfirio se reeligiese, por medio de un plebiscito, que se efectuaría el 1° de enero de 1900. Sin embargo, el proyectado democrático proceder quedó por tierra cuando el Círculo Nacional Porfirista, con prestancia seductora para el gremio oficial, expidió un manifiesto, el 13 de enero, pronunciándose en favor de la reelección de don Porfirio y con lo mismo haciendo infructuosa la consulta popular de la Junta.

La proclamación reeleccionista quedó rubricada en una convención, que integrada por delegados de los gobernadores de estado, ratificó por unanimidad, como de antemano se sabía, la continuación de don Porfirio en la presidencia de la república. Tanto la reunión convencional, como en junio siguiente, el acto electoral fueron piezas de la maquinaria oficial que dirigía y administraba el señor Díaz, por lo cual hacía

posible decir, con la inscripción hebraica, que sin éste, nadie levantaba mano ni pie.

Con procesiones por las calles de la capital, en las que participaron la gente de dinero y los empleados públicos; con cohertería en los barrios populares de la que hacían goce los muchachos y con los besamanos en el palacio nacional, fue festejada la reelección porfirista, mientras el mundo no oficial guardaba un silencio sospechoso. La algarabía, aun dentro del gremio porfirista, tuvo mucho de superficial.

Para la élite política don Porfirio merecía respeto, no tanto por sus atributos de mando, cuanto por la firme creencia de que no había mexicano con la capacidad necesaria para llevar las riendas del Gobierno nacional; idea de la que participaba, con justo gozo, el Caudillo; pues si es cierto que hacia las postrimerías del siglo XIX indicó al Secretario de Hacienda José Yves Limantour que no aceptaría la reelección en 1900, y que había pensado en él, en Limantour, para que le sucediese en el Poder, hizo motivo de esta confianza a los más allegados al Ministerio de Hacienda, entre quienes estaban Roberto Núñez y Rosendo Pineda. Comisionó a este último para que redactara un manifiesto anunciando su renuncia a la reelección y dijo tener un plan, conforme al cual llamaría uno a uno a los principales gobernadores para "hablar con ellos, comprometerlos, acercarlos a Pepe (Limantour) para que él también les diese seguridad", pues tales gobernadores formaban "el cuadro político" del régimen porfirista, "y por eso", agregó don Porfirio, "quiero proceder de acuerdo con ellos" y si se resistieran sería "por temor de perder sus puestos", porque nadie querría "ir a la carta que no viene".

Esto último no lo había hecho el presidente Díaz, debido a la ausencia del país de "Pepe", quien, en efecto, se hallaba en Europa, trabajando en la conversión de la deuda de México, de manera que los tres empréstitos de la última década del siglo XIX quedasen reducidos a uno solo, con un interés de cuatro por ciento. De esta suerte, y estando "Pepe" en el extranjero no hubo oportunidad para llamar y conquistar a los gobernadores. Por tal razón se le ocurrió a don Porfirio "otro plan", consistente en que fuese lanzada la candidatura presidencial de Limantour junto con la de él, don Porfirio, y aunque a la hora del cómputo electoral los votos que favorecieran a la reelección de Díaz fuesen más que los otorgados a Limantour, éste quedaría ya en el escaparate de la presidencialidad.

* Manuscrito inédito. El texto que se reproduce parcialmente, aparece sin notas.

Todo eso dicho por don Porfirio y transcrito por Pineda a Limantour, en uno de los documentos más trascendentales de los días del porfirismo, lo refutó el mismo Rosendo. ¿Para qué dar tantas vueltas al negocio político, cuando lo más viable era ir derecho a la reelección, que constituía el deseo de los mexicanos?

Con las palabras de Pineda, el pensamiento de don Porfirio dejó de aletear. Si tal quería el pueblo, sería necesario marchar a la reelección, entendiendo el Presidente que la conversación con don Rosendo efectuada en Chapultepec, el sábado 23 de septiembre, sería transmitida a Limantour, puesto que el "papel" que Pineda desempeñaba cerca de los dos personajes al hacerle "confidencia de sus proyectos reales o supuestos", era "el de hilo conductor fidelísimo de las impresiones y pensamientos del uno para el otro".

Tras de aquella conversación, Pineda terminó la última de las veinte carillas escritas a Limantour con estas palabras:

"Pero bien, ¿el Pte. ha pensado ingenua y seriamente en dejar el Poder, pa. preparar o consolidar el provenir, como decía él mismo? O adrede preparó una farsa indigna por innecesaria e inútil, temeroso de que U. creciese demasiado en el espíritu público? Muchos creen esto último..... Yo me resisto todavía a creerlo; pero debo confesar que en apoyo de la primera pregunta no hay más que los arranques de lirismo patriótico que el Pte. ha tenido con Ud., con Roberto (Núñez) y conmigo, es decir, palabras, palabras, ni un hecho solo..... Iremos, pues, a la reelección, y quiera Dios que sea pa. bien del País y del Caudillo mismo."

La determinación tomada por don Porfirio durante el diálogo con don Rosendo Pineda, ya estaba clavada en el alma del Presidente desde antes; pues enseguida de la marcha de Limantour a Europa, en el mes de junio, pidió a su ministro de Justicia, don Joaquín Baranda, que diera un dictamen acerca de la constitucionalidad de don José Yves Limantour, para ser presidente de la república, ya que éste era hijo de franceses; y Baranda tras un extenso informe, llegó a la conclusión de que don José Yves, no podía ser presidente debido a que no era mexicano por nacimiento, lo que hizo considerar a don Porfirio, que en el caso de ceder el Poder al Secretario de Hacienda, exponía al país a graves peligros.

Baranda, aspirante a la presidenciabilidad y quien bien conocía los verdaderos designios de Díaz, empezó a divulgar la idea, ya por rivalidad política con don José Yves, ya por las envidias que despertaban los favores que don Porfirio prodigaba a Limantour, empezó a divulgar la idea, se repite, de "que nadie podría ser Presidente, mientras viviera el General; que nosotros, los científicos (escribió Pineda) éramos unos... imbéciles que estábamos creyendo que el Presidente era capaz de abandonar el Poder..... que sólo un niño podía creer eso, y no creía él, Baranda, que fuéramos tan candorosos; que lo más que podía advertir era que el Presidente jugaba con nosotros".

Las palabras de Baranda, dichas con señalado énfasis daban a entender que el Presidente le había hecho alguna confidencia; pero dejando lo último entre los supuestos históricos, lo cierto es que a partir de esos días, la vieja competición política entre Limantour y Baranda, se convirtió en feroz enemistad,

no obstante que aquél sabía que don Porfirio jamás dejaría el Poder a su Ministro de Justicia, quien si ciertamente era Consejero del Presidente y autor de los informes presidenciales al Congreso, Díaz lo tenía como persona conflictiva debido al carácter impetuoso que manifestaba en sus acciones.

Aparentemente convencido por el dictamen del Ministro de Justicia sobre la inconstitucionalidad de Limantour para ser Presidente de la República, don Porfirio sólo pensó, como había sido siempre su deseo, en su reelección; pero ¿cómo deshacer las confidencias hechas a don José Yves y de paso al General Bernardo Reyes? Limantour, viendo correr los meses, después de su encuentro con Reyes, del que hemos hablado en tomo anterior y de los secretes con Díaz, empezó a sentir el temblor de la duda bajo sus pies, y tratando de entrever la realidad ambiciosa de don Porfirio, escribió a éste desde el balneario europeo de Carlsbad, diciéndole la conveniencia de que desde luego aceptara una nueva reelección, pues que la confianza de los banqueros de Europa y Estados Unidos para hacer la conversión de la deuda de México, estaba en la permanencia del General Díaz en el Poder.

Hecha la apertura reeleccionista por Limantour y diciendo tener la certeza de que no había un mexicano capaz de sucederle en la Presidencia, pues muertos estaban don Manuel González, don Manuel Romero Rubio, don Ramón Corona y otros caudillos de la guerra de Intervención, y deshilvanadas las presidenciabilidades del General Francisco Z. Mena y del licenciado Joaquín Baranda, aquél por su carácter jacarandoso; éste por lo agrio de su temperamento, don Porfirio se sintió una vez más iluminado por la suerte y por la firme seguridad de ser el único que podía mantener la paz en la



República, haciendo omisión de los sistemas para lograrla.

Después de paladear el Poder por veinte años, no era fácil que el General Díaz lo abandonara. Muy grato debió ser para él seguir atado a los brazos de *doña Leonor*, como el propio don Porfirio llamaba a la silla presidencial. El culto a su persona hecho por la élite política, no le permitía advertir la causa de la modorra de sus conciudadanos, ni lo inmerso de las multitudes, ni la discriminación que sufría el mundo rural, todo lo cual hizo que los mexicanos viesan con desdén el reeleccionismo.

Tampoco le mortificaron las palabras de don Justo Sierra: "... la reelección significa hoy la presidencia vitalicia, es decir, la monarquía efectiva con un disfraz republicano...."

La carta de Sierra no desazonó al Presidente, porque con excesiva complacencia, la contestó así, bien sabiendo que no era tal su verdadero pensamiento, ya expuesto en su conversación con don Rosendo Pineda: "Esa opinión (antireeleccionista) es igual a la mía que manifesté de hecho en el año de 1880".

Y para mayor probación de que era contrario a continuar en el Poder, no sólo por principio, antes también debido a su edad, cuando una procesión de industriales, banqueros, comerciantes y propietarios terminó su recorrido por las calles de la Ciudad de México, y se instaló en el Patio de Honor del Palacio Nacional, el General Díaz, dirigiéndose a quienes le proclamaban candidato presidencial por quinta vez, dijo: "Al comenzar el nuevo período presidencial, tendré setenta años, y al terminarlo, setenta y cuatro..... No creo que un hombre entre los setenta y uno a los setenta y cuatro, sea el hombre, el jefe a propósito para conducir a un pueblo". Sin embargo,

las presiones de sus admiradores le hacían aceptar su reelección.

La presión más vigorosa provenía de los acaudalados españoles: industriales, comerciantes, hacendados, propietarios y mineros, dueños de un alto porcentaje de la limitada riqueza nacional. Los que acaudillaban Íñigo Noriega y Telésforo García. El primero, rico y poderoso terrateniente; el segundo, periodista con aficiones literarias, hombre de posibilidades económicas y capitán de un partido político, impopular por ser extranjero "y por español y además deconceptuado".

Al llegar, pues, el enero de 1900, todo dentro del campo político era risueño a don Porfirio. No podía decirse que nacionalmente fuese popular. La estimación en el concepto público estaba constreñida a los políticos militantes, que formaba en distintos y pequeños grupos; a los empleados del Gobierno; a los extranjeros, ahora dependiendo de ultramarinos, ahora adinerados; a la mayoría de la clase sacerdotal y al artesanado de la ciudad de México. Aplaudíasele como "reorganizador de la República", por haber engrandecido el Estado y "desarrollado una Nación".

"Don Porfirio no era de estatura muy elevada (tendría a lo más un metro ochenta) pero su continente era tan desenvuelto y su aire tan marcial.... que parecía más alto de lo que era en realidad. Algo había en su paso que le era peculiar... Hablaba reposadamente, con voz ronca y acompasada, sin accionar ni mover las manos, mirando fijamente al interlocutor y sin aire imperativo." He aquí un retrato del General Díaz en los días que estudiamos.

Hacia ese 1900, "todo marchaba bien en el país aparentemente; había paz casi completa; reinaba gran seguridad por dondequiera; iba en constante aumento la extensión de las líneas ferrocarrileras y telegráficas; surgían a cada paso las empresas; funcionaban activamente los bancos y ganaba crédito la nación a gran prisa en los mercados extranjeros".

Sin embargo, el Presidente se sentía solo. Sus Ministros envejecían; sus gobernadores, aunque en el cuadro de la lealtad, vivían en un nivel abajo del Ejecutivo. Además tenía la certeza de haber herido, debido a la retractación hecha de la "evolución científica", a don José Yves Limantour; también al General Bernardo Reyes, como consecuencia del cambio de planes políticos. Bien sabía don Porfirio que un Jefe de Estado, por muy grande que sea su poder, requiere la cercanía de dos brazos fuertes; pero a condición de que tales correspondieran a otra generación que no fuese la suya —a una nueva generación porfirista. Por algo al presidenciado del General Díaz se le llamaba específicamente *régimen porfirista*. Don Porfirio quería olvidar y apartarse de todo lo decimononesco. Nada que fuese de su época para que no rivalizara con él. No era un reformador, sino un conservador de su autoridad. Buscaba la supremacía de su personalidad. Huía de las sombras vivas; glorificaba la proyección oscura de los difuntos. Con éstos sólo hacía un campo ornamental en cuyo centro aparecía él a manera de alma única y poderosa. Vengábase así y sin peligro alguno de sus enemigos políticos: de Benito Juárez, de Sebastián Lerdo de Tejada, de Manuel González, de Ramón Corona; y era que la competición y odio entre los grandes de una época, no se finiquita con facilidad. ◇



Ramón Xirau

Filosofía: una disciplina frustrada

Existe en España una clara tendencia a "recuperar" el exilio. Ciertamente, algunos filósofos españoles desterrados en 1939, han publicado ya en España desde hace bastantes años; tal el caso de José Ferrater Mora. Tal el caso, de ediciones de obras de García Bacca. Recuperación: desde hace dos años existe en Barcelona el "Premio Joaquín Xirau de Ensayo"; la Universidad del país Vasco ha publicado en abundancia obras de Eugenio Ímaz; Eduardo Nicol y Sánchez Vázquez han recibido honores en sus respectivas ciudades natales; hace dos años se estableció la "Fundación María Zambrano", cuyo primer Congreso se celebró, con éxito, en Vélez-Málaga. En otros casos, así en el de Gallegos Rocafull, el olvido es generalizado. Algo parecido sucede con José Gaos. La antología que ahora comento viene así a cubrir la necesidad histórica y a tratar de recordar a un filósofo cuyo olvido en España es inexplicable: la importancia de esta antología de Gaos que, por cierto, debería aparecer en ésta su tierra de México, donde, por decirlo con sus palabras, era un "transterrado", insiste en hacerlo nuevamente presente.

Alejandro Rossi escribe una "Nota editorial" y un texto breve que Rossi titula "Una imagen de José Gaos". Me referiré a los escritos elegidos por Rossi. Me interesa, primero, remitirme a lo que Rossi dice. En su "nota" escribe que su antología "intenta apenas una muestra de los diferentes temas que ocuparon la vida de José Gaos, como pensador". Me parece que el "apenas" sobra. Está tan bien hecho y construido este libro que da idea de toda la obra de Gaos. Puede verse en él una invitación a leer nuevamente a Gaos. En este sentido es útil. Quien lea lo aquí elegido tendrá una muy buena idea de nuestro "transterrado" filósofo.

Gaos, sin duda, publicó en México a un ritmo mucho más acelerado del que había sostenido en España. Rossi da dos razones

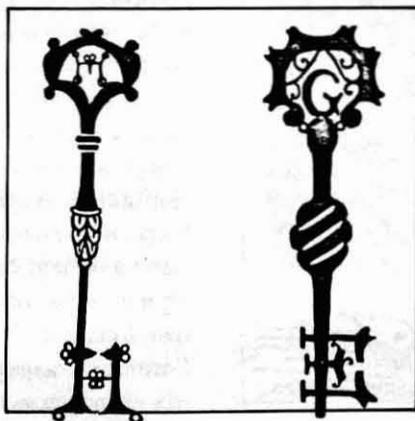
para explicar el hecho. En primer lugar hay que recordar que Gaos, en 1938, estaba "en la plenitud de la edad". Además escribía ausente a los "tutelajes". Ciertamente, en España, Gaos dependía muy a fondo de Ortega y Gasset. Habría que añadir acaso una tercera razón. Gaos, y en esto coincidía con Joaquín Xirau, con Ímaz, con el mismo Gallegos, había dedicado parte importante de su vida a la política cultural y, sobre todo, a la organización educativa en España. Al llegar a México Gaos y todos los demás tuvieron tiempo para dedicarse casi únicamente a lo suyo. También a las traducciones, que Gaos había iniciado en España (*Investigaciones lógicas* de Husserl en colaboración con su maestro Manuel García Morente). También en la "Noticia" inicial, Rossi recalca con razón, que dos fueron las líneas de trabajo de Gaos: la historia de las ideas y, su propia filosofía, la que llamaría "filosofía de la filosofía".

En la "imagen" que de Gaos ofrece Rossi, hay que ver un homenaje, también un elogio y una discusión. Gran profesor, Gaos practicó un tipo de filosofía que, dicho a grandes rasgos, remitía al método fenomenológico y al respeto al texto de clásicos y modernos. Rossi pertenece al "penúltimo" grupo de alumnos y discípulos de Gaos. El último fue el grupo que de 1966 a 1969, siguió sus seminarios en El Colegio de

México. Allí Gaos se había "refugiado" después de renunciar valientemente a su cátedra cuando cayó el rector Ignacio Chávez. El modo de filosofar de Gaos empezó a parecer "insostenible" a Rossi y otros estudiantes de su generación. Gaos respetaba a los clásicos. Tiene razón Rossi cuando dice que en el estudio de ellos predominaba la "hermenéutica"; no el análisis. Es probable, como lo sugiere Rossi, que esta actitud ante la filosofía y, en especial, ante la metafísica, responda al extremoso escepticismo de Gaos, quien veía en la filosofía, lo digo con Rossi, una "disciplina frustrada por excelencia". La filosofía, según Gaos, pretende ser ciencia pero solamente alcanza a ser "confesión personal". El filósofo se interesó por los nuevos caminos que traían consigo los jóvenes. Trató, a veces, incluso, de ponerse al corriente. La filosofía analítica no entraba en sus actitudes filosóficas. La conoció a medias y, me consta, con poco respeto. Afirma Rossi, y afirma bien: "... yo diría que los discípulos disidentes le llegaron demasiado tarde", y concluye el discípulo que discute con el maestro: "Gaos logró mostrar lo que en verdad es la actividad filosófica. No hubo entre nosotros quién lo hiciera mejor".

Los textos de Gaos están reunidos de la manera siguiente: una autobiografía intelectual sacada de las *Confesiones profesionales*, dos textos sobre Ortega y Gasset, otro titulado *El pensamiento hispanoamericano*, cuatro ensayos filosóficos, con tendencia a la descripción fenomenológica: *La caricia*, *Existencialismo* y *esencialismo*, *Discurso de filosofía*, *La negación*. No pretendo aquí detallar, ni mucho menos, estos escritos. Me limitaré a recordar algunos puntos cruciales.

Después de explicar su formación filosófica, con buen estilo y humor (maestros principales, García Morente, Zubiri, Ortega) Gaos nos remite a su interés no solamente por el vitalismo y la fenomenología, sino por Heidegger cuyo *El ser y el tiempo* Gaos tra-



duciría, por vez primera en cualquier lengua (México, 1951). Dilthey dio nombre a lo que sería el pensamiento de Gaos: el de "la filosofía de la filosofía".

Paso brevemente a los textos citados, en orden citado: Acerca de Ortega, Gaos muestra a la vez espíritu crítico y fidelidad. Ortega perdió lo que parecía haber sido su actitud hacia la política española, porque, en esencia, no fue un político o, más exactamente, porque su carácter no le permitía pensar como los políticos de su momento. Además Ortega no podía "estar en competencia con los políticos". Este ensayo, como el que le sigue, elogian al Ortega maestro, incluso al Ortega pensador político; no al Ortega político en acción.

Por lo que toca a Hispanoamérica, Gaos fue un iniciador y creador. Muchos fueron sus estudiantes, muchos sus discípulos. Por solamente citar a cinco de México recordaremos a Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro, Fernando Salmerón. Gaos en primer lugar y, con él, sus discípulos, trataron de desentrañar lo que era propiamente hispanoamericano y lo esencialmente mexicano. El texto incluido en el presente libro resume muy bien puntos de vista diversos y precisa los de Gaos. En cuanto a historia de las ideas creo que su libro más importante (lo sería en cualquier latitud si se tradujera a otras lenguas), es la *Historia de nuestra idea del mundo*, póstumo, editado por el historiador Andrés Lira, obra aparte cuyos capítulos separados no cabían en el libro que ahora comentamos.

De los tres ensayos filosóficos, el más literario, descriptivo, aunque no haya aquí descripción de esencias, es *La caricia*, parte de un librito titulado *Dos prerrogativas del hombre, la mano y el tiempo*. Muy bien escrito, el ensayo lo es de antropología, de psicología descriptiva. ¿Lo es de fenomenología? Creo que no. Sé en cambio, que es una obra breve y de primer orden.

El *Discurso de filosofía* por decirlo con Gaos "dice adiós" a la metafísica. Sí, para él la metafísica carece de valor científico; es solamente la expresión de cada persona. Así la filosofía lo es de la historia de la filosofía. ¿Escepticismo? Sin duda. ¿Es imprudente decirlo? No lo creo: Gaos fue un hombre triste, acaso solamente feliz con su obra, su gran obra.

El último ensayo del libro sobre *La negación*, parte del libro *Del hombre* (obra, por cierto, difícil), es de todos los aquí reunidos el más "filosófico". Acaso lo más original en este caso sea la afirmación de que, con referencia a la "presencia", la negación "no denota" nada sino que, en esencia, "con-

nota". Me molesta en este texto, la ausencia de referencias, los grandes analizadores de la "nagación" en tiempos modernos (no tengo aquí en cuenta a clásicos o "románticos"). Me refiero a Bergson y Sartre. Es probable que Gaos no estuviera del todo de acuerdo con Bergson, cuando éste aborda el tema al final de *La evolución creadora*; es seguro que Gaos no hubiera coincidido acaso en nada con Sartre. Pero aquí hubiera sido necesaria, directa o indirecta, una lectura crítica de estos dos "clásicos" del siglo XX.

Hago notar que los textos de Gaos son de

primer orden. No lo es menos, la presentación de este libro por Alejandro Rossi, el filósofo muy original de *Lenguaje y significado* (1969) ahora en su séptima edición, y autor en el plano de la narrativa del libro *Manual del distraído* y otras prosas literarias y meditativas.

Coincido con Rossi. Gaos, tanto si con él concordamos como si diferimos, ... "nos legó un ejemplo incomparable de obsesión filosófica". ◇

José Gaos, *La filosofía de la filosofía*, Antología y presentación de Alejandro Rossi, Editorial Crítica, Barcelona, 1990, 237 pp.

El dilema de un escritor chino

Flora Botton Beja

Poco se conoce en México de la literatura contemporánea china. La falta de traducciones, la escasez de contactos y un prejuicio generalizado sobre la producción artística de un país socialista, han dejado indiferentes tanto a los escritores como al público lector sobre la literatura china posterior a 1949. Sin embargo, entre los escritores contemporáneos de China, Wang Meng no es desconocido en nuestro país gracias a una iniciativa de El Colegio de México, que invitó al escritor en 1983 a pasar una corta temporada en México y que, a través de un esfuerzo conjunto de estudiantes y profesores, logró traducir y publicar varios de sus cuentos.¹ En 1986, Wang Meng fue nombrado Ministro de Cultura en el momento de mayor euforia y esperanza para una producción artística menos controlada por los dictados de la política.

Bolshhevik Salute (*Saludo bolchevique*) es una novela escrita en 1979, pero que hace apenas unos meses apareció en su traducción al inglés con el subtítulo de "Una novela china modernista". Según la traductora, en un ensayo introductorio, la novela de Wang Meng constituye el primer esfuerzo en la China post-Mao de ensayar géneros que no fueran los impuestos por el realismo socialista. Wang Meng, recién rehabilitado después de más de veinte años de exilio y de silencio, influido por la literatura occidental de una vanguardia no muy reciente, decide probar alternativas literarias que lo harán blanco de críticas y que pro-

vocarán controversias acaloradas en los círculos literarios chinos.²

El modernismo de Wang Meng no tiene nada de extremo: únicamente rompe a veces con el relato lineal, utiliza el recurso del *flash back* y juega con el tiempo. Al contestar a las críticas que se le hacen por su falta de ortodoxia narrativa, Wang Meng insiste en que el mundo subjetivo y objetivo se rigen por reglas diferentes. El mundo objetivo posiblemente sea igual a sí mismo pero produce sensaciones diferentes en cada individuo. A través de esas sensaciones se pueden conocer muchas cosas acerca del personaje y de su realidad subjetiva. Este juego entre el mundo subjetivo y el objetivo, esta transformación de lo externo a causa de lo interno, forma un conjunto de imágenes cinematográficas o de testimonios de radar, que en un segundo revelan muchas escenas.

El año de 1979 fue para China un año rico en la búsqueda de nuevas fórmulas y de nuevos temas literarios. Varias generaciones de escritores, todos ellos afectados de alguna manera por las campañas anti-intelectuales o por la Revolución Cultural, se congregaron en Beijing en octubre de ese año para asistir al 4o. Congreso Nacional de Escritores y Artistas, y así oír cuáles serían las normas y directrices para la creación artística y literaria de China en los pró-

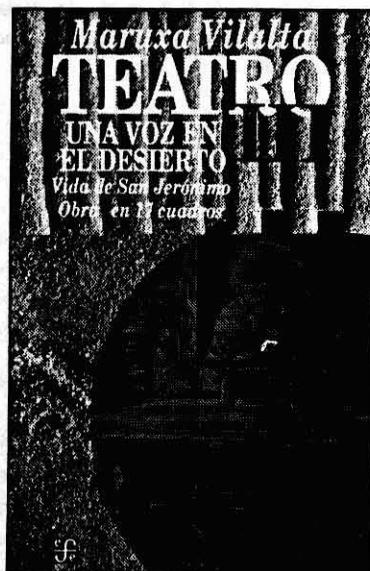
² Ver Flora Botton Beja, "Wang Meng y la nueva narrativa china", en *Estudios de Asia y África*, No. 60, vol. XIX, No. 2, abril-junio 1984. pp. 193-201.

¹ Wang Meng, *Cuentos*, México D. F., El Colegio de México, 1985.

cfe

Maruxa Vilalta
TEATRO III

Una voz en el desierto
Vida de San Jerónimo
Obra en 17 cuadros



Cuando una vida enigmática, luminosa como la de San Jerónimo es retomada por el temperamento sensible y la pluma inteligente de una escritora como Maruxa Vilalta, el resultado es una pieza dramática intensa, capaz de suscitar en sus lectores y espectadores, poderosas e insólitas resonancias.

Otros títulos de la autora
en el F.C.E.

TEATRO
•
TEATRO II

cfe

ximos años.³ El resultado de los debates y lo que dejaban entender los discursos oficiales, podían permitir cierto optimismo, optimismo al que se aferraron los escritores, quienes con mayor o menor cautela produjeron obras en las que se denuncia la situación anterior de terror y persecución y en donde se describe el sufrimiento de los que las padecieron. Esta literatura fue denominada "literatura de los heridos". Al mismo tiempo se comenzaron a señalar problemas que aquejan a la sociedad actual: la pobreza, la enajenación, la desilusión ideológica, la corrupción, etc.

En la producción literaria de ese periodo se marca claramente una brecha generacional. En ella no estaban involucrados los viejos escritores, es decir los que se formaron en los años treinta o cuarenta, y cuyo compromiso con la revolución no los resguardó de persecuciones y críticas: estaban demasiado cansados y cautelosos para producir obras polémicas. La verdadera división se dio entre los escritores de mediana edad que se habían nutrido en la revolución y en sus ideales, y los muy jóvenes, o sea "la generación perdida" de la Revolución Cultural. Los primeros habían tenido la oportunidad de una sólida educación y habían ya probado su oficio de escritores antes de que fueran silenciados durante varios años; su desilusión con el sistema político que los persiguió no los hizo perder completamente la fe en las posibilidades del socialismo y en los ideales colectivos de su juventud, los cuales, según ellos, fueron traicionados. Los segundos, con grandes lagunas y pocos conocimientos, con escasa experiencia como escritores, eran menos politizados y más críticos. Los primeros fueron más recatados en sus críticas y más conservadores en cuanto a las formas literarias que emplearon; los segundos, eran más intransigentes y estaban más dispuestos a experimentar con formas literarias novedosas.

Wang Meng se ubica entre los primeros por edad e ideología; sin embargo, no acepta que el papel de la literatura sea únicamente político y social. En una entrevista señaló con claridad los límites y alcances de la expresión literaria:

La literatura es, ante y por encima de todo, un arte; debe abrirle al público el mundo artístico. No es un mero pretexto para una crítica social. La literatura es

una búsqueda, un anhelo, una esperanza que mueve al autor a explorar las posibilidades del corazón, la mente y los sentimientos. Es negativo confinarla a una mera crítica social, como lo es también volverla totalmente ajena a lo social.

Además, como se expresó anteriormente, está dispuesto a experimentar con formas nuevas de expresión literaria a pesar de las críticas que al respecto se le hicieron.

La literatura de Wang Meng puede ser considerada como "literatura de los heridos", en cuanto invoca sufrimientos e injusticias del pasado, contiene crítica social, y denuncia la corrupción y la ineficiencia. Sin embargo, tiene un tono optimista que puede llegar a parecer algo ingenuo y oportunista. Si leemos la novela *Bolshevik Salute* sin reflexionar sobre las circunstancias políticas del escritor, podemos decidir que adolece de ambos defectos. El autor nos cuenta la historia de Zhong Yicheng quien, siendo apenas un adolescente durante la guerra civil, se compromete en cuerpo y alma con la revolución. Después de la liberación se dedica con entusiasmo y altruismo a la labor política como miembro activo del Partido Comunista. Lo único que a veces lo puede distraer de su trabajo político es escribir poesía o ver a su novia Ling Xue quien comparte su entusiasmo. En 1957, un pequeño poema infantil de Zhong Yicheng, publicado en un periódico, es duramente criticado y considerado políticamente subversivo. Zhong Yicheng es tachado de derechista, expulsado del partido, enviado a un campo de trabajo y más adelante maltratado por guardias rojos. Ling Xue, que finalmente se casa con él, sufre también de persecución por asociación. La pareja vive separada hasta su rehabilitación en 1979, cuando ambos ya son maduros y han perdido los mejores años de su vida. El libro se divide en 26 partes con fechas entremezcladas que cubren desde la juventud entusiasta de Zhong Yicheng en los años cuarenta, hasta su rehabilitación en 1979. A través de estos capítulos de extensión desigual, se entrevistó la odisea del sufrimiento físico, pero el énfasis está puesto en el proceso moral de este hombre que pasa del fervor y la creencia a la incredulidad de lo que le está sucediendo, al autodesprecio y la duda, a la desesperación, y a la constante lucha contra el desengaño total y el cinismo. Al final, prevalece la esperanza y la fe en tiempos mejores y en la rectificación de todos los abusos y errores cometidos. Termina el autor con un "saludo bolchevique" lleno de opti-

³ Ver Flora Botton Beja, "4o. Congreso Nacional de Escritores y Artistas", *Estudios de Asia y África*, No. 48, vol. XVI, No. 2, abril-junio 1981. pp. 356-375.

mismo para los dirigentes del partido y para "todos los compañeros, los verdaderos comunistas del mundo":

Veinte años no han pasado en vano... Una vez más, con la justicia de nuestro lado, ofrecemos el saludo bolchevique de la lucha a los soldados del partido, cuando ya no somos niños, cuando hemos ocultado muchos de nuestros verdaderos sentimientos, cuando ya somos experimentados, cuando conocemos el sufrimiento y la pena y aún más la alegría y el valor de la victoria sobre el sufrimiento y la pena. Nuestro país, nuestro pueblo, nuestro grande y glorioso partido han tenido que sujetarse a muchas cosas. Han padecido mucho, han madurado y se han vuelto mucho más inteligentes... Ningún poder nos impedirá retomar el camino brillantemente iluminado y eterno de la realidad y recuperar su verdadera naturaleza, ni nos hará desviarnos de la senda radiante de la fe inalterable. (pp. 131-132).

¿Ingenuidad u oportunismo? Wang Meng tiene una historia política si no idéntica, al menos parecida a la del protagonista. En 1957, a los veintitrés años, siendo un joven escritor, fue duramente castigado por un cuento en donde criticaba a la burocracia del partido. Durante casi veinte años permaneció en el exilio hasta su rehabilitación en 1977. ¿Esta profesión de fe, este optimismo desbordante de su protagonista no serán un reflejo de la actitud del autor? No podemos olvidar que Wang Meng, al igual que Zhong Yicheng, dedicó todo el entusiasmo de su juventud a un ideal, a una causa en la cual creyó fervientemente. Incluso después de veinte años de castigo injusto, al vislumbrar una esperanza de cambio, de rectificación de esta gran traición a los ideales tan hondamente arraigados, con muchos años aún por delante para luchar por su realización, es posible que Wang Meng-Zhong Yicheng, esté dispuesto a apostar una vez más. La respuesta tal vez la encontramos en lo que expresa el autor en un breve prefacio a la traducción al inglés de su novela:

La revolución del pueblo fue inspirada por creencias sagradas... Sin embargo, los que entregaron sus vidas a la revolución —especialmente los jóvenes—, no recibieron más que persecución y castigos inexplicables que les fueron infligidos en nombre de la revolución. ¿Qué fue eso? ¿Una absurda tragedia? ¿Un ex-

perimento inevitable? ¿Una ley universal de la historia? ¿Fue algo que valió la pena, o más bien un terrible desperdicio?

De cualquier modo que evaluemos la historia y que evaluemos cada personaje en la historia, no podemos borrar las experiencias que están grabadas en nuestros huesos e inscritas en nuestros corazones (p. IX).

Wang Meng es un escritor con oficio y experiencia y tiene un manejo del idioma rico e imaginativo. Aun en una traducción se puede apreciar su don de evocar tanto ambientes externos como toda la riqueza de un mundo interior. El proceso de lucha interna del protagonista, su búsqueda desesperada para encontrarle un sentido a las cosas y a su propia existencia están descritos con un angustiante realismo y una gran intuición psicológica. El estilo que le valió tantas críticas no es ni muy sutil ni muy revolucionario, y consiste en fragmentar el tiempo y no respetar su secuencia lineal; sin embargo, cada capítulo tiene una fecha y no existe confusión en cuanto al momento que se evoca. Es mucho más interesante la presentación

del mundo externo a través de la percepción subjetiva que lo distorsiona y lo magnifica haciéndolo seguir el ritmo interno del protagonista.

El libro fue traducido con esmero y elegancia por Wendy Larson, estudiosa de China, quien estuvo constantemente en contacto con el escritor cuando trabajó sobre esta traducción. Además de la novela, completan el libro dos ensayos de la traductora: uno sobre el lugar de Wang Meng dentro de la controversia del modernismo en la literatura de la China actual y otro sobre la contradicción en la cual se encuentra el intelectual chino como ser político y como artista.

En septiembre de 1989, Wang Meng fue destituido de su cargo como Ministro de Cultura por un gobierno que, después de los acontecimientos de Tian Anmen, volvió a una política de línea dura y de rechazo a la liberación de los últimos años. ◊

Wang Meng, *Bolshevik Salute: A Modernist Chinese Novel*, traducida por Wendy Larson, Seattle y Londres, University of Washington Press, 1989. 154 pp.

Hamlet: una lectura psicoanalítica

Jeannette Gorn Kacman

A Ruben Bonifaz Nuño

Quien hace de los fantasmas poemas

La muerte, la descomposición de la carne, es el tema central de *Hamlet*. De la primera a la última escena, la sombra de la muerte pasa por la obra. El horror de una humanidad condenada a la muerte y a la descomposición, desintegra el juicio de Hamlet. La muerte es en realidad el tema de esta obra, pues la enfermedad de Hamlet es la muerte mental y espiritual. Así, en su monólogo más célebre Hamlet se concentra en los terrores de una vida futura. El intelecto sin aspiración ni vitalidad es característica de un Hamlet que piensa fundamentalmente en el paso del tiempo; para él, el cuerpo se desintegra con el tiempo; el alma persiste en el tiempo, y ambos son horribles. Su conciencia se manifiesta en términos de maldad y negación del infierno, pero no del cielo. De la fe intuitiva o el amor o el propósito por el cual hemos de vivir si queremos conservarnos cuerdos; de estas cosas tomadas de una realidad intemporal, Hamlet ha sido despojado sin piedad; por

tanto, se explaya acerca de la obscenidad del sexo, la repugnante descomposición de la carne, el engaño de la belleza, sea del espíritu o del cuerpo, los tormentos de la eternidad; si la eternidad no existe, "El universo es un jardín sin escandar" o "una prisión"; "La bóveda del cielo no más que una pestilente congregación de vapores", "el hombre sólo una quintaesencia del polvo, que aguardan los gusanos de la muerte".¹

"Ser o no ser, ésa es la cuestión"; a propósito, Lacan hace notar en su estudio sobre *Hamlet* que hay diferencia entre *ser* y *tener*: la cuestión es pues una cuestión del ser; ser o no ser el falo; serlo sin tenerlo, corresponde a la función femenina. En *Las formaciones del inconsciente*, Lacan señala que en "el segundo tiempo del Edipo: el padre interviene afectivamente como privador de la madre, en un doble sentido: en tanto priva al niño del objeto de su deseo y en tanto priva a la madre del objeto fálico. Aquí

¹ Knight, Wilson. *Shakespeare y sus tragedias. La rueda de fuego*. F. C. E. México, 1979, p. 6.

hay una sustitución de la demanda del sujeto al dirigirse hacia el otro; he aquí que encuentra Otro del otro, su ley. El deseo de cada uno está sometido a la ley del deseo del Otro. ¿Qué ocurre si el sujeto no acepta esta privación del falo operada por el padre sobre la madre? conserva una cierta forma de identificación con ese objeto rival, el falo; la cuestión que se plantea es ésta: ser o no ser el falo. El sujeto elegirá o más bien, como la frase ha sido comenzada antes que él por sus padres, ser tan pasivo como activo".²

"Todo lo anterior, dice Lacan, sugiere el eco del *To be or not to be*. Esta fórmula, nos da el estilo de la posición de Hamlet".³

Abordemos una vertiente de *Hamlet*, como un paradigma para pensar sobre la neurosis obsesiva. Edipo significa el incesto; Hamlet, la ausencia de castración. ¿Qué pasa entonces cuando no hubo, cuando faltó?... Algo sustituye la ausencia. Podríamos pensar que el deseo nos atraviesa y tratamos de nombrarlo; salimos a buscarlo y lo alcanzamos en la muerte. Es el caso de Hamlet, cuya patética existencia transcurre en la búsqueda de "ser o no ser", de "desear o no desear". Debe cometer el crimen que no pudo perpetrar porque otro lo realizó por él. La muerte de Claudio será la venganza; pero venganza ¿de qué? En su muerte se cumplirá una doble metáfora; la del asesinato del padre y su propia muerte. Pero ¿Hamlet alcanzará el ser? Hamlet ¿deseará? Él lo intuye; sólo se es después de la muerte del padre. Habrá en él una sola posibilidad para ser (*to be*): la muerte del padre. ¿Qué debe Hamlet?, ¿una muerte? Matar al asesino hará descansar al padre; lo hará morir, pero éste no quiere morir. Aparece como un *ghost*, como un fantasma, tiene voz. Se coloca en el lugar del Otro, existe para Hamlet. Existió una vez, pero permanece como voz que ordena una muerte por otra y, además, la venganza de Hamlet.

Podríamos decir que cuando faltó el padre o cuanto su figura fue tan frágil, tan ausente, tan borrosa como en el caso del obsesivo, cuando la metáfora paterna estuvo pero fue en extremo fallida, su lugar es ocupado por la voz lejana de un fantasma. La duda obsesiva podría ser planteada entonces, con la inquietante pregunta, ¿Existió o no existió mi padre?, o bien ¿la

metáfora paterna existió, pero ésta está en fuga? Es por tanto, un fantasma que hay que atravesar. Ser o no ser también hace eco a la fórmula del fantasma en donde el *ve* tiene una vertiente del "o" que marcará la oscilación, la imposibilidad de alcanzar el objeto del deseo.

Detengámonos un instante: ¿por qué el obsesivo hace una demanda analítica?, ¿por qué Hamlet da una vuelta por los actores para desenmascarar el crimen del cual tiene dudas? Crea una historia, recrea un pretexto, busca el texto; simboliza el encuentro, la búsqueda, la voz-queda, la voz que da una verdad. ¿Qué habría impedido a Hamlet si hubiese hecho un pacto con el asesino, una vida tranquila en donde no tuviera que responsabilizarse de la muerte de su padre? Tendría todo a su disposición para una vida plácida. Pero Hamlet quiere ver la muerte del Otro, ejecutar el crimen.

Divaguemos: ¿el obsesivo viene a análisis para establecer una demanda desesperada, pidiendo que realice el analista la función del padre; es decir, que aterrice la metáfora pa-



terna que existió, pero que anda en fuga y en cuyo lugar hay un fantasma? Le demanda al analista la castración. Le pide ayuda para pasar, como Hamlet, del pensamiento a la acción. También le pide una puerta, no tanto para entrar al consultorio, sino para salir de su incesto y poder "desear".

Ser o no ser. Cese de fuga de la metáfora. Quizá otra forma de plantearlo es en el horizonte del goce. El obsesivo está muy cerca del goce; se instala en el goce... lo recrea pensando. De un ritual brinca a otro y a otro, sin posibilidad de límite; testimonia de esa manera su sumisión al Otro. ¿Por qué es tan religioso, aun sin pertenecer a una Iglesia definida? ¿Qué pretende con los rituales? Pretende acaso perpetuar el goce; supeditar tiempo y espacio al goce.

Quizá analizarse represente para el obsesivo la posibilidad de lograr que aterrice la metáfora paterna, de pasar por la castración, de ser legislado y poner un límite a este goce. Sin embargo, lo único que puede poner límite es el placer. Castración, muerte, asesinato, placer... *to be or not*

to be. He ahí la cuestión. Saber o no saber de lo que no se quiere saber.

¿Por qué Hamlet debe ir a buscar "Su-el" fantasma de su padre, por qué el fantasma no va a buscar a Hamlet?; en vez de hacer eso, deja la huella de su presencia en la mirada de los otros. En el momento en que los cortesanos piensan hablarle, el fantasma se va. No hay voz... Aparece y desaparece... ¿Puede un fantasma confundirse con ese estar y no estar tan característico del falo? Pero al mismo tiempo, cuando no está eso lo vuelve terrorífico... ¿No es acaso terrorífico el Otro a quien se convoca, se habla y no escucha?... No es pues fantasmagórica la ausencia del Otro y, en ese sentido, fundante del fantasma original. Hamlet debe ir pues en busca de la voz de su padre, en ese lugar la encontrará sostenida en un fantasma sin cuerpo, sólo imagen. Fantasía, fantasma... ¿Qué escucha Hamlet al ir a buscar, atravesar el-su fantasma?

Sombra: Yo soy el alma de tu padre condenada por cierto tiempo a andar errante de noche y a alimentar el fuego durante el día, hasta que estén extinguidos y purgados los torpes crímenes que en vida cometí. De no estarme prohibido descubrir los secretos de mi prisión podría hacerte un relato cuya más insignificante palabra horrorizaría tu alma, helaría tu sangre joven, haría como estrellas saltar tus ojos de sus órbitas y separaría tus compactos y enroscados bucles, poniendo de punta cada uno de tus cabellos como las púas del irritado puercoespín. Pero estos misterios de la eternidad no son para oídos de carne y sangre... ¡Atiende! ¡Atiende! ¡Oh, atiende! ¡Si tuviste alguna vez amor a tu querido padre véngale de su infame asesinato!⁴

Lacan en sus escritos señala: "Las uvas agraces que comieron los padres dan dentera a los hijos, por eso el hijo para quien esas uvas son en efecto demasiado verdes por ser las de la decepción que le traen demasiado a menudo, como todos saben, la cigüeña revestirá su rostro con la máscara de la zorra".⁵

¿Por qué el fantasma le señala a Hamlet sus propios delitos?; crímenes de que ni siquiera puede hablar, para no escandalizar así los oídos de su hijo; ¿acaso no es sufi-

² Lacan, Jacques. *Las formaciones del inconsciente*. Selección de Óscar Massota. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, p. 87.

³ Lacan, Jacques. *Lacan Oral piz Xavier*, Bóveda Editores, p. 12.

⁴ Shakespeare, William, *Hamlet*. Aguilar Ediciones, Madrid, 1951.

⁵ Lacan, Jacques, *El psicoanálisis y su enseñanza*. Escritos 1, Siglo XXI, 14a. edición, México, 1984. p. 429.

ciente ser el hijo de un asesino para quedar marcado, signado? Pero aún más, le pide venganza por el crimen que cometieron con él. Un asesinato por otro. Ésa es la amenaza fantasmagórica: el Otro terrorífico, omnipotente, maléfico, temerario que signa nuestras vidas por otros crímenes. El padre ideal que se niega a morir. El obsesivo se pierde ahí en identificaciones criminales: ¿mató él a su padre? Caerá sobre él la doble venganza por los crímenes que su padre cometió y por el que él cometerá. La demanda del fantasma se convierte entonces en el deseo de Hamlet.

Para ilustrar esta relación entre el deseo y la demanda, Lacan pone la neurosis obsesiva como ejemplo:

La ubicación del deseo es siempre ambigua: más acá de la demanda, en tanto es arrancado el terreno de las necesidades, y más allá de ella en tanto se pone en relación con el Otro y exige que lo reconozca como tal. El obsesivo está volcado hacia el deseo, pero de una forma poco evidente, pues ese deseo es más allá de la demanda del que él apunta, implica la destrucción del Otro. Un niño futuro obsesivo tiene "ideas fijas"; ciertas exigencias que no se presentan como el resto de sus demandas y parecen intolerables a sus padres, ofrecen ese carácter incondicional del deseo y niegan el Otro. Cuando el obsesivo quiere franquear la barrera de la demanda y busca un objeto determinado para su deseo, cuando más se aproxima a ese deseo, dicho objeto es siempre evanescente. Es que el obsesivo oscila constantemente entre dos exigencias: conservar al Otro, ese Otro que es la condición esencial de su propia conservación como sujeto, y la destrucción del Otro. La clínica ha despejado ese balanceo entre un deseo destructor manifiesto y el temor de los efectos destructivos de una retaliación que venga de Otro. El obsesivo muestra y no muestra; llamamos a esa ambigüedad su agresividad fundamental. De hecho, él se sitúa en una dependencia absoluta con relación al Otro.

"Las soluciones" que logra ante esta dependencia son conocidas; por ejemplo: siempre está en situación de pedir permiso, lo cual constituye un medio de restituir al Otro puesto en peligro, y un medio de resolver la cuestión de la evanescencia de su deseo, haciendo de él un deseo soportado, prohibido por el Otro. Del mismo modo, el tema de la

proeza: el obsesivo procura obtener el permiso del Otro. En nombre de sus méritos, al mismo tiempo, quiere encontrar en ello un medio del domesticar una angustia fundamental. El Otro como testigo único, puede validar su deseo que es lo esencial, lo que quiere preservar a toda costa. Subrayamos por último cuán argumentalmente organizadas se hayan las fantasías del obsesivo, las cuales se presentan como cadenas significantes; raramente se realizan, o de realizarse lo decepcionan.⁶

Resalta en la obra la silueta de Hamlet, pálido, vestido de negro, que ha visto lo que hay más allá de las sonrisas benévolas, que ha roto con la locura del amor, porque ha descubierto su ridículo y su engaño; que sabe que tanto el rey como el mendigo están destinados a la misma repugnante asamblea de gusanos, y que hasta un hombre medianamente honrado es demasiado vil para estar arrastrándose entre cielo y tierra. No hay falacia en el razonamiento de Hamlet. No podemos escoger ésta o aquella de sus palabras más amargas y demostrar que es falsa. La figura solitaria e inactiva de Hamlet, contrasta con la agitación y el esplendor de la corte. Hamlet obedece al pie de la letra la orden diabólica del espectro: "Adiós, adiós, Hamlet, ¡acuérdate de mí!" (¡A Dios-A Dios!). Este Otro terrorífico es el que le pide una muerte también terrorífica. Hamlet recuerda no sólo el fantasma de su padre, sino toda la muerte de la cual es símbolo.

¿De qué servirá matar a Claudio? ¿Salvaría ello el honor de su madre? ¿Devolvería la vida al cuerpo de su padre? ¿Capacitaría al propio Hamlet que tanto tiempo ha vivido en la muerte, a volver a encontrar una alegría infantil con el beso de Ofelia?

La mujer, para el obsesivo, es la que tiene que estar enclaustrada en su pureza, o de lo contrario, si es atractiva o lo inquieta, tiene que ser repudiada, guardada, alejada. Si ella promete brillar, si de pronto irradia el brillo fálico, cae ante Hamlet como un ser deshonrado. ¿Su hermosura, su brillo fálico es lo que quiere apagar?

Hamlet.— (Riendo) ¡Ja, ja! ¿Eres honesta? Ofelia.— ¡Señor!

Hamlet.— ¿Eres hermosa?

Ofelia.— Qué quiere decir Vuestra Señoría?

⁶ Lacan, Jacques. *Las formaciones del inconsciente*, selección de Óscar Massotta, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1979, p. 118.

Hamlet.— Que si eres honesta y hermosa, tu honestidad no debería admitir trato con tu hermosura.

Ofelia.— Señor, ¿podría tener la hermosura mejor comercio que con la honestidad?

Hamlet.— Evidentemente; porque el poder de la hermosura convertirá a la honestidad en una alcahueta mucho antes que la fuerza de la honestidad transforme la hermosura a su semejanza. En otro tiempo era esto una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada. ¡Yo te amaba antes, Ofelia!

Ofelia.— En verdad, señor, así me lo hicisteis creer.

Hamlet.— pues no deberías haberme creído; porque la virtud no puede injerirse en nuestro viejo tronco sin que nos quede de él algún mal resabio. ¡Yo no te amaba!⁷

El tema de *Hamlet*, pues, es la muerte. La vida destinada a la desintegración en la tumba; el amor que no sobrevive a la persona amada: ambos, en su insistencia en la muerte como hecho primario de la naturaleza, están marcados con fuego en la mente de Hamlet, llenándola de angustia. La pena de Hamlet y su consecuente agonía mental, rayan en la locura, se reflejan en la pérdida del amor. La muerte, insisto, gobierna toda la obra. Hamlet está obsesionado por ideas acerca de la putrefacción del cuerpo. Un elemento de Hamlet, de suma importancia, es la negación de toda pasión, cualquiera que sea. Su enfermedad, su posición, es básicamente de negación, de muerte. Hamlet es un muerto viviente en mitad de la vida. Un muerto finalmente, después de muchas muertes que se precipitan. Ella, la muerte, esbirro cruel e inexorable, lo alcanza también a él. Es ésta su fuerza misteriosa legado del fantasma, ante la cual sucumben los demás. Hamlet da, a través de toda la obra, un fiel testimonio de que la muerte existe, y de que él goza en ella. Hamlet atraviesa el escenario de la vida con una aureola fantasmal; esta aureola es quizá lo que Hamlet no puede olvidar; esto es, lo que lo deja paralizado; paralizado en la muerte, apiadado en la muerte; esa muerte horrible desde donde aborrece la vida que la engendra.

Antes de concluir, es importante señalar, para evitar equívocos, que *Hamlet* no es un caso clínico, sino una obra literaria, y como tal la estructura misma del deseo. ◇

⁷ Shakespeare, William. *Hamlet*. Aguilar, S. A. Ediciones. Madrid, 1951.

TIERRA ADENTRO

ÁLVARO MUTIS
invocación de amirbar

e l
MIAR

NANDINO, LIZALDE, ICAZA, BERNAL, CAMPBELL,
HUERTA, RIVAS, ESQUINCA, QUIRARTE, COTA,
LÓPEZ SAENZ, MARTIN DEL CAMPO
BELMONTES, ARGUELLES

entrevista con

JAIME GARCÍA TERRÉS

nueva ola
MUESTRA DE LITERATURA JOVEN

NÚMERO 88. NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1990. ISSN 0185-0538



Un espacio del CONSEJO NACIONAL
PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
abierto a los creadores jóvenes
de tierra adentro...

CÁMARA NACIONAL DE LA INDUSTRIA EDITORIAL MEXICANA

México, D. F., 7 de noviembre de 1990.

MAESTRO FERNANDO CURIEL,
DIRECTOR GENERAL DE LA REVISTA
DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO.
PRESENTE.

Muy estimable Maestro:

Nos es muy grato comunicarle que la Revista
Universidad de México, de conformidad con el dictamen
del Jurado Calificador, obtuvo el PREMIO CANIEM
AL ARTE EDITORIAL 1990 en el género de
Revistas Técnicas, Científicas y sobre Humanidades.

Le rogamos tomar nota de que la entrega de
Diplomas será el lunes 12 de noviembre próximo, a
las 10:00 horas, en la Sala Manuel M. Ponce del
Palacio de Bellas Artes, dentro de la ceremonia oficial
del DÍA NACIONAL DEL LIBRO que será presidida
por el C. Secretario de Educación Pública, señor Lic.
Manuel Bartlett Díaz, por lo que solicitamos nos honre
usted con su presencia.

Sin otro particular, quedamos como sus afectísimos,
atentos amigos y seguros servidores.

LIC. RAFAEL SERVÍN ARROYO
DIRECTOR GENERAL

Vuelta

REVISTA

NÚMERO 168
NOVIEMBRE DE 1990

Octavio Paz
La otra voz

Gabriel Zaid
Intelectuales

Jean Meyer
Patria y Dios

Leon Wieseltier
Religión y nacionalismo

Juan Nuño
El eclipse del Marxismo



LIBROS
PROMOCIÓN
ESPECIAL

**30 %
DE DESCUENTO**

En las librerías:

SÓTANO DE COYOACÁN
SÓTANO INDEPENDENCIA
Y
SÓTANO ALAMEDA



RADIO UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



**XEUN 860 kHz AM; XEUNFM 96.1 MHz FM Estereofónica
XEYU 9600 kHz Onda Corta, Banda Internacional de 31 m**

EMISIÓN ESPECIAL: LAS TRANSFORMACIONES

MUNDIALES VISTAS DESDE LA PRENSA

Entrevista a Magdalena Galindo
Conductor: Juan Carlos Mendoza
Lunes 3, 13 horas AM/FM

NUEVA SERIE: ANCHO MUNDO

Coproducción con el Centro de
Enseñanza para Extranjeros
Lunes 13:30 horas AM/FM

CONCIERTO NOCTURNO: ESPECIAL DE DICIEMBRE

EL LENGUAJE SINFÓNICO DE GUSTAV MAHLER

Selección de fonogramas excelentes
Notas: Juan Arturo Brennan
Lunes a viernes 22:45 horas AM/FM

EMISIÓN ESPECIAL: EL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO Y LA CULTURA

Entrevista a Ruy Pérez Tamayo
Martes 11, 13:15 horas AM/FM

LAS REVISTAS

Guión: Octavio Ortiz Gómez
4: La Gaceta, órgano de la CNDH
11: Revista Universidad de México,
Núm. noviembre 1990
y otras reseñas los martes siguientes
14:30 horas AM/FM

PENSAMIENTO MUSICAL EN LA HISTORIA

Por Fernando Álvarez del Castillo
4: Las delicias de la soledad de
Michel Corrette
11: La Sinfonía Europea (1785)
Obras de Boccherini van Maldere,
Schwindl y Wesley

Estrenos radiofónicos:

18: El Oratorio de Navidad
de Carl Orf

25: La Misa de Navidad de
Jakub Jan Ryba

Primera edición orquestal
(instrumentación original)

Martes 19 horas FM

NUEVA SERIE

ECOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Por Carlos Vázquez Yáñez

Miércoles 13 horas AM/FM

Retransmisión: Lunes 20 horas AM

NUEVA SERIE

MÚSICA INDÍGENA Y MESTIZA DE MÉXICO

En colaboración con el IMSS

Miércoles y viernes 14:30 horas AM/FM

LA UNIVERSIDAD Y SU SALUD

Con la Facultad de Medicina

Coordinadora: Cecilia Escobar

Conductor: Alejandro Godoy

Temas selectos de Enseñanza Especial
para niños con problemas

de aprendizaje y/o conducta

6 y 13 con teléfono abierto 543 96 17

Programas grabados: 20 y 27

Jueves 11 horas AM/FM

CONCIERTO DE LA OFUNAM

Por vacaciones de la orquesta

transmisiones a control remoto desde la

Sala Nezahualcóyotl, sólo los

domingos 2 y 4, 12 horas AM/FM

Transmisiones diferidas 7 y 14

respectivamente

20:30 horas AM/FM



FONDO EDITORIAL DE LA UNAM

SISTEMA DE LIBRERÍAS UNAM

CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO
Orizaba y Puebla, Col. Roma

LIBRERÍA CENTRAL
Ciudad Universitaria

LIBRERÍA JULIO TORRI
Zona Cultural, Ciudad Universitaria

LIBRERÍA PALACIO DE MINERÍA
Tacuba No. 5

LIBRERÍA JUSTO SIERRA
San Ildefonso No. 43, Centro

LIBRERÍA ENEP ACATLAN
Av. Alcanfores y San Juan Toltepec, Naucalpan,
Edo. de México

LIBRERÍA ENEP ARAGÓN
Av. Centro y Rancho Seco, San Juan de Aragón,
Edo. de México

LIBRERÍA ENEP IZTACALA
San Juan Iztacala, Frac. los Reyes, Tlanepantla,
Edo. de México

LIBRERÍA ENEP ZARAGOZA
Ejército de Oriente, Deleg. Iztapalapa

DISTRIBUIDORES EN EL INTERIOR DE LA REPÚBLICA MEXICANA:

FCE - MONTERREY, NUEVO LEÓN
Ruiz Cortines Poniente No. 830, Col. Bellavista
Tel. 513265

SIGLO XXI - GUADALAJARA, JALISCO
Federalismo No. 958 Sur, Col. Moderna. C.P.
44100 Tel. 12-6037

DISTRIBUIDOR EN ESTADOS UNIDOS:

"Permanent Extension School"
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
600 Hemisfair Plaza
P.O. Box 830426
San Antonio, Texas 78283-0426
Fax - (512) 225-1772

DISTRIBUIDOR EN ESPAÑA:

FCE
Sr. Miguel Ángel Otero
Vía de los Poblados s/n
Edificio Indubuilding Goico 4-15
Hortaleza, Madrid 33, España

DISTRIBUIDOR EN EUROPA, CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE

(BOOKS FROM MEXICO) CENTRO DE SERVICIOS BIBLIOGRÁFICOS S.A. DE C.V.
Sr. Lief Adleson
Cda. de Tlalpan No. 4985
Col. La Joya, Del. Tlalpan, México, D.F.
Fax - 573-29-14

DISTRIBUIDOR EN SUDAMÉRICA:

COLOMBIA, FCE, Carrera 16 No. 80-18,
Bogotá, Colombia
PERÚ, FCE, Berlín No. 238, Miraflores, Lima
18, Perú
VENEZUELA, FCE, Edificio Torre Polar, Planta RA-
Baja - Local E, Plaza Valenzuela, Caracas 1050,
Venezuela
CHILE, Librería Anáhuac, Providencia No.
1808, Local 6, (Metro Manuel Montt), Casilla No.
9128, Correo Central, Santiago de Chile

VENTAS OFICINAS EN MÉXICO
DIRECCION GENERAL DE FOMENTO EDITORIAL

No. 5 Ciudad Universitaria, C.P. 04510 ♦ Teléfono: 665-13-44, ext. 7740

